

VOLVER A ANDALUCÍA

Historias de toda una vida...



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL



FUNDACIÓN
JORGE QUERALTÓ
Por un futuro más humano

PRESENTACIÓN

Este libro recoge el testimonio de veintidós emigrantes retornados que hoy viven en residencias públicas andaluzas.

La historia de estos emigrantes representa, en todos los casos, un magnífico ejemplo de dignidad y superación, una historia digna de ser contada y conocida.

Muchos se fueron forzados por las circunstancias, necesitados de un trabajo con el que sobrevivir. Otros se marcharon menos obligados laboralmente, pero también con el ansia de progresar profesionalmente. Y hubo también quien salió de España buscando una libertad que aquí no se conocía o, como en el caso de algunas mujeres, con la intención de salir del ambiente opresivo y machista de la sociedad española de hace varias décadas.

La mayoría salió con estudios primarios o sin haber ido siquiera al colegio. América fue el destino preferido. Brasil, Cuba, Venezuela, Argentina, México y Perú acogieron a dieciséis de los emigrantes entrevistados. Otros seis acabaron en países europeos: la vecina Francia, tres de ellos, Reino Unido, Suiza, Alemania, Bélgica y Rusia.

Esa marcha de España significó para gran parte de ellos una mejora de su calidad de vida. La mayoría logró integrarse en su país de destino, y solo dos apuntan que se sintieron permanentemente discriminados por ser emigrantes. La mayoría coincidió también con otros emigrantes andaluces y españoles que les ayudaron en su adaptación.

La unanimidad es absoluta a la hora de valorar el regreso a Andalucía. Todos se sienten integrados tras su vuelta, y la mayoría apunta que sus expectativas se han visto colmadas en su retorno. Asimismo, la opinión sobre la evolución del sistema sanitario y de prestaciones sociales es muy favorable, y muchos se manifiestan francamente orgullosos del cambio experimentado por Andalucía durante sus años de ausencia.

A continuación presentamos la historia de estos emigrantes que volvieron un día a su tierra para quedarse definitivamente, porque han encontrado en ella las condiciones para una vida mejor.

Por deseo expreso de los participantes algunos de los testimonios aparecen sin apellidos o fotografía.



D. Diego Alba
Higuera de Arjona (Jaén) → Francia → Linares (Jaén)

“UN AÑO Y MEDIO FUE SUFICIENTE PARA DARME CUENTA DE QUE NO QUERÍA ESTAR LEJOS DE MI PAÍS”

El trabajo. A Diego se le nota en la mirada que el trabajo ha sido la tónica que ha marcado su vida. Con el propósito de trabajar se fue a Francia con tan solo 22 años. Abandonó Andalucía con la esperanza de encontrar un salario capaz de compensar todo su esfuerzo y ganas. Una vez allí, las circunstancias fueron caprichosas, pues ese trabajo soñado le llevó por toda la geografía del país galo. Un país que se le antojaba tan distante y tan diferente a su pequeña localidad natal que nunca llegó a acostumbrarse. Y es que, apenas un año y medio más tarde, Diego se dio cuenta de que, más allá de un buen puesto de trabajo, su felicidad se encontraba anclada en España y en Andalucía. Y eso era algo que no podía pagar ni con todo el dinero del mundo.



Diego llegó a la localidad francesa de Pont-á-Mousson, perteneciente a la región de Lorraine, en 1954. A veces la realidad supera a la imaginación, pues, antes de su partida, no hubiese imaginado el trabajo que le esperaba en el país vecino: el montaje de escuelas prefabricadas a lo largo y ancho del país. “Nunca había visto un negocio semejante en España”, comenta sorprendido mientras rememora ese momento. Confiesa que solo pensaba en trabajar y, por ello, ni siquiera se esforzó demasiado en aprender francés. Por su trabajo siempre estaba de paso por las ciudades que visitaba, por lo que no tenía tiempo de intimar demasiado con las personas que se fueron cruzando durante el trascurso de su aventura. Aunque quizás la razón primordial de esta indiferencia por el idioma fuese que, en general, él siempre supo que esa aventura tenía una fecha de caducidad. Una fecha de caducidad no muy lejana.

FUERA DE CASA DESDE MUY JOVEN. No cuesta demasiado imaginar que el trabajo ha sido el factor sobre el que ha girado su vida. Diego nació en la locali-

dad jiennense de Higuera de Arjona. Aprendió a leer, escribir y poco más, pues pronto sustituyó el pupitre por el trabajo. Y pronto sustituyó también su pueblo por Barcelona, uno de los focos laborales en España durante esos años y al que tantos andaluces llegaron en busca de una vida mejor. Allí estuvo trabajando en la construcción, aunque pronto conoció la realidad: trabajaba muchas horas y ganaba muy poco dinero.

UNA OPORTUNIDAD MÁS ALLÁ DE LOS PIRINEOS. A través de varios amigos que Diego había conocido en Barcelona supo que en la vecina Francia había muchas oportunidades laborales para las cuales los españoles eran bien recibidos. Él no se lo pensó dos veces y así fue cómo con 22 años llegó a la localidad de Pont-á-Mousson, donde comenzó a trabajar en un negocio dedicado a la construcción e instalación de escuelas prefabricadas. Su labor, desde el principio, fue itinerante, pues se dedicaba a la instalación de estas construcciones en diferentes localidades del país.

MUCHOS ESPAÑOLES Y, SOBRE TODO, ANDALUCES. Diego echó de menos España y Andalucía desde el mismo momento en que llegó a Francia. No sabemos si éste era un sentimiento generalizado de los andaluces allí instalados, pero el caso es que las personas procedentes de nuestra comunidad autónoma eran muchas. “Predominaban los andaluces, pero también había muchos gallegos y extremeños”, recuerda. Los italianos y portugueses también eran numerosos y, en cualquier caso, según Diego todos eran bienvenidos por parte de los franceses. “Yo jamás me sentí discriminado ni conozco a nadie que se quejara por ello”, reconoce Diego.

“Jamás me sentí discriminado en Francia por ser extranjero ni conozco a nadie que se quejara de ello”

EL IDIOMA, LA ETERNA ASIGNATURA PENDIENTE. Y, aunque cueste creerlo, Diego declara que sobrevivió algo más de un año y medio en Francia sin aprender prácticamente nada de francés. “Lo veo un idioma muy complicado y yo me entendía a través de gestos o a través de otros compañeros de trabajo que sí lo hablaban”, reconoce. Cuando se le pregunta si no hubiese sido mejor hacer el esfuerzo de aprenderlo, él afirma, sin reparos, que sabía que tenía los días contados en Francia y que tenía claro que no tardaría en volver a España.

LA AVENTURA NO DURÓ MUCHO. Un año y medio después de su llegada a Francia, Diego supo que había llegado el momento de volver. Era verdad que

ganaba más dinero y que su situación laboral era más estable, pero no soportaba la idea de estar más tiempo alejado de su familia y sus amigos. El hecho de no poder asentarse en una ciudad concreta y tener que andar siempre de paso por diferentes sitios también contribuyó a que la vuelta se precipitase. “Estaba cansado de estar dando vueltas siempre, de un lado para otro”, confiesa. Pero, en contra de lo que pudiese parecer, no volvió a Jaén, sino que se asentó de nuevo en la ciudad Condal, donde volvió a su antiguo trabajo en el sector de la construcción. “No estaba en Jaén, pero tenía más cerca a mi familia”, explica.

UN TRABAJADOR ITINERANTE. A pesar de que no le gustó la experiencia francesa por la excesiva movilidad de su puesto de trabajo, desde su vuelta a España Diego no paró de moverse por diferentes ciudades de nuestra geografía.

“Siempre he ido donde estaba el trabajo”, exclama orgulloso. Eso sí, después de Barcelona, no volvió a salir de Andalucía. Vivió en Cádiz, Sevilla y Huelva y nunca llegó a casarse ni a tener hijos. “Tuve una novia, que era de mi pueblo, durante más de diez años, pero no me casé”, cuenta.

“Sabía que tenía los días contados en Francia y tenía claro que no tardaría en volver a España”

Y LLEGÓ LA TRANQUILIDAD. Ahora, con 79 años, ve su agitada vida laboral desde la lejanía con cierta nostalgia. Reside, desde hace dos años, en el Centro Residencial para Personas Mayores de Linares. Ha vuelto a su Jaén natal y, con su regreso, está disfrutando de la tranquilidad que la vida le ha negado a lo largo de su existencia. “Vine aquí porque no quería ni podía vivir solo”, comenta Diego. Asegura que se lleva bien con todo el mundo y agradece la labor que hacen todos los trabajadores sociales y el personal que trabaja en la Residencia. Disfruta dando grandes paseos por las mañanas, mientras que durante la tarde le gusta relajarse.

ANDALUCÍA ES OTRA ANDALUCÍA. Por su corta estancia en el extranjero no pudo experimentar los pasos agigantados de Andalucía en su camino hacia el progreso. No obstante, asegura que, a día de hoy, nuestra comunidad no tiene nada que ver con la de hace 30 ó 40 años. “Creo que tenemos que estar orgullosos del cambio que ha experimentado Andalucía, a pesar de que ahora no está viviendo su mejor momento”, señala Diego, al cual le preocupa mucho la situación de desempleo en la que se encuentran muchas personas. No obstante, se muestra positivo ante el futuro. “Saldremos de esta. No hay otra opción”, concluye convencido.

“LA ANDALUCÍA DE HOY NO TIENE NADA QUE VER CON LA ANDALUCÍA QUE YO DEJÉ”

“No existen barreras. Tú pones los límites”. Ésta es la moraleja que, a modo de conclusión, podría resumir la vida de Matilde, una sevillana que, siendo tan solo una adolescente, dejó su ciudad natal para poner rumbo a una nueva vida y a nuevas oportunidades laborales. Antes de dejar España, vivió en Madrid y Barcelona. Fue en esta última donde se fraguó el inicio de su aventura internacional, una aventura que la llevó a vivir prácticamente toda una vida lejos de Andalucía. París, Santiago de Chile, Dallas o Miami figuran en su curriculum como lugares de paso o Residencia, pero si hay un país que le robó el corazón, ése fue México, un país que, en esos años, dejaba de estar encerrado en sí mismo y se abría al desarrollo de forma paulatina. Allí fue donde esta enfermera vocacional encontró la realización personal y profesional. Ahora, aquí en Andalucía, en la tierra que la vio nacer, es donde disfruta de su jubilación.



A Matilde se la ve entusiasmada con la vida que ha vivido. Era muy joven cuando se trasladó a vivir a Barcelona para cumplir uno de sus sueños: convertirse en enfermera. Aunque confiesa que, a día de hoy, le encanta ver mundo y conocer nuevas culturas y costumbres, dejó Sevilla sin saber lo que el destino le había preparado. “Yo me fui a Barcelona para estudiar, pero con la idea de volver a Sevilla”. Pero la vida, como se suele decir, es caprichosa. No volvió hasta 2002, año en que ingresó en la Residencia Heliópolis de la capital hispalense.

LOS INICIOS DE UNA ENFERMERA CON MUCHO MUNDO. Matilde nació en Sevilla el 16 de diciembre de 1925, pero cuando tan solo era una adolescente, partió hacia Madrid, donde vivía uno de sus hermanos, que compartía piso con unos amigos. Desde Madrid organizó la que fue su primera experiencia en el extranjero. Se trasladó unos meses a París para aprender francés, aunque pronto descubrió que los idiomas no eran lo suyo. Volvió a Madrid con una idea clara: quería estudiar Enfermería. Le aconsejaron que el mejor sitio para realizar estos estudios en aquel entonces era la Cruz Roja, que contaba con la carrera de Enfermería en Madrid y Barcelona. Asentada ya en Madrid, tramitó su admisión en la capital, pero no

“Nunca me sentí discriminada por ser extranjera. Jamás me faltó gente para entrar y salir”

quedaban plazas disponibles, por lo que no tuvo más remedio que trasladarse a Barcelona para hacer de su vocación una profesión. Tras cuatro años de carrera, Matilde estuvo trabajando en la Cruz Roja, pero su espíritu aventurero y sus ansias de ver mundo comenzaban tímidamente a aflorar. “El fallecimiento prematuro de mis padres me hizo replantearme muchas cosas. Ése fue el momento en que me di cuenta de que necesitaba ampliar horizontes”, comenta. Matilde necesitaba partir, conocer mundo. En plena década de los 40, la situación que vivía España no era nada halagüeña.

La sociedad española aún pagaba las consecuencias de la guerra civil.

PRIMERA PARADA: CHILE. Y su deseo no se hizo esperar. Una beca de la Cruz Roja le abrió las puertas a un país del que ella no conocía prácticamente nada: Chile. Lo que, en principio, iba a ser un año de estancia se convirtió en nueve años cuando le propusieron en el hospital en el que trabajaba en la capital, Santiago de Chile, que se quedase a trabajar con ellos. Ella no se lo pensó, aunque la idea de trabajar en quirófano no era lo que más le apetecía. Con el tiempo, llegó a convertirse en jefa de quirófano. “En el hospital donde trabajaba había 18 quirófanos y yo era la encargada de organizar todos los cuadrantes. Sentía que tenía demasiada responsabilidad y eso me agobiaba bastante”, comenta. De Chile explica que es un país precioso, luminoso y que tiene buenas playas, pero también montaña. De los chilenos cuenta que son gente encantadora y que los españoles siempre son bienvenidos. “Nunca me sentí discriminada por ser extranjera. Creo que más bien fue al contrario. Nunca me faltó gente para entrar y salir y me sentía muy valorada en mi trabajo”, cuenta. Asegura que su carácter extrovertido le facilitó mucho las cosas y que no le costó ningún trabajo relacionarse con la gente de allí. Tanto que Matilde apenas recuerda la presencia de otros andaluces o españoles durante esos años en Chile. “Normalmente me codeaba con gente de mi profesión y generalmente de buena posición social. Esto último me permitió, por ejemplo, viajar y conocer nuevas ciudades”, reconoce. No obstante, y a pesar de que asegura que ella tenía un cierto estatus social y económico como profesional sanitaria, también hace alusión a la delicada estabilidad política y económica de Chile en esos años. “No sé si se encontraba al mismo nivel que España en esa época, pero Chile también atravesaba momentos difíciles”, explica.

TRAS EL PERIPLO CHILENO, que duró nueve años, Matilde sintió la necesidad de volver a España, esa tierra que sentía tan lejos desde Chile, pero a la que aún le unía un lazo importante: el de su hermano. De la misma forma que el destino quiso que no estudiase la carrera en Madrid o que le ofreciesen una beca para formarse en Chile, la oportunidad volvió a cruzarse en su camino. Una vieja amiga de Sevilla la llamó para contarle que se había trasladado a México, por lo que Matilde planeó un viaje antes de regresar a España para visitarla. Lo que no sabía en ese momento es que su retorno se retrasaría unos cuantos años.

PERO ESPAÑA AÚN PODÍA ESPERAR. “México me encantó desde el primer momento que lo pisé”, explica Matilde ilusionada. “Mi amiga quiso enseñarme un hospital que habían fundado los españoles emigrantes que durante esos años llegaron al país. Ese hospital era el mejor que había entonces en toda América Latina. Tenía una torre de 12 plantas y unas instalaciones inmejorables. Cualquier enfermero o médico hubiese estado encantado de trabajar allí”, reconoce. Y su deseo se hizo pronto realidad, pues su amiga le presentó a la jefa de Enfermería para que le enseñara todo el complejo. “La jefa de Enfermería, muy amable, me dijo que iban a abrir una unidad nueva y que el médico responsable de esa unidad necesitaba enfermeras tituladas”, cuenta Matilde, convencida de que el azar es caprichoso. Efectivamente, Matilde era titulada y ya contaba con una dilatada experiencia, por lo que pronto le hicieron una oferta para formar parte del personal de ese avanzado centro. “Como es obvio, les dije que sí, aunque les puse una condición: que no quería trabajar en quirófano”, explica. Y así es como entró a trabajar en el mejor hospital del país e hizo realidad otro de sus anhelos: tratar y ocuparse directamente del cuidado personal de los enfermos.

SE ALARGÓ LA ESTANCIA EN MÉXICO. Y México fue el país elegido para vivir un total de 30 años de su vida. A los dos años de empezar a trabajar allí le ofrecieron el puesto de supervisora. “Yo no quería tener una responsabilidad excesiva tras mi experiencia en el hospital de Santiago de Chile, pero no tuve más remedio que aceptar el puesto”, reconoce. De supervisora pasó a coordinadora y, por último, en sus últimos años ejercía su profesión desde el departamento de Jefatura. Según confiesa, no le costó nada adaptarse a este nuevo cambio. Ni siquiera tuvo que buscar casa al llegar a México. “La mayoría de los trabajadores del hospital vivíamos en una Residencia frente a éste”, explica. Ésta fue una de las razones de que, de la misma manera que le ocurrió en Chile, se relacionara fundamentalmente con el personal del hospital.

UNA AMISTAD QUE LE DIO ALAS. Matilde nunca se casó ni tuvo hijos. Probablemente su necesidad de independencia para moverse fue una de las principales razones. Eso sí, no le faltaron buenas amistades. Amistades gracias a las cuales pudo viajar y conocer grandes ciudades, como Miami o Nueva York. Entre estos amigos destacaba el cuñado de una amiga que hizo en Chile. “Este chico era director financiero de American Airlines y supervisaba la actividad de la compañía en toda América Latina”, explica Matilde. La casualidad quiso que, justo en el momento en que Matilde se trasladó, este directivo fuese a parar también a México, donde tenía previsto asentarse durante un periodo mínimo de seis años para trabajar. Matilde entró en contacto con él a través de su amiga y, desde el primer momento, se hicieron inseparables, hasta el punto de que ella se refiere a él como “mi hermano”. “Él tenía familia en Nueva York y Miami y yo viajaba continuamente con él para visitarlo”. Al cabo de 12 años él se trasladó definitivamente a Dallas, pero Matilde nunca perdió el contacto con él. Por el contrario, le facilitaba de forma gratuita los billetes para que los fines de semana ella pudiese desplazarse hasta Dallas.

Y LLEGÓ EL MOMENTO DE LA VUELTA. Una vez agotada su vida laboral, Matilde vio cómo algunos de sus amigos emigrantes abandonaron México. Otros se quedaron, pero la gran mayoría tenía una familia a la que atender. Fueron esos buenos amigos los que le hicieron replantearse la vuelta a España. Además, su hermano seguía en Madrid y atravesaba una dura enfermedad. Así, se puso en contacto con el consulado y en poco tiempo le facilitaron todo lo necesario para volver. Llegó a Madrid con el propósito de estar junto a su hermano, pero pronto le dijeron que, a la hora de solicitar Residencia, debía hacerlo en su lugar de origen. Así es como llegó a la Residencia de Heliópolis en el año 2002, donde reconoce que se encuentra muy a gusto, tanto con los residentes como con el personal del centro, del que alaba el trato dispensado. Asegura que no ha entablado una amistad demasiado fuerte con ningún compañero porque es de “naturaleza independiente”, pero asegura que en la Residencia se respira un ambiente muy agradable. Y por lo que se ve fuera de la Residencia también: “Lo que más me gusta es dar largos paseos por el centro de la ciudad, sin tener que preocuparme del reloj”, comenta.

“La Andalucía de hoy no tiene nada que ver con la que yo dejé.

Eso debe llenarnos de orgullo”

CIUDADANA DEL MUNDO, PERO ANDALUZA ANTE TODO. “Me encanta Sevilla, que es de donde soy y de donde me siento”, sentencia. Además, reconoce que el sistema sanitario y social en Andalucía está mucho más desarrollado que en México, por lo que cree que ha sido una decisión acertada volver. “La Andalucía de hoy no tiene nada que ver con la Andalucía que yo dejé. Debemos sentirnos muy satisfechos de nuestra evolución”, explica. Pero, a pesar de que se le llena la boca de orgullo hablando de Andalucía y de Sevilla, no puede evitar echar tremendamente de menos su anterior vida. “No echo de menos Chile, ni México, ni ninguna ciudad concreta. Lo que echo de menos es la movilidad, la posibilidad de viajar y ver lugares nuevos”, explica Matilde en tono melancólico.

CRÍTICA CON LA SOCIEDAD ACTUAL Después de tantos años fuera de Andalucía, le fue fácil adaptarse de nuevo a aspectos como el clima, la gastronomía o las costumbres. Pero asegura que, por lo general, en la mayoría de lugares en que ha vivido, los jóvenes son más cívicos que en España. “Creo que, a menudo, no le damos a la educación y al respeto la importancia que se merecen”, opina Matilde. Y añade: “Puede que me equivoque pero considero que las personas mayores son más respetadas en países como Chile o México”. Pero, en cualquier caso, no es su intención “empañar” nuestra imagen. “Yo soy andaluza y me siento muy orgullosa de serlo”. Quizás ha sido este orgullo el que ha hecho que esta viajera insaciable haya considerado que Sevilla es un buen puerto para arribar tras una agitada vida.



D. Pablo Cruz
El Carpio (Córdoba) → Venezuela → Estepona (Málaga)

“HE PERDIDO EL ACENTO, PERO ME SIENTO MÁS ANDALUZ QUE NUNCA”

Pablo es transparente. A través de sus grandes ojos claros se adivina a un hombre que ha tenido que aprender a caminar a la deriva. Su vida no ha sido nada fácil. Él no emigró a Venezuela para buscar trabajo o conocer mundo. En 1949, con tan solo 15 años, desembarcó en un país totalmente ajeno y muy diferente a ese pueblo cordobés del que se enorgullece cuando habla. Era hijo de un exiliado político y llegó a Caracas en busca de un padre del que no mantenía ningún recuerdo. Un padre que, durante años, huyó de la represión franquista lejos de su familia. Pero Pablo es tan transparente que, tan solo unos segundos más tarde, también es posible intuir, a través de sus ojos, a una persona abierta, generosa, valiente, alegre y tenaz. Y, sobre todo, agradecida con la vida.



Nació en El Carpio (Córdoba), localidad que dejó cuando su madre, sus dos hermanos y él emigraron a Venezuela para reencontrarse con su padre, después de 13 años de separación. Tras 60 años en Venezuela, volvió a Andalucía en 2004 y se instaló en una Residencia del municipio jiennense de La Carolina. Actualmente vive en la Residencia para Personas Mayores Isdabe, en Estepona (Málaga) y, aunque dice que nunca dejó de sentirse andaluz, ahora lo es más que nunca. Tan andaluz que lamenta haber perdido el acento de nuestra tierra.

UNA INFANCIA DIFÍCIL. El padre de Pablo era alcalde en El Carpio hasta que estalló la guerra civil. Su madre, sus hermanos y él se quedaron en el pueblo con la incertidumbre de no saber si su cabeza de familia sobreviviría a la persecución que se inició en aquellos años contra los que defendían la causa republicana. Tuvieron que esperar seis años para tener noticias de él. Se encontraba en Francia y no había podido escribirles antes por miedo a que fletasen la correspondencia y descubriesen su paradero. Como exiliado político no podía volver a España, pero intentó por todos los medios que su familia se trasladase hasta el país gallo. El estallido de la II Guerra Mundial lo precipitó

todo y optó por marcharse a Venezuela, desde donde, según le informaron, sería más fácil trasladar a su esposa e hijos. A los ocho meses aproximadamente cogieron un barco rumbo a su nuevo destino. Un viaje en el que encontraron muchas personas que, como ellos, se dirigían a una tierra desconocida. Eran gallegos, en su mayoría. “Por lo que tengo entendido, los andaluces emigraron más a Chile, para trabajar en la uva”. Él era andaluz, pero su destino estaba en Venezuela. Lo que no imaginaba es que ese país, aparentemente tan ajeno a él, iba a ser testigo de gran parte de su vida.

UN PARAÍSO ANTE SUS OJOS. A sus 15 años, Pablo no había salido prácticamente de El Carpio. Ni siquiera era capaz de imaginarse por un momento lo que podría encontrarse en Venezuela. Pero confiesa que el desarrollo urbanístico de Caracas y el nivel de vida que respiraba la capital en esos años le abrumó. En ese momento entendió por qué eran tantos y tantos los españoles que abandonaban su país para buscar una nueva oportunidad en ese país al otro lado del charco. “En aquella época Venezuela podía acoger laboralmente a todos los que emigraban”. Explica que los españoles eran bien recibidos, mejor que los emigrantes de otros países, como Portugal e Italia. “Yo no tuve ningún problema para adaptarme a mi nuevo hogar y el hecho de compartir el mismo idioma nos facilitaba mucho la labor a la hora de encontrar trabajo”. No obstante, reconoce que la principal traba para su adaptación fue el clima. “El trópico y los mosquitos son bárbaros, hasta que te acostumbras”, sentencia.

“Con 15 años y nada más llegar a Venezuela mi padre nos puso a trabajar para salir adelante”

MÚLTIPLES FACETAS LABORALES. En aquella época él apenas sabía leer y escribir, pues durante sus primeros años en El Carpio no tuvo la oportunidad de ir al colegio. “Con 10 años ya estaba cogiendo algodón. A veces, mi madre nos mandaba a un convento para que nos diesen de comer y allí las monjas nos enseñaban algunas letras”. Con su llegada a

Venezuela tuvo acceso a los estudios primarios. Estudios que tuvo que compaginar en todo momento con la actividad laboral. “Nada más llegar a Venezuela mi padre nos puso a trabajar”, comenta Pablo. Gracias a él encontró su primer trabajo. “Estuve una temporada haciendo chapuzas en casas: las pintaba, ponía cables, arreglaba instalaciones, etc. En esos años hice de pintor, electricista, fontanero, un poco de todo”, cuenta. En el año 1959 encontró su primer trabajo estable, en la compañía norteamericana General Electric, donde se dedicó al mantenimiento de todo tipo de electrodomésticos. “Ahí pasé bastante tiempo, pero con el tiempo decidí que era hora de dar el salto y montar algo por mi propia cuenta”. A partir de ese momento, siguió reparando lavadoras, aires acondicionados y frigoríficos, pero de forma autónoma. Tal y como ocurrió con otras personas en esos años, Pablo tuvo que solicitar la nacionalidad venezolana para

empezar a trabajar. “Ahora tengo la doble nacionalidad, al igual que mis hijos, pero en ese entonces, cuando adquirirías la nacionalidad venezolana perdías la española”, explica. “En las empresas del país solo estaba permitido que un 25% de la plantilla fuese extranjera y ese porcentaje ya estaba cubierto en esos años, fundamentalmente con ingleses, holandeses y franceses, que llegaron a Venezuela atraídos por las petroleras”, argumenta Pablo.

MARIDO Y PADRE DE FAMILIA. Pero su ajetreada vida laboral no le impidió enamorarse de una venezolana, casarse y tener dos hijos. “Dos hijos que, al poco tiempo, se convirtieron en cuatro”, explica Pablo. Y es que una nueva desgracia azotó a su familia. “El hermano de mi mujer y su esposa tuvieron un accidente mortal y tuvimos que hacernos cargo de sus dos hijas”. Una carga que, poco después, se volvió liviana gracias al afecto y al amor. “Quiero a esas niñas como a mis propios hijos. Ellas me llaman papá a día de hoy”, comenta orgulloso con una gran sonrisa. Reconoce que les costó salir adelante con cuatro niños pequeños, “pero yo era muy feliz en esa época”. Era feliz centrado fundamentalmente en su familia y en su trabajo, pues reconoce que, en esos años, apenas tenía vida fuera de estos dos ámbitos. “Conocí a otros andaluces y españoles, pero nunca llegué a intimar demasiado. En ese sentido, creo que me adapté muy bien a Venezuela, pues no tenía la necesidad continua de estar en contacto con otros españoles emigrantes”.

ESPAÑA, A LO LEJOS. Debido a la condición de exiliado político de su padre, ni él, ni sus padres ni sus hermanos pudieron volver a España, ni siquiera de visita, hasta el año 1977, tras la muerte de Franco. “Echaba mucho de menos mi tierra y el hecho de saber que tenía prohibida la entrada más ganas de volver me provocaba”, confiesa. Cuando finalmente, tras tantos años, vinieron de visita por primera vez, Pablo no dio crédito a sus ojos: “Ésta no es la Andalucía que yo dejé, pensé”. España resurgía de sus cenizas mientras Venezuela se hundía.

UNA VUELTA NECESARIA. En Venezuela las cosas iban de mal en peor. La situación económica y financiera era muy inestable. “La gente comenzó a perderlo todo y eso provocó malestar social, robos, delincuencia. El país dejó de ser seguro y, ¿qué iba yo a hacer allí una vez jubilado?”. A la inestabilidad se unió su divorcio. “Cuando me separé de mi mujer ella se quedó con el apartamento que compartíamos y yo no quería ser un estorbo para mis hijos”. Ése fue el momento en el que comenzó a replantarse la vuelta a España. A principios de los 80 recuperó su nacionalidad española y durante una de sus visitas a través del Imsero le planteó su situación a una trabajadora social de su pueblo. “Rosa, la trabajadora social, se portó muy bien conmigo y me ayudó con todo el papeleo para solicitar mi vuelta”. Pero Pablo sabía que su vuelta no se iba a arreglar de la noche a la mañana. “Volví a Venezuela y me olvidé un poco

del tema, pero a los dos años me llamaron para decirme que estaba todo arreglado y que tenían una plaza para mí en la Residencia de La Carolina, en Jaén, donde llegué en 2004”, comenta.

Y DE LA CAROLINA A ESTEPONA. Pablo cambió radicalmente de vida con tan solo 15 años para reencontrarse con su padre. Quizás, por eso, no tuvo ningún problema en volver a trasladarse por un ser querido. De esta manera, solicitó un cambio de Residencia cuando supo que su hijo tenía la intención de venir a vivir a Málaga. Desde 2007 reside en el Centro Residencial para Personas Mayores Isdabe, en Estepona, centro del que habla maravillas. “Aquí estoy muy bien y puedo vivir tranquilo. Que un jubilado pueda vivir de esta forma en Venezuela es algo impensable”, confiesa. También valora de forma muy positiva el sistema sanitario andaluz frente a lo que conoció en Caracas. “Aquí tenemos un sistema de seguridad social fuerte y eso es muy beneficioso, especialmente para las personas mayores, que ya tenemos muchos achaques”.

CON EL CORAZÓN DIVIDIDO. Y, a pesar de mostrarse encantado de haber vuelto, no puede evitar echar tremendamente de menos Venezuela. “Mis padres murieron allí, me casé allí, tuve mis hijos allí. He vivido 60 años de mi vida allí”. Su ex mujer (con la que mantiene una relación muy buena) sigue en Venezuela, además de una de sus hijas, a la que intenta ver cada año al menos una vez. “Me gusta mucho Andalucía, es mi tierra. Pero creo que si la situación de Venezuela no hubiese llegado donde ha llegado, me hubiese quedado allí”. No obstante, reconoce que el hecho de tener cerca de nuevo a su hijo le ayuda a no echar tanto de menos su antigua vida.

EL DÍA A DÍA, SIN PARAR. Por su naturaleza nerviosa e inquieta, Pablo no duda en mostrarse crítico con la actitud pasiva que observa en algunos de los residentes. “Hay mucha gente que se acomoda y se limita a ver pasar los días sin hacer nada”, comenta. Pero él no podría vivir así. Durante la semana, pasea y acumula kilómetros para mantenerse en forma. Otras de sus aficiones son el flamenco y el fútbol, pero, sobre todo, se considera un apasionado de la lectura. “Todos los años mi hija, la que vive en Venezuela, me paga el viaje para que pase las Navidades con ellos allí. Ella pertenece a un club de lectura y me traigo de vuelta a Málaga unos cuantos libros cada año”. Confiesa que se lleva bien con todo el mundo, pero no puede negar una afinidad más especial con aquellas personas que, como él, tuvieron que dejar España en un momento de su vida para continuarla en otro país. “¿Para qué te voy a engañar? Claro que me llevo mejor con ellos. Nos gusta contarnos nuestras experiencias y darnos cuenta de que tenemos muchas vivencias en común”, reconoce. Aprovecha los fines de semana para desplazarse a Málaga para estar con su hijo y con la novia de éste. Cuenta ilusionado que, hace poco, su ex mujer vino a España y recibió su visita en la Residencia. “Déjame hacerte una confesión: todavía la quiero”, concluye.

“VIVIR EN ANDALUCÍA SIGNIFICA VOLVER A NUESTRAS RAÍCES”

Mercedes, de 84 años, y María Luisa, de 80, han llevado vidas paralelas, como la de muchos hermanos que por las circunstancias familiares encuentran en la unión un motor eficaz para salir adelante. Ambas nacieron en Cuba, pero su familia paterna era andaluza y esa impronta sureña siempre la han mantenido. Alegrías, penas, satisfacciones, decepciones.

Momentos brillantes y momentos oscuros. Las luces y las sombras de la vida las han atravesado juntas. Es por eso por lo que cuentan juntas su historia. Ambas trabajaron duro para forjarse un futuro. Y ambas huyeron cuando el régimen de Fidel Castro hizo añicos sus ilusiones. Ahora han encontrado en la Residencia para Mayores de Heliópolis, en Sevilla, un remanso de paz. Mercedes es dicharachera y resuelta. María Luisa prefiere mantenerse en un segundo plano y deja hablar a su hermana. Aparentemente son tan diferentes que cuesta imaginar que no se separen para nada. Mercedes se sienta y su hermana acude apresuradamente a sentarse a su lado. Así se han mantenido desde que nacieron. Y así parece que lo harán hasta el último de sus días.



El padre de Mercedes y María Luisa, jiennense enamorado de Andalucía, se encargó de que sus hijas amasen una tierra que nunca habían pisado. “Nacimos en Cuba, pero nuestras raíces andaluzas siempre estuvieron muy presentes a través de nuestro padre”, explica Mercedes. Quizás, por eso, cuando aterrizaron en Sevilla en agosto de 2001 se sintieron como en casa casi desde el principio. Ahora han encontrado la tranquilidad que su país les negó durante muchos años y aprovechan largos ratos para ver la televisión y coser. Mercedes padece asma crónico y eso le dificulta el habla. Pero eso no es impedimento para rememorar su historia con tal pasión que, en más de una ocasión, se le escapa una lágrima.

UNA FAMILIA CON TRADICIÓN EMIGRANTE. Para conocer la historia de estas hermanas tenemos que remontarnos a sus abuelos paternos, naturales de Jaén, que un buen día decidieron abandonar su tierra por falta de oportunidades e iniciar una

nueva vida en Brasil. “No te puedo decir qué edad tenía mi padre cuando se fue con mis abuelos a Brasil, pero era pequeño”, detalla Mercedes. Allí los esperaba un hermano del abuelo de Mercedes y María Luisa, que en esa época contaba con haciendas y propiedades que lo situaban en una posición acomodada. Pero un pequeño imprevisto lo truncó todo.

EN CUBA POR ACCIDENTE. El barco en el que se dirigían hacia Brasil tuvo una grave avería y no pudo llegar a su destino final. Cuba se dibujó en los ojos de su padre cuando salió a la cubierta para ver qué ocurría. Y desembarcaron en este destino transitorio, en lugar de completar el viaje hasta Brasil unos días más tarde. “Mi abuela tenía una hermana que vivía en Cuba y que se codeaba con gente de alta alcurnia”, explica

Mercedes. Así fue cómo, de forma prácticamente improvisada, fijaron su Residencia en La Habana y comenzaron a escribir su historia en una nueva página en blanco. En La Habana fue precisamente donde el padre de Mercedes y María Luisa conoció a su futura esposa, una mallorquina cuya familia había llegado a Cuba en condiciones similares a la suya. Se hicieron inseparables, se casaron y tuvieron 7 hijos.

“La influencia española en Cuba siempre se ha notado mucho. No somos tan diferentes entre nosotros”

UNA DURA INFANCIA Y JUVENTUD. Su padre prosperó rápidamente en el nuevo destino y pronto puso en marcha, por cuenta propia, una fábrica de enseres de limpieza, que suministraba materiales como escobas, cepillos o plumeros a toda la isla. Todos los hermanos centraron sus primeros años en ir al colegio, pero pronto tuvieron que

compaginar la actividad escolar con la ayuda al negocio familiar. Mercedes cuenta que pudo combinar ambas cosas hasta que su madre enfermó gravemente y tuvo que abandonar los estudios para hacerse cargo de la casa y del resto de sus hermanos. En ese entonces solo tenía 11 años y de pronto vio cómo una enorme responsabilidad recaía en ella. “No tenía tiempo para nada que no fuese la casa y el trabajo”, recuerda Mercedes con resignación. Pero ella tenía inquietudes académicas y, en el momento en que fue posible, retomó sus estudios para cumplir uno de sus sueños: ir a la Universidad. “Estudié el Bachillerato, me aceptaron en la Universidad y estudié parte de la titulación de Pedagogía”. Todo ello mientras seguía siendo la que “llevaba a cuestras” la casa y las riendas de una familia numerosa. Así, con todas estas dificultades y limitaciones, Mercedes se fue haciendo a sí misma.

SEPARACIÓN TRANSITORIA. Mercedes y M^a Luisa siempre se apoyaron mutuamente de forma especial. Pero, como suele ocurrir en la vida, hubo un momento en el que ese camino común se bifurcó. Mercedes encontró el amor en la isla caribe-

ña y se casó. M^a Luisa nunca llegó a contraer matrimonio, pero continuó viviendo en La Habana. Fue tras la muerte del marido de Mercedes cuando las dos hermanas volvieron a hacerse inseparables, coincidiendo con un momento político, económico y social muy convulso promovido por la dictadura de Fidel Castro. Fue durante esos años, además, cuando uno de sus hermanos decidió abandonar Cuba y emigrar a España. Años más tarde, Mercedes y M^a Luisa siguieron los mismos pasos.

“Doy gracias todos los días a Dios porque mis padres eran españoles y yo tenía la doble nacionalidad”

UNA SITUACIÓN INSOSTENIBLE. Mercedes explica que sus últimos años en Cuba fueron poco menos que una pesadilla. Mientras, M^a Luisa asiente continuamente con la cabeza, refrendando todo lo que cuenta su hermana. Explica resignada cómo Fidel Castro arremetió con la industria del país en general y contra la fábrica de su padre en particular. “A mi padre le quitaron el negocio de toda una vida y lo dejaron en la calle sin nada. Ellos se quedaron con todo, y nosotros sin nada”. Ellas creyeron, en un principio, que la situación se estabilizaría paulatinamente. Sus padres murieron y su hermano “cruzó el charco” para venir a vivir a España. Fue entonces cuando empezó a germinar la idea de abandonar su país de origen y reencontrarse con otro que sentían lejano, pero que, al fin y al cabo, llevaban en la sangre. Todo ello a pesar de que Mercedes tuvo que renunciar a su paga de jubilada a cambio de su libertad para salir del país. “Ése fue mi castigo por abandonar mi patria”, sentencia.

UN FUTURO EN ESPAÑA. Mercedes y M^a Luisa no forman parte del grupo de cubanos que tuvo que exiliarse a otros países por enfrentarse al régimen de Castro. “Fuimos nosotras las que decidimos huir, pero eso para el régimen es una traición”, explica. “Cuando vimos que mi hermano y su familia se trasladaron a vivir a Madrid fue cuando nos lo planteamos”, comenta. Ya no les quedaba familia en Cuba y muchos de sus amigos habían buscado un porvenir mejor fuera de la isla, sobre todo en Estados Unidos. Al tener la doble nacionalidad no les resultó tan complicado como a otros cubanos abandonar el país. “Yo doy gracias todos los días a Dios porque mis padres eran españoles y yo tenía la doble nacionalidad. De lo contrario, aún seguiría en Cuba”, exclama Mercedes.

Las hermanas aterrizaron en el Aeropuerto de Barajas el 25 de abril de 2001, donde les esperaba su hermano. Éste les ayudó a mover toda la documentación necesaria para solicitar una Residencia a la que ambas pudiesen ir juntas. “Eso sí que lo teníamos claro: mi hermana y yo no nos íbamos a separar”. Cuatro meses más tarde, en agosto, fueron empadronadas en Sevilla y trasladadas a la Residencia Heliópolis, situada en la capital.

CUBA, EN LA MEMORIA. “Cuando sabes que algo está prohibido, más ganas te entran de hacerlo”, comenta Mercedes para explicar cuál es el sentimiento que, a día de hoy, Cuba les inspira. Confiesa que tanto a ella como a su hermana les gustaría volver de visita a su “Cuba bendita y querida”. Pero saben que no pueden hacerlo porque corren el riesgo de no poder volver a salir del país. “Cuando yo nací Cuba era un paraíso, la industria era próspera y la gente vivía más o menos bien”, lamenta. “Ahora hay mucha gente que pasa hambre y que lucha día a día por sobrevivir”. Sus últimos años allí les ha dejado una herida difícil de cicatrizar, pero, aun así, darían lo que fuese por volver a pisar su tierra. Eso sí, de forma transitoria.

Saben que en un país en el que todo está controlado por el gobierno, es muy complicado desarrollarte y prosperar, pero, aun así, ellas presumen y hacen gala de sus orígenes cubanos. “Cuba es una tierra preciosa y con gente maravillosa”, expresa Mercedes, que, a continuación, deja escapar un suspiro que sabe a melancolía.

“Las prestaciones sociales en Andalucía son muy buenas. Los mayores estamos muy protegidos”

RÁPIDA ADAPTACIÓN A ANDALUCÍA. “Vivir en Andalucía significa volver a nuestras raíces”, afirma Mercedes. En Sevilla han encontrado la estabilidad y la tranquilidad que su país les negó sistemáticamente. Aseguran que, a pesar de haber nacido y haber vivido prácticamente 70 años en Cuba, están orgullosas de sus orígenes andaluces y creen que la personalidad de ambos pueblos es bastante similar. “La influencia española

en Cuba siempre se ha notado, no somos tan diferentes”, explica Mercedes. Aseguran encontrarse muy a gusto en la Residencia, donde han encontrado por fin un lugar para descansar y despreocuparse. “El personal es muy amable y siempre están atentos a nosotras”, comenta. “Las prestaciones sociales en Andalucía son muy buenas. Las personas mayores están muy protegidas”.

Y BUENA ACOGIDA. De los andaluces destacan su sentido del humor y su extroversión, aunque consideran que las personas mayores son más respetadas por la sociedad en Cuba. Confiesan que, en la Residencia, no han intimado demasiado con nadie, pero que se llevan bien con todo el mundo. Tanto a la una como a la otra les encanta ver la televisión y coser y, a menudo, hablan por teléfono con amigos cubanos que emigraron a Estados Unidos. “Nos encanta Sevilla y en ningún momento nos hemos arrepentido de venir aquí”, reconocen. Creen que el principal problema de la sociedad andaluza es el desempleo, pero consideran que es un problema transitorio y que los ríos volverán, poco a poco, a su cauce. Opinan que hay que ser positivo y relativizar las cosas: “España está atravesando un mal momento, pero no es comparable con la situación que viven Cuba y sus ciudadanos”.



D. Guillermo González
Málaga → Cuba → Estepona (Málaga)

“ANDALUCÍA ME HA ACOGIDO MUY BIEN DESDE QUE REGRESÉ DE CUBA”

De padre español y madre cubana, Guillermo González Cardoso nació en Málaga, y dice sentirse español y cubano por igual. Su vida es un ejemplo constante de superación de las dificultades. Trabajó desde muy pequeño para poder seguir sus estudios y logró llegar a tener sus propios negocios, que perdió cuando estalló la Revolución. Al poco tiempo regresó a España y hoy vive tranquilo y agradecido por el recibimiento que le ha brindado Andalucía. “La gente me acogió muy bien, nunca me he sentido discriminado por venir de fuera”, comenta Guillermo.



PADRE ESPAÑOL Y MADRE CUBANA. Guillermo González tiene 86 años, y ha pasado la mayor parte de su vida en Cuba. Su padre es español. Su madre, cubana. Su padre formó parte del Ejército español en la Guerra de Cuba, y se quedó prendado de esa tierra. Allí conoció a una cubana de la que se enamoró, se casaron y vinieron a España. Guillermo nació en Velez Málaga, pero sus padres decidieron regresar a Cuba siendo él muy pequeño y apenas si guarda recuerdos de aquellos años en su localidad de nacimiento.

TRABAJO Y ESTUDIOS. “Cuando era chiquito a mí me gustaba mucho la literatura porque todo lo que tú puedas leer y todo lo que tú aprendas es muy necesario para el día de mañana. Yo empecé a estudiar por correspondencia. La vida era muy pobre allí en Cuba, y los pobres teníamos que trabajar mucho para poder salir adelante”, nos cuenta Guillermo. Él, de pequeño, ya se dedicaba a repartir agua y hacer recados, y con eso pagaba su academia. También trabajó un tiempo en una cantina, propiedad de unos gallegos, pero no se llevó bien con ellos, y acabó dejándolo. Logró seguir sus estudios y se especializó en mecánica, y empezó a trabajar en Camagüey en el sector del ferrocarril. Durante

*“En Andalucía
siempre me han
tratado muy bien.
Ahora me siento
cubano y andaluz
a partes iguales”*

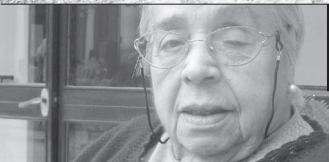
dos años estuvo trabajando en una empresa americana en La Habana, donde lo trataron muy bien y lo hicieron asesor técnico. De aquella época conserva intacta la anécdota de un día en que el patrón fue a verlo. “Me vino y me dijo que me había estado observando, y que yo nunca paraba para almorzar, ni para ir al baño, ni tampoco hablaba con nadie, que solo trabajaba y trabajaba, y yo le dije: para eso he venido, para trabajar. Entonces me dijo que era una buena persona y que yo iba a ser el asesor técnico”.

LA REVOLUCIÓN ACABÓ CON SUS NEGOCIOS. Luego, enfermó, y volvió a Camagüey, donde con el tiempo montó sus propios negocios. “La gente me decía que estaba loco, pero no me fue mal, hasta que llegó la Revolución, y me lo quitaron todo”, dice Guillermo, que relata que un día volvió a su negocio y encontró gente allí: “Yo les dije que el dueño era yo, y me contestaron que yo había sido el dueño pero que ya no lo era, porque había pasado a ser del pueblo. Me fui a la caja para sacar los papeles que acreditaban mi propiedad, y me dijeron que no podía tocar nada de aquello, que se revisarían todos los papeles y que ya me pagarían, pero yo no cobré ni un centavo. Me quedé sin nada, ellos dijeron que los papeles se habían quemado, así que yo no tenía ninguna prueba a la hora de reclamar”.

SE CASÓ EN CUBA. Al margen de su vida profesional, Guillermo guarda grandes recuerdos de su vida en pareja con la que fue su mujer, que falleció antes de que él regresara a España. “Recuerdo que cuando yo trabajaba en los ferrocarriles mi señora iba allí a llevarme la comida. A ella le gustaba mucho la cerveza, enfrente había una cantina donde compraba los bocaditos de jamón, nos lo traíamos y nos tomábamos una cerveza. Ella se ponía a ayudarme y ya después nos íbamos para la casa”.

DE REGRESO A ESPAÑA. Guillermo se sintió con las alas cortadas en Cuba, y decidió regresar a España, a pesar de que uno de sus hijos vive hoy en Estados Unidos. Valora mucho nuestra Seguridad Social y dice sentirse muy bien tratado desde su regreso. “A mí por lo menos me han tratado muy bien y nunca me he sentido discriminado por venir de fuera”. Dice sentirse hoy cubano y español a partes iguales, aunque no echa de menos especialmente Cuba. Le gustaría ir “un día de estos”, pero por “verlo un rato y volverme después”.

LA VIDA EN LA RESIDENCIA. Guillermo se mantiene muy en forma. “Yo aquí salgo por las mañanas, camino mucho, me gusta caminar para conocer. Me llevo café, agua y unas galletitas y me siento por ahí a tomármelas y vuelvo por la tarde a cenar. Con el desayuno que hago aguanto hasta por la tarde”. Luego por la noche se sienta un rato a ver la televisión. Dice llevarse muy bien con los compañeros y empleados de la Residencia, de los que no tiene “queja ninguna”.



Dña. Claudia Soto
Sevilla → Argentina → Marchena (Sevilla)

“ME FUI PORQUE QUERÍA VIVIR LA VIDA A MI AIRE”

Claudia Soto tiene la mirada de aquellas personas que han vivido la vida intensamente. Desde el patio de la Residencia Asistida de Mayores de Marchena, ahora ve pasar los días con sosiego. Nada que ver con el ritmo intenso de la vida que llevó en Argentina. Pero ni los miles de kilómetros ni el pulso vital que, según nos cuenta Claudia, tenía la ciudad de Buenos Aires en esos años, fueron suficientes para que renunciase a dirigir la mirada hacia Andalucía cada día y a echarla de menos. Desde el patio de esta Residencia, que ahora es su hogar, rememora esos años con cierta melancolía en sus palabras y en sus gestos, consciente de que tiene que hablar en pasado. No obstante, nunca falta entre sus manos un libro, que, según ella, es la mejor forma de “viajar y ver mundo sin moverme de la silla”. Su condición física no se lo permite, pero su mente sigue siendo inquieta.



A Claudia le decían “gallega” en Buenos Aires, como a casi todos los españoles que emigraron allí, pero ella replicaba, y decía que no era gallega, sino andaluza, sevillana y de Triana. Se fue porque quería vivir la vida “a su aire”, y logró vivirla. No se arrepiente. Pero siempre tuvo claro que quería volver. Sus raíces estaban aquí y, en cuanto pudo, regresó. De eso hace ya 20 años. Ahora vive en la Residencia de esta localidad sevillana desde el año 2004. Desde aquí, mira la tierra que una vez dejó y le gusta lo que ve. “Ahora se vive mejor porque hay más posibilidades económicas, y porque hay libertad”. Y ella no sabe vivir sin libertad. Por eso se fue.

QUERÍA VIVIR LA VIDA “A SU AIRE”. Cuando le preguntan por qué se fue, Claudia no lo duda y cuenta la anécdota de una conversación que tuvo una vez con una compañera de trabajo en Buenos Aires. “Ella me decía que yo me vine a Argentina por aventurera, pero no era aventura lo que yo buscaba, lo que yo buscaba era libertad. Yo estaba cansada de que me controlaran, de que me preguntaran adónde iba cada vez que salía, de aguantar vejaciones... Y por eso

me fui a Argentina, con 27 años, para sentir que la vida me pertenecía, y podía vivirla a mi aire, sin ser custodiada por nadie”, cuenta.

SE FUE TENIENDO TRABAJO EN SEVILLA. Los vientos no eran favorables para España en esos años. Pero, al contrario que otros emigrantes que se vieron obligados a salir por motivos económicos y laborales, a Claudia no fue el dinero o el trabajo lo que le empujó a dejar Sevilla: “Yo trabajé durante diez años en la fábrica de lámparas que había aquí en Sevilla, en la calle Pagés del Corro, y, cuando me fui, ya era capataza de uno de los talleres, y ganaba un buen dinero, vamos, que no estaba mal económicamente”. Además, no era una mujer sin estudios. Tenía hecha la Primaria, “porque para la Secundaria había que pagar y de la formación universitaria había directamente que olvidarse”, y eso es algo que siempre le agradecerá a su madre, que “no sabía ni leer ni escribir y se empeñó en que a ninguno de sus hijos le faltara ese aprendizaje”, comenta Claudia, mientras recuerda emocionada que pudo darse la satisfacción de enseñar a su madre a escribir su nombre para que no tuviera que firmar con su huella dactilar.

“Antse de marcharme a Argentina, tenía un trabajo estable y mi situación económica era buena”

Y ENCONTRÓ OTRO EMPLEO EN BUENOS AIRES MUY RÁPIDO. En Buenos Aires vivían tres hermanas de su madre. Y allí se fue ella, sola y sin compromiso, acompañada de un primo que tenía 16 años. Se estableció en una localidad cercana a Buenos Aires, a quince kilómetros de la capital, en la que muy pronto encontró trabajo. “Yo no llevaba ni ocho días en Argentina cuando ya estaba colocada en Philips, en una fábrica de lámparas”, cuenta Claudia, que insiste en que en los cuarenta años que estuvo allí, nunca tuvo problemas de falta de trabajo. “Trabajé en dos empresas, en esa fábrica de lámparas, en la que estuve al principio y luego en una fábrica de cigarrillos, en la que estuve mucho tiempo, la mayor parte de él lo pasé en la guardería de la fábrica, cuidando a los niños de las operarias. Luego esa empresa se fusionó con otra, y, como yo ya tenía 50 años, me dijeron que allí ya no encajaba. Pero había una jefa de personal que me quería mucho y me dijo que yo me iba con ella. Así que me fui a trabajar a su casa y allí crié a sus cuatro niños”, cuenta Claudia, que reconoce que fue muy duro dejarlos, porque los quería mucho.

LA ACOGIDA DE LOS ARGENTINOS. Claudia se fue sola, pero en cuanto tuvo posibilidad se llevó con ella a su madre y a sus hermanos. Allí, en Buenos Aires, coincidió con otros emigrantes. “Nos veíamos en el Centro Andaluz, que era donde yo iba todos los días, y también en el asturiano. Además, había una calle, que la

llaman 'la calle de los españoles', donde nos encontrábamos”, comenta Claudia, que también conoció a muchos emigrantes de otras nacionalidades. “Había muchos paraguayos, italianos, e ingleses, pero los ingleses estaban en otro sitio, eran los que tenían los cortijos, que allí le llaman las estancias”, explica. En general, piensa que la acogida que tenían los emigrantes en aquella época en Buenos Aires era dispar. “Había gente buena y que hacía lo posible por ayudarnos y había también quienes nos veían como intrusos que veníamos a quitarles lo que era suyo”.

NO SE ARREPIENTE. Claudia no lo duda. Volvería a hacer lo que hizo. Considera que sus expectativas profesionales y vitales se cumplieron al emigrar y desde luego no se arrepiente. “Irme a Argentina me dio muchas oportunidades, posibilidades de las que no habría disfrutado de haberme quedado en Sevilla”, dice Claudia, que valora especialmente la autonomía que ganó: “Pude viajar y conocer mundo. De América conocí Uruguay y Brasil, además de Argentina. Y de Europa, Italia y Francia. Gracias a la decisión que tomé, pude trabajar para divertirme, conocer cosas nuevas e ir donde me daba la gana”, comenta Claudia, sacando otra vez su espíritu rebelde.

SIN EMBARGO SIEMPRE PENSÓ EN VOLVER. A pesar de lo bien que le fue, a pesar de todas las posibilidades de las que pudo disfrutar, Claudia siempre pensó en volver. De hecho, no se casó ni tuvo hijos, porque “no quería echar raíces allí”. Y cada tres o cuatro años venía a pasar unos días de vacaciones. A los 68 años, volvió a Sevilla definitivamente, una vez que “tuve mi piso arreglado para vivir aquí, porque no quería irme a la casa de nadie”. Llegó a la Residencia en 2004, tras sufrir la tragedia de que se anegara de agua su piso. “Fue entonces cuando mi sobrina consideró que estaría más segura en una Residencia”.

*“Irme me dio
oportunidades de
las que no habría
disfrutado de ha-
berme quedado en
Sevilla”*

AÚN LE UNEN LAZOS A ARGENTINA. A pesar de que nunca ha vuelto a Argentina tras su regreso a Andalucía, a día de hoy mantiene el contacto con sus “niños” (los hijos de su amiga a los que crió) a través de Internet, y desde la sala de informática de la Residencia. Reconoce no ‘llevarse bien’ con los ordenadores, pero “es la única forma de hablar de vez en cuando con ellos”. En este sentido, agradece la ayuda que le prestan los asistentes del Centro con la informática.

AHORA SE VIVE MEJOR EN ANDALUCÍA. De vuelta a Sevilla, Claudia ha podido recuperar el contacto con algún antiguo vecino y compañero de fábrica, y

también con “un novio que tuve”, cuenta. Además, mantiene contacto habitual con una de sus sobrinas, y lleva una vida tranquila y afable en la Residencia Asistida de Mayores de Marchena, donde dice llevarse bien con todo el mundo. Piensa que ahora en Andalucía se vive mejor, no solo porque hay más posibilidades económicas, sino también porque hay más libertad. Y valora positivamente nuestro sistema de protección social y sanitaria.

*“En Andalucía
ahora se vive me-
jor, no solo a nivel
económico, sino
que existe mayor
libertad”*

“Allí es muy diferente, cuando te jubilas tienes que pagar la mitad de los medicamentos que necesitas. Además tienes tu médico de cabecera, pero si necesitas un especialista tienes que pagar. El sistema de aquí es mucho mejor”, cuenta Claudia, que dice no obstante que hay una cosa en la que Argentina aventaja claramente a nuestro país: “Allí se respeta muchísimo a las personas mayores”.



*D. Ramón López
Torres (Jaén) → Francia → Linares (Jaén)*

“AHORA, EN ANDALUCÍA, LAS PERSONAS MAYORES NOS SENTIMOS RESPALDADAS CUANDO LLEGAMOS A LA VEJEZ”

Ramón, a sus 65 años, es uno de esos emigrantes que mira hacia su pasado con melancolía. Tenía tan solo 19 años cuando se trasladó a Francia, en busca de un futuro mejor. Y no solo encontró ese futuro que tanto anhelaba. La vida también le premió con la amistad de varias personas que, unidas por el desasosiego de estar lejos de casa, se transformaron en su segunda familia. Se fue de la misma manera que se fueron la mayoría de los emigrantes de la época: con una maleta llena de ilusión y de expectativas. Siete años pasaron hasta que decidió hacer el camino de vuelta a Jaén. Y en la maleta de retorno seguía viniendo parte de esas ilusiones y expectativas. Pero también venía mucha admiración por un país que lo había acogido calurosamente. Y es que Ramón pronuncia con solemnidad la palabra “Francia” y se le dibuja una gran sonrisa en la boca.



Ramón vive ahora en el Centro Residencial para Personas Mayores de Linares, donde convive con sus recuerdos. Se considera un enamorado de Francia y explica que ha tenido la oportunidad de volver en varias ocasiones a esa ciudad que le devolvió la esperanza. Se fue a trabajar, como la gran mayoría de la gente que abandonaba España en esos años. Pero tampoco se olvidó de convivir con personas que vivían en su misma situación o, incluso, con franceses, ya que, según comenta Ramón, acogían muy bien a los emigrantes.

EN BUSCA DE NUEVAS EXPERIENCIAS. Ramón nació en la localidad jienense de Torres en 1946. Allí creció como un niño más, aunque pronto comenzó a despuntar su inquietud por el futuro. España no atravesaba sus mejores años y él era consciente de que contar con un trabajo estable y bien pagado era una situación prácticamente utópica. Cuando se le pregunta por qué se fue a

Francia, Ramón contesta: “Cuando eres joven no te da miedo nada y quieres probarlo todo”, contesta. Él tenía trabajo antes de irse, pero un cuñado suyo, que ya se encontraba en territorio galo, lo animó a probar suerte en este país absolutamente desconocido para él. Tenía tan solo 19 años, pero eso no fue un impedimento para que se abriese una buena oportunidad ante él. No sin dolor se despedió de su familia y de su novia, a los que dejó con “el corazón en un puño” por su marcha. Pero la decisión estaba tomada y le quedaban siete largos años por delante para descubrir un país abierto, tolerante y próspero. Un país que tanto distaba de la España de aquel entonces.

“Me fui porque era joven y a esa edad quieres probarlo todo. Era una oportunidad y no me daba miedo”

BESANZÓN, UN NUEVO MUNDO. Por suerte Ramón no viajó solo hacia su nuevo destino. Una cuñada suya le acompañaba y, una vez allí, contaron con el apoyo de otro familiar que ya había emigrado anteriormente a la localidad de Besanzón, en el norte de Francia. Ramón cambió su ciudad de Residencia, pero su escenario de trabajo seguía siendo el mismo. Anteriormente a su marcha trabajaba en la ferralla (en la “chatarra”, como él

la llama) y así lo hizo también una vez que llegó a su nuevo destino.

ADAPTACIÓN RÁPIDA Y BUENA ACOGIDA. Ramón asegura que se sintió muy respaldado por el hecho de contar con el apoyo y la ayuda de un familiar suyo desde el mismo momento de su llegada. Reconoce que llegó a manejarse muy bien con el francés y que lo aprendió en, relativamente, poco tiempo. Asimismo, comenta que la acogida a los emigrantes por parte de los franceses era muy buena y que llegó, incluso, a entablar una buena amistad con algunos de ellos. “Yo me llevaba muy bien con todo el mundo, especialmente con los franceses y los marroquíes. Cuando terminaba la jornada laboral salíamos a veces por ahí”, explica. Quizás ahí esté la clave de que aprendiese francés tan rápidamente y de forma tan natural. Ahí y también en el hecho de que, a pesar de que se encontró con españoles y andaluces, ésta no era la nacionalidad que predominaba. “Yo creo que la mayoría de los españoles que emigraban a Francia en esos años estaban en el sur del país”, argumenta Ramón. No obstante, entre portugueses, yugoslavos, argelinos e italianos, sí recuerda a algunos andaluces, gallegos y asturianos que trabajaban, como él, en la fundición de hierro.

LA MEJOR EXPERIENCIA DE SU VIDA. Y es que, a pesar de que fueron duros años de trabajo, Ramón recuerda su estancia en Francia como una de las mejores experiencias de su vida. Llegó a un país totalmente desconocido para él,

pero al que se amoldó con facilidad. “Besanzón era tres veces más grande que Jaén. Era la ciudad más grande en la que yo había vivido hasta el momento”, reconoce. Pero esta localidad no solo le sorprendió por sus dimensiones, sino por el progreso que se respiraba en cada esquina. “Había muchos edificios nuevos y la ciudad era muy ordenada y limpia”, comenta sin evitar la comparación con las ciudades de España en esos años.

PERO TODO LLEGA A SU FIN. Concretamente pasaron siete años antes de que Ramón se planteara seriamente la vuelta a Andalucía. Su novia, a la que dejó en el pueblo antes de emigrar, seguía esperándolo, al igual que su familia y sus amigos de toda la vida. Con los ahorros que acumuló durante sus años de trabajo en el extranjero, volvió y, al poco tiempo, pasó por el altar. Retornó a su antigua vida, pero con la amplitud de miras que da una experiencia vital de varios años en el extranjero. Asegura que siete años no fueron suficientes para percibir un progreso palpable en nuestra comunidad, pero que sí que se notaba ya una cierta apertura al mundo y un aumento en el nivel de vida de los ciudadanos. Sustituyó la fundición de acero por el transporte de mercancías a nivel internacional y eso le permitió visitar, entre otras muchas ciudades, aquella que tan bien le acogió durante siete años de su vida. Y, a pesar de que pasaba gran parte de su tiempo en la carretera, eso no fue un impedimento para formar una familia. Concretamente, él y su mujer tuvieron cuatro hijos.

COMIENZA UNA NUEVA ETAPA. Desde hace poco tiempo Ramón vive en la Residencia para Personas Mayores de Linares, donde se siente más tranquilo y seguro. Sus cuatro hijos han tomado caminos diferentes y ninguno vive en la misma ciudad que su padre. Asegura que no tiene problemas con nadie y que trata de relacionarse con todo el mundo, a pesar de que él prefiere “hacer las cosas de forma independiente”. Explica que pasa el tiempo viendo la TV y saliendo a dar largos paseos, pues su buena salud se lo permite.

ANDALUCÍA ESTÁ AVANZANDO MUCHO. A pesar de que prefiere no opinar demasiado, sí cree que las prestaciones sociales y el sistema sanitario del que ahora disfrutamos en Andalucía no tiene nada que ver con el que existía hace unos años. “Ahora las personas mayores nos podemos sentir respaldadas cuando llegamos a la vejez y no tenemos a nadie que pueda hacerse cargo de nosotros”, explica.

“Fueron duros años de trabajo, pero sin duda también fue una de las grandes experiencias de mi vida”



D. Joaquín Moreno
Jubiles (Granada) → Suiza → Linares (Jaén)

“AUNQUE TUVE QUE TRABAJAR DURO NO ME ARREPIENTO DE HABER EMIGRADO”

Joaquín es un tipo duro. Y su conversación es como su carácter. Si transcribiéramos esta entrevista literalmente, parecería un diálogo sacado de una novela negra. En sus respuestas, cortas y directas, no hay nunca una palabra más, ni un rodeo, ni una floritura. De dónde es usted, de un pueblo de Granada ¿Qué edad tenía cuando se marchó? 26 ó 27 años ¿Por qué se fue, por trabajo? ¿No tenía trabajo? sí lo tenía, pero quería ganar más dinero. ¿Se sintió alguna vez discriminado por ser emigrante?, no. ¿Le trataron bien en las empresas en las que trabajó?, a los españoles nos daban los trabajos más duros y nos explotaban, pero no me arrepiento. ¿Por qué no se arrepiente?, porque gané dinerillo y vi sitios nuevos. ¿Adivinan cuál dice que es el problema principal de nuestra juventud? Que lo quiere todo hecho y no se esfuerza. Lo dicho, un tipo duro.



UN GRANADINO EN SUIZA. Joaquín nació en 1944 en un pueblecito de Granada, Jubiles. Después de trabajar durante cinco años en Barcelona en una empresa de construcción, decidió poner rumbo al centro de Europa, concretamente a Zurich, donde marchó con dos amigos con un contrato de trabajo. Allí permaneció cuatro años, luego regresó a España, donde se casó. A los cinco años volvió solo a Suiza, esta vez a Lausanne, donde permaneció ocho años más, hasta que finalmente regresó a Barcelona, luego a Granada, y luego a Almería, donde pasó los últimos años de su vida laboral.

POR MOTIVOS LABORALES. Fue el trabajo lo que movió a Joaquín a salir de España. En Barcelona tenía un empleo, pero no estaba contento y marchar a Zurich le brindaba la posibilidad de ganar más dinero. En sus empleos en Suiza, dice haber trabajado muy duro, pero no se arrepiente. “Allí a los españoles nos

explotaban, el trabajo duro era para los emigrantes, te pegaban voces y demás. Pero pagaban bien. Gané dinerillo y vi sitios. No me arrepiento”, cuenta Joaquín, que no obstante reconoce que la adaptación fue difícil. “Me entraron ganas de volver muchas veces, a mí que me pegaran voces y me trataran así no me gustaba. Pero después ya me acostumbré y me daba igual. Me entraba por un oído y me salía por el otro”.

UNA SOCIEDAD POCO ABIERTA. A pesar de lo que cuenta, a pesar de asegurar que las empresas para las que trabajó le trataron “regular”, Joaquín nunca se sintió discriminado. “Es verdad que eran muy duros con nosotros en el trabajo, pero yo al menos nunca me sentí discriminado”. Eso sí, sus relaciones fueron principalmente con otros emigrantes. “Donde vivía, había muchos gallegos y sobre todo andaluces, salíamos juntos los domingos, y también nos veíamos con portugueses e italianos, con los que teníamos más facilidad para el idioma”. Cuestiones de idioma aparte, opina que los suizos son más “cerrados” y que el carácter de los portugueses e italianos es más parecido al de los españoles. Por eso congenió siempre más con los otros emigrantes.

EL REGRESO. Durante su permanencia en Suiza, en los dos períodos que pasó allí, Joaquín no dejó de venir a España durante las Navidades, entre otras razones porque le hacían contratos de trabajo por nueve o diez meses. Poco a poco fue germinando en él la idea del regreso. “Yo ya estaba un poco cansado de aquello y de la gente, también echaba de menos esto. Así que decidí volver, a Barcelona porque allí estaba uno de mis hermanos y algunos amigos del pueblo, y de allí me viene a Granada con mis padres. Estuve trabajando pero me quedé en paro, yo tenía un piso pequeñito y me lo embargaron, y acabé en Almería, con otro hermano, y allí hice de todo: trabajé de soldador, en los invernaderos...”. Desde su vuelta a España, nunca ha regresado a Suiza ni se plantea hacerlo. “Yo me vine ya sin ganas de volver, trabajé mucho y nos explotaron mucho allí a los españoles”.

SIN PROBLEMAS DE ADAPTACIÓN. Para Joaquín, la vuelta no representó ningún trauma. “Yo también había trabajado en España así que me adapté bien. Además, Andalucía es mi tierra y no creo que te cueste adaptarte a tu tierra”. Ahora vive tranquilo en la Residencia para Personas Mayores de Linares, donde se siente “muy bien atendido” y en la que apenas si recibe visitas porque los familiares que le quedan “están lejos y es complicado”. Joaquín com-

“Estando allí me entraron muchas veces ganas de volver, sobre todo al principio. Luego te acostumbras”

parte habitación con un compañero con el que dice llevarse bien, como con casi todo el mundo, aunque confiesa que le gusta ir “a su aire”.

LO QUEREMOS TODO HECHO. La salud de Joaquín le impide salir a la calle y apenas si ve la televisión, porque le marea, y, por tanto, le cuesta tener una opinión clara de cómo está Andalucía y cuáles son en su opinión los principales retos que tiene por delante. “Cuando llegué de Suiza sí noté el adelanto que había después de los años pero ahora ya le digo que no salgo y no sé lo que hay”. A la hora de pronunciarse sobre la juventud actual, sí manifiesta en cambio una opinión muy clara y formada. “Los jóvenes no saben valorar lo que tienen porque no han tenido que ganárselo con el sudor de su frente. Es verdad que ahora está la situación difícil para encontrar trabajo, pero aun así hay que esforzarse por encontrarlo. Yo, de joven, lo tenía clarísimo, y aunque la vida era dura en Suiza, yo sabía que estaba allí para trabajar, y eso es lo había”. Sobre el trato a los mayores, opina que en Andalucía es tan bueno como pueda ser en Suiza. “No creo que se les respete más, la verdad. Aquí yo creo que se nos trata muy bien”, comenta Joaquín, que luego matiza con su habitual rotundidad: “Bueno, aquí y allí hay gente buena y gente mala, como en todos sitios”.

“Andalucía es mi tierra y no me costó volver a acostubrarme a ella de nuevo tras mi vuelta”



Dña. Carmen Oliva
Málaga → Francia → Estepona (Málaga)

“POR MUCHOS AÑOS QUE HAYAS PASADO FUERA AL FINAL TU TIERRA TE LLAMA”

A Carmen le cuesta caminar, pero prefiere hacerlo sola. Tal vez ésta es una costumbre que ha adquirido a lo largo de su vida, pues su historia es la de una mujer que siempre se ha valido por sí misma. Con 29 años se marchó a Francia. Y lo hizo sola. Todo el mundo coincide en reconocer que el abismo que se abre ante una persona que abandona su país se suaviza si esa experiencia vital se comparte con familiares o amigos. Pero ella convenció a su hermana, que quería acompañarla, de que lo mejor era que se quedase en casa a cargo de sus padres. Sola llegó en 1959 a la elegante ciudad de Versalles, tan diferente en esa época de su Málaga natal. Y sola se buscó la vida, aprendió francés, cambió de empleo, se mudó a París, volvió a Versalles, viajó por medio mundo, se jubiló y una infinidad de experiencias vitales más. Nunca llegó a casarse ni a tener hijos y durante casi 45 años tuvo una única cita anual con su tierra, en verano. “Estar sola es bueno”, reconoce Carmen. En su caso ha sido tan bueno que no solo ha podido vivir la vida que siempre quiso, sino que estar sola ha sido la principal razón de su vuelta a Málaga. Y aquí, pese a sus problemas de circulación, a su dificultad para andar y a sus 80 años, prefiere seguir caminando sola. Siempre sola. Pero ahora en su tierra.



Carmen estuvo más de 40 años viviendo en Francia. Tenía un trabajo estable en Barcelona, ciudad a la que se trasladó con sus padres y sus hermanos, pero ella buscaba algo más. Comenta orgullosa que no le costó adaptarse a su nueva vida. Ni siquiera el tema del idioma la achantó a la hora de desenvolverse en su día a día. “Es curioso lo rápido que llegas a aprender un idioma cuando sientes que realmente tienes necesidad de hablarlo”, comenta Carmen. Desde ese nuevo panorama miraba con melancolía, a lo lejos, el sol, el mar y la brisa de su tierra, pero ella asegura que en Francia vivió la gran experiencia de su vida. Hoy, desde la ventana de su habitación, en la Residencia para Personas Mayores Isdabe, en Estepona, se ha reencontrado con el mar de su infancia y con una serenidad que desconocía hasta ahora.

UNA CHICA QUE SOÑABA CON UNA VIDA MEJOR. Carmen trabajaba en una fábrica de bebidas en Barcelona cuando le asaltó la idea de buscar una alternativa laboral que la llevase más allá de nuestras fronteras. Había dejado Málaga unos años atrás, con su familia, para comenzar en Cataluña una nueva vida. Pero Carmen, de naturaleza inquieta, pronto tuvo dudas. “Tenía un trabajo, pero no tenía un contrato fijo y me pagaban poco”, explica. En esos años eran muchos los españoles que dejaban su tierra para probar suerte en otros países. Así que Carmen no se lo pensó. Se puso en contacto con el consulado y pronto preparó toda la documentación necesaria para desembarcar en Francia. Unos meses más tarde, en el año 1959, llegó a Versalles una joven de 29 años dispuesta a comerse el mundo. Antes de su partida tuvo que convencer a su hermana, que quería marchar con ella, de que lo mejor era que no la acompañase. “La convencí para que no se viniese porque alguien se tenía que quedar a cargo de nuestros padres y, además, ella tenía un novio con una muy buena situación social y económica”, comenta. Sola pero con muchas ganas. Fueron, precisamente, esas ganas las que hicieron que,

en cuestión de días, encontrase una oferta de trabajo como empleada del hogar en la casa de una familia acomodada. Su nueva vida había comenzado y ella no pensaba desperdiciar ni un minuto.

“Trabajábamos muy duro, pero también teníamos tiempo para entrar y salir y para organizar viajes”

RÁPIDA ADAPTACIÓN. Carmen confiesa que no le costó nada adaptarse a su nueva situación. Versalles la cautivó desde el primer momento. “En esos años Versalles era una ciudad limpia y elegante, la gente vestía muy bien y había trabajo para todo el mundo”, afirma. Confiesa que aprendió el idioma en poco tiempo, pues tenía que comunicarse continuamente con los dueños de la casa en la que trabajaba, pero también tenía que hacer todo tipo de recados y compras para ellos.

“Siempre se me dio mejor entenderlo que hablarlo; la pronunciación del francés es complicada”, comenta. Aparte de la barrera lingüística inicial, Carmen confiesa que se sintió muy acogida y protegida desde el principio y que jamás sintió ningún tipo de discriminación o exclusión por el hecho de ser extranjera. “Para trabajar como empleada del hogar preferían a las españolas antes que a las italianas o a las portuguesas porque, según los franceses, nosotras trabajábamos mejor”, explica.

UNA FAMILIA DE AMIGOS. Durante sus primeros años en Versalles Carmen vivió en una Residencia habilitada, precisamente, para emigrantes que se desplazaban hasta el país galo para trabajar. Confiesa que eran muchos los portugueses y los italianos que llegaban a Francia, pero también reconoce que los españoles formaban el grupo más numeroso. Entre ellos encontró madrileños, gallegos, pero, sobre todo,

andaluces. Carmen cuenta que, un domingo al mes, organizaban una merienda en un centro social habilitado para emigrantes españoles. Una merienda que les permitía conocerse mejor y estrechar lazos entre ellos, pero también disfrutar, por un momento, de las costumbres y la gastronomía de su país. “Los encuentros estaban muy bien organizados. Siempre venía algún cantante de flamenco o algún bailarín y cada uno de nosotros llevábamos un plato típico español para compartirlo entre todos”, explica Carmen con cierta melancolía. Así, formaron un grupo numeroso cuyos miembros se hicieron inseparables, pues también quedaban para ir al cine, o ir algún fin de semana a París en tren. “Trabajábamos muy duro, pero también teníamos tiempo para disfrutar”, comenta.

LA AVENTURA PARISINA. La capacidad de superación de Carmen hizo que Versalles se transformase en poco tiempo en un auténtico hogar para ella. No obstante, y a pesar de que vivía una época dorada de su vida, pronto la inquietud la llevó a plantearse la posibilidad de mudarse a París, donde no solo encontraría más oportunidades laborales, sino que podría llegar a sumergirse en una ciudad donde el arte, la cultura y las ganas de vivir se encontraban en estado continuo de ebullición. Cuando un buen día vio en uno de los tableros de la Residencia una oferta para trabajar en casa de una familia parisina no se lo pensó dos veces. La Ciudad de las Luces se extendía ante ella. Pero la aventura tardó poco en caducar, pues Carmen pronto se dio cuenta de que la tranquilidad y la comodidad para desplazarse de la que gozaba en Versalles eran impensables en la capital. Al cabo de un año tomó el tren de vuelta a Versalles y comenzó a trabajar en una casa donde ya había sido empleada años atrás.

UN PARÉNTESIS PARA VOLVER A CASA. A pesar de que su situación en Francia era inmejorable, Carmen siempre tenía en mente a su familia. Visitaba Málaga una única vez al año, en verano, cuando tenía vacaciones y pasaba aproximadamente 15 días en compañía de los suyos. Pero en 1982 el estado de salud de su madre ya estaba muy deteriorado a causa de una leucemia. En esa delicada situación Carmen no podía soportar la idea de estar lejos de ella, por lo que decidió regresar a Málaga por unos meses. “Mi madre ya estaba muy mal y yo quería estar con ella, cuidándola, hasta el último de sus días”, explica emocionada. Estuvo un año en Málaga, pero, tras la muerte de su madre, decidió volver a Francia. “Es verdad que la situación en España ya era mucho mejor en los años 80, que me podría haber quedado en Málaga trabajando, pero yo sentía que tenía mi vida en Versalles”, afirma tajantemente. Reiniciar su vida en Francia, tras un paréntesis de un año, no le resultó complicado, pues la dueña de una de las casas en las que había trabajado la recibió de nuevo con los brazos abiertos. “Creo que siempre me he implicado mucho en las casas en las que he trabajado. Con los dueños he compartido alegrías, desgracias y enfermedades”.

UN ESPÍRITU LIBRE. Carmen confiesa que, durante su estancia en Francia, nunca le faltaron los pretendientes, pero ella siempre tuvo claro que no quería casarse ni tener hijos que le “cortasen las alas” y le impidiesen hacer lo que más le gustaba hacer en su tiempo libre: ver mundo. Y, a día de hoy, confiesa que hizo lo que tenía que hacer. “No me arrepiento de no haberme casado. Yo estoy acostumbrada a estar sola, así que no lo echo en falta”, explica decidida. Su espíritu aventurero la llevó a visitar Alemania e Italia en numerosas ocasiones y a recorrer Francia de norte a sur, y de este a oeste.

UN ESTADO DE SALUD DELICADO. Carmen se jubiló y, en ese momento, no se planteó el retorno a España. Pero su delicado estado de salud, debido fundamentalmente a problemas relacionados con los huesos, le hizo plantearse la vuelta. “Un día, estaba en mi piso, me resbalé en la cocina y me partí un brazo. Me sentí totalmente

indefensa, pues no podía levantarme. Fue un vecino el que me encontró en el suelo al cabo de unas horas”, explica Carmen. Al día siguiente del percance la operaron y su médico le aconsejó que se plantease muy seriamente la posibilidad de ingresar en una Residencia, donde estaría más segura y vigilada. Carmen podría haber optado por solicitar plaza en una Residencia en Francia.

“Me siento muy arropada por el personal de la Residencia. Me ayudan siempre que lo necesito”

DE VERSALLES A SEVILLA. Pero Málaga, tras más de 40 años fuera, comenzó a llamarla de nuevo. “Por muchos años que pases fuera al final tu tierra te llama”, sentencia Carmen. Así fue como preparó toda la documentación necesaria para solicitar plaza en una Residencia andaluza. En 2006 aterrizó en el Aeropuerto de San Pablo, en Sevilla, para ingresar en la Residencia de Heliópolis, en la capital. Estaba de vuelta en Andalucía, pero le faltaba el más bonito de los recuerdos de su infancia y con el que, desde Francia, había soñado tantas veces: el mar.

Y DE SEVILLA A ESTEPONA. Así, al cabo de un año, fue trasladada a la Residencia para Personas Mayores de Isdabe, en Estepona. “Tengo las piernas muy mal y no puedo ir sola a la playa, pero desde mi ventana puedo ver, oler y oír el mar”, explica. Asegura estar muy contenta en la Residencia y llevarse bien con todo el mundo, a pesar de que prefiere moverse sola y hacer su vida de forma independiente. Con el personal de la Residencia mantiene una relación inmejorable y comenta, orgullosa, que está enseñando algunas palabras en francés a uno de los trabajadores sociales. “Me siento muy arropada por el personal de la Residencia. Me ayudan en todo lo que necesito”, afirma. Se muestra encantada de haber vuelto a Málaga y confiesa que en Andalucía, al igual que ocurre en Francia, las personas mayores poseen unas prestaciones sociales inmejorables y que el sistema sanitario ha mejorado a pasos agigantados.

“LE ESTOY MUY AGRADECIDA A ANDALUCÍA”

El corazón de Montserrat es azul celeste y verde esperanza. Azul por el color de la bandera de Argentina, país en el que ha vivido durante más de 75 años y que siente como suyo. Verde por el color de la bandera de Andalucía, una tierra por la que siente devoción y que le ha devuelto las ganas de vivir. Como bien delata su nombre, Montserrat es catalana, pero su vida ha transcurrido en Latinoamérica. La enorme crisis financiera y económica que asoló el país hace unos años le obligó a volver a España. Lo que no imaginaba es que, en pocos años, Sevilla se iba a transformar en un hogar sincero y afable para vivir el ocaso de sus días. A diario echa la vista atrás y echa de menos la Tierra del Fuego y las Cataratas del Iguazú. Pero Andalucía ha sabido llenar ese vacío con creces.



Montserrat solo tenía 3 años cuando sus padres pusieron rumbo al Nuevo Mundo en busca de nuevas posibilidades económicas y laborales. Es por ello por lo que no conserva ningún detalle de su vida anterior en Barcelona. “Yo me considero argentina. He vivido allí toda mi vida. Mi costumbres y mi forma de ver la vida son argentinas”, comenta. Se lamenta de la catastrófica situación que se desató en el país y que la obligó a volver y a dejar allí toda su vida. No obstante, en el ocaso de su vida, ha vuelto y se ha reencontrado con sus orígenes españoles. Actualmente, con 84 años, vive en la Residencia de mayores de Heliópolis, en la capital andaluza, donde se siente muy acogida y agradecida por toda la ayuda y el apoyo que recibe del personal del centro. “Sevilla me da vida”, confiesa.

GANAS DE AVANZAR EN LA VIDA. A 1931 tenemos que remontarnos para encontrarnos con un barcelonés con ganas de avanzar en la vida que un buen día hizo la maleta y, junto a su familia, no dudó en buscar una oportunidad en la próspera industria que esos años ofrecía Argentina. Montserrat tenía solo 3 años cuando su padre tomó

esta decisión. De ahí que ella no recuerde nada de sus primeros años en Barcelona. “De Cataluña me queda mi nombre y poco más”, confiesa. Tras un largo viaje en barco, que ella no recuerda pero que le han contado en innumerables ocasiones, el padre de Montserrat consiguió establecerse rápidamente. Ella no alcanza a acordarse nitidamente de la llegada y de sus primeros años en el país. “No puedo decirte cómo nos recibió la gente allí en un principio ni si la adaptación fue larga y complicada, o todo lo contrario”, explica Montserrat. Lo que sí conoce es la experiencia de sus padres, que en todo momento se sintieron arropados en ese país que les abrió las puertas. “Según comentaban mis padres años más tarde, nos acogieron muy bien desde el principio y, desde luego, mi padre no tuvo ninguna dificultad para encontrar un buen trabajo en poco tiempo”.

CRECER LEJOS DE ESPAÑA. Montserrat ha desarrollado fundamentalmente su vida en Argentina, país del que habla como “mi tierra”. Su acento da fe de ello, como también lo constata su profundo sentimiento patriótico. No duda en rebuscar en su bolso y mostrar un pin de la bandera albiceleste. “Este pin siempre va conmigo. Así

“Los argentinos acogen muy bien a todo el que llega de fuera. En eso me recuerdan mucho a los andaluces”

llevo a todos sitios a mi Argentina querida y añorada”, explica emocionada. Al llegar a Argentina, su familia se asentó inicialmente en la capital, Buenos Aires, donde Montserrat desarrolló sus estudios hasta finalizar un grado de Formación Profesional. Más tarde, se trasladaron a vivir a la localidad de Tucumán, en la zona centro-norte del país. Desde su nueva ciudad de Residencia, trabajó durante diez años como responsable de comercio exterior en una empresa. Tras esa experiencia, Montserrat, de espíritu inquieto, decidió que era el momento de dar un vuelco a su carrera profesional. Así fue como se inició como empresaria autónoma con un pequeño negocio de peluquería. Y fue, precisamente, en la peluquería donde encontró su verdadera vocación, pues ya nunca la dejó.

SE CASÓ Y TUVO DOS HIJOS. Al margen de su vida profesional, su vida personal fue igualmente intensa. “Allí siempre me sentí una argentina más. Tenía muchos amigos y amigas y nunca me sentí diferente por tener origen español”, explica. Pronto conoció al que ella califica como “el hombre de mi vida”, se casó y tuvo dos hijos. Para ese entonces ya sentía España muy lejos.

DE ARGENTINA LE GUSTABA TODO. Desde la Tierra de Fuego hasta las cataratas de Iguazú, pasando por La Pampa y los Andes. “El paisaje de Argentina es impresionante”, comenta. Luce con orgullo el inconfundible acento porteño y reconoce que no quiere perderlo. “Perder mi acento sería como perder parte de mi identidad”, opina Montserrat. Y comenta altiva: “A los españoles les encanta el acento de los argen-

tinios. Desde que volví a España me lo han alabado muchas veces”. Y es que, según defiende, el acento musical y acogedor del que hacen gala es reflejo del dulce carácter del pueblo argentino. “Los argentinos acogen muy bien a todo el mundo y siempre están dispuestos a ayudar. En ese sentido me recuerdan mucho a los andaluces”, explica.

RETORNO A ESPAÑA. “No sé si hubiese vuelto si no me hubiese sentido obligada”, comenta Montserrat, que en 2005 dejó Argentina, ese país que había sido testigo de toda su vida. Su marido murió, pero sus hijos siguen allí a día de hoy. “Lo que más me duele de no estar en Argentina es no poder ver a mis hijos con frecuencia”, comenta. Pero la inestabilidad económica y financiera, que se desató definitivamente en 2001, hizo de sus últimos años allí una continua carrera de obstáculos. “Las prestaciones sociales y la atención a las personas mayores nunca han sido tan buenas en Argentina como en España, según tengo entendido. Pero a partir del año 2000 todo empeoró aún más y yo me vi desamparada ante la ley”, relata. Montserrat era de las que opinaba que sus hijos tenían que hacer su vida y que ella no quería “cortarles las alas”. Así fue cómo empezó a plantearse la posibilidad de volver a España. Poseer la doble nacionalidad le permitió agilizar los trámites desde el consulado para el retorno. Un retorno que ella imaginaba en Cataluña, la tierra que la vio nacer. “Antes de volver a España me dijeron que sería más complicado encontrar Residencia en Cataluña, que los trámites serían mucho más rápidos si optaba por Andalucía. Y no me lo pensé”. A Montserrat siempre le habían dicho que el carácter argentino era similar al andaluz: cercano, directo, espontáneo. Ésta fue una de las razones que la impulsó a aceptar la proposición y así fue como llegó al Centro para Personas Mayores de Heliópolis en el año 2005. Se vino a España por circunstancias personales, pero ha dejado a toda su familia en Argentina, a la que añora muchísimo. Por su avanzada edad le es complicado realizar viajes tan largos a Argentina para visitarlos, por lo que se encuentra totalmente instalada en Sevilla, donde se encuentra muy a gusto. En este sentido, Montserrat se siente en deuda con Andalucía, por las facilidades que ha recibido desde su llegada a la Residencia.

“No sé cuál era la situación de la sanidad en Andalucía hace unos años, pero ahora funciona muy bien”

HA DESCUBIERTO ANDALUCÍA. La adaptación no fue un problema para Montserrat ni mucho menos. Sus orígenes tampoco fueron un impedimento para que, a día de hoy, se sienta más andaluza que catalana. Se encuentra encantada en la Residencia con el trato con el resto de compañeros y con la relación que mantiene con los trabajadores. “Si tengo cualquier problema vienen corriendo a atenderme”, explica. De hecho, opina que las personas mayores de hoy en día están mejor atendidas que antaño y muy respaldadas por el sistema sanitario y las prestaciones sociales. “No sé cómo era la sanidad

“De Andalucía me gusta el clima y la actitud alegre de la gente. Siempre me he sentido muy respetada”

en Andalucía hace unos años, pero ahora funciona muy bien. No tiene nada que ver con Argentina”, afirma. A pesar de que, actualmente, su capacidad de movilidad es limitada por su delicado estado de salud, desde que llegó a Andalucía ha tenido la oportunidad de conocer algunos puntos de nuestra geografía. Ciudades como Cádiz o Córdoba la enamoraron, así como los “lindos pueblitos blancos de Cádiz”.

PERO TAMBIÉN ECHA DE MENOS SU PAÍS. No lo puede negar. “Yo le estoy muy agradecida a Andalucía, pero mi corazón es argentino”, sentencia. Allí ha dejado a sus hijos, a los que adora, y con los que habla por teléfono de forma regular. “Me gustaría visitarlos, pero mi estado de salud no me permite hacer un viaje tan largo, con varias escalas”. Sin embargo, en Andalucía ha encontrado un nuevo hogar, casi tan cálido como el que le daba Argentina. “Me encanta el clima, la actitud alegre y atenta de la gente. Aunque haya mayores que se quejan de que la sociedad no trata bien del todo a las personas mayores, yo siempre me he sentido muy respetada”, comenta. Ahora, su corazón sigue siendo celeste y sigue extendiendo la mirada al otro lado del charco, pero el verde comienza a alegrar con su tonalidad una nueva etapa de su vida.



*Dña. Mª Josefa Román
Málaga → Londres → Estepona (Málaga)*

“FUI MUY FELIZ EN LONDRES, PERO EL SOL DE ANDALUCÍA NO LO CAMBIO POR NADA”

Elegir de forma cuidadosa las telas, tomar las medidas escrupulosamente al modelo y una buena dosis de cariño y dedicación. Mª Josefa Román, de 82 años, hace una simulación del corte de una tela sobre la mesa. Y lo hace con suma delicadeza, con una sonrisa enorme y, sobre todo, con mucho cariño. Un cariño que la ha llevado a consagrarse a la costura en cuerpo y alma. A cambio, su gran pasión fue caprichosa con ella y la llevó hasta Londres, donde, entre patrones, hilos y agujas, fue capaz de forjarse un nuevo destino y empezar de cero en una ciudad que, en esa época, estaba a años luz de su localidad natal en todos los sentidos. No obstante, la costura y esa ciudad fría y distante le abrieron las puertas a la época más feliz de su vida. En Londres conoció al hombre con el que lo compartió todo, lo bueno y lo malo. Pero Mª Josefa siempre tuvo un roto que la costura no pudo remendar: siempre echó de menos el sol y la luz de Málaga. Un roto que no pudo arreglar con hilo y aguja. Pero sí con un billete de vuelta.



A Mª Josefa tuvieron que insistirle varias veces hasta que decidió abandonar su familia y amigos para asentarse en Londres. Ella pensó en su nuevo destino como algo pasajero, pero el tiempo se encargó de demostrarle que la vida normalmente no se planea, sino que simplemente sucede. Llegó con la intención de vivir una nueva experiencia sabiendo que Málaga la esperaría a su regreso, pero pasaron más de 45 años antes de que volviese. En Londres tenía amigos, un marido al que quería y admiraba por encima de todo y un piso con vistas al imponente Támesis. Pero la muerte de su marido, tras una larga enfermedad, la sumió en una honda tristeza que le hizo ver que su aventura londinense había terminado. Habían pasado muchos años, pero Málaga seguía esperándola. Desde septiembre de 2010 reside en el Centro para Personas Mayores de Isdabe, en Estepona, donde sigue dedicando gran parte de su tiempo a bordar y a coser.

“Mi situación en Málaga era buena, pero pensé que no se me presentaría una oportunidad igual”

UNA OPORTUNIDAD INESPERADA. Ya desde pequeña, M^a Josefa apuntaba maneras en el mundo de la costura. Según le decía su madre, tenía muy buena vista y lo de coser se le daba realmente bien. Quizás fue el hecho de tener una vocación tan marcada lo que hizo que M^a Josefa abandonase el colegio poco después de aprender a leer y escribir. Pronto comenzó a hacer lo que más le gustaba y lo que mejor se le daba. Entre los clientes para los que cosía, se encontraba una familia israelí que residía en Marbella en aquel entonces.

“Antes se compraba muy poca ropa hecha, casi todo se hacía a mano”, explica. Es por ello por lo que, durante unos meses, dejó Málaga y se asentó en casa de esta familia, para confeccionar todas las cortinas y colchas del domicilio, así como prendas de ropa para todos sus miembros. Allí estuvo casi un año, hasta que todo el trabajo estuvo concluido. El destino quiso que, por cuestiones relacionadas con los negocios, esta familia se trasladase a Londres. Fue ése el momento en que M^a Josefa recibió una proposición que, en un principio, desechó, pero que pronto comenzó a considerar: irse a vivir con ellos a Londres para elegir y confeccionar las cortinas, edredones, colchas y manteles de la nueva casa. Su curiosidad por conocer una ciudad como Londres y el apoyo de su familia fueron los resortes que la empujaron a dar definitivamente el paso. “Mi situación en Málaga era bastante buena. Tenía bastantes clientes para los que coser, pero pensé que no se me presentaría nunca más una oportunidad como la que me ofrecían”, comenta.

LONDRES, UN MUNDO NUEVO. “Londres era otro mundo”, sentencia M^a Josefa. Asegura que quedó maravillada por los enormes edificios, las vastas plazas, el alumbrado nocturno de la ciudad, el transporte público y, sobre todo, la vida que se respiraba en cada uno de sus rincones. “En un principio me agobié muchísimo. Yo no había salido prácticamente de Málaga y me parecía mentira que en una ciudad pudiesen vivir tantas personas”, explica. Su diccionario de inglés-español y español-inglés se convirtió en su compañero inseparable durante los primeros meses de su travesía. Y es que, a pesar de que el inglés es un idioma radicalmente diferente al español, M^a Josefa no recibió clases en ninguna academia ni escuela. Lo aprendió leyendo y escuchando, pero confiesa que no fue tarea fácil. “Lo más complicado a la hora de adaptarme fue el tema del idioma”, afirma tajantemente. Y explica la precisión y la sutileza con la que hay que pronunciar algunas palabras para no confundirlas con otras con algunos ejemplos concretos. El tema del inglés lo superó con nota. Pero hubo algo a lo que nunca llegó a acostumbrarse del todo: el clima. “He vivido más de 40 años en Londres y nunca me ha acostumbrado a los días nublados y a la lluvia. En ese sentido, me acordaba de Andalucía cada día”, comenta.

CUATRO AÑOS QUE SE TRANSFORMARON EN MÁS DE CUARENTA. M^a Josefa tenía 32 años cuando dejó Málaga y lo que ni se imaginaba era que volvería a la ciudad que la vio nacer con casi 80 años a sus espaldas. Ella creía tener claro que, una vez hubiese finalizado el trabajo con la familia israelí, volvería. Así pasaron los cuatro primeros años, durante los cuales combinó sus tareas como modista con el cuidado de una de las hijas de la familia, la cual quería aprender español. Cuatro años fueron suficientes para que M^a Josefa se sintiese parte de la familia, pues siempre la trataron con cariño y afecto. “En esos años no me quedaba apenas tiempo libre. Dedicaba prácticamente todo el día a coser, por lo que tampoco tuve la oportunidad de relacionarme con gente de fuera”, explica. La cocinera que manejaba los fogones de la casa se convirtió en su mejor amiga. Pero ella aún no sabía que esa amistad cambiaría para siempre el rumbo de su vida.

UN CAMBIO INESPERADO. Con esta amiga comenzó a conocer el Londres que había más allá de las cuatro paredes de la casa donde vivía. En ese momento fue cuando realmente fue consciente del potencial cultural y social de la ciudad. “Empecé a asistir a tertulias, conferencias relacionadas con diseño y confección, así como a eventos literarios, recitales de poesía y otras actividades”, confiesa. Descubrió que siempre había algo que hacer y alguien interesante a quien conocer. Eso fue precisamente lo que ocurrió un día en que fue a cenar a casa de su amiga. El marido de ésta tenía un amigo gibraltareño que se unió a la cena y, desde ese momento, M^a Josefa y él se volvieron inseparables. Él era viudo y ya tenía dos hijos. Se casaron en Málaga y volvieron a Londres tras comprar un precioso piso en el centro y desde el que se divisaba perfectamente el río. La opción de volver a Málaga se diluyó con la misma rotundidad y energía con la que M^a Josefa se enamoró. Ella siguió cosiendo, aunque ya, a esas alturas, contaba con numerosos clientes. “Ahora ya hay mucha ropa hecha, pero cuando llegué a Londres no había tanta y el trato que se le daba a la costura y a las modistas era muy bonito”, explica. De esta manera cuenta cómo los clientes la llevaban con ellos a elegir las telas y confiaban ciegamente en su criterio. “He llegado a hacer trajes de flamenca y vestidos de novia”, comenta orgullosa con una sonrisa de medio lado.

MÁLAGA, SIEMPRE PRESENTE. M^a Josefa reconoce que Inglaterra le ha regalado los mejores momentos de su vida y una experiencia vital que difícilmente hubiese experimentado si se hubiese quedado en Málaga. Pero eso no le impidió tener todos los días un momento para echar de menos su ciudad y su gente. Intentaba aminorar su melancolía a través de las dos visitas anuales que realizaba a España, pero eso nunca fue suficiente. Quizás, por eso, siempre se esforzó en conservar las costumbres españolas en su día a día. “Siempre mantuvimos los horarios españoles a la hora de comer, por ejemplo, y la decoración de mi casa era claramente andaluza”, explica M^a Josefa. “Fijese

si echaba de menos España que puse la televisión con la antena más grande que encontré para sintonizar Televisión Española desde Londres”. Y según comenta, lo consiguió con la ayuda de su marido, que siempre vio con buenos ojos que su esposa se negara a abandonar sus raíces. “Mi marido se crió en Gibraltar, adoraba el sol de Andalucía y nuestras costumbres”, afirma.

UN FINAL AMARGO EN LONDRES. M^a Josefa y su marido siguieron trabajando hasta que ambos se jubilaron. Pero la vida les sorprendió con un duro revés. Tras una larga enfermedad, él murió. A ella se le volvió a quedar Londres muy grande y comenzó a sentirse sola. “Yo con mi marido fui muy feliz en Londres, pero sin él ya no tenía mucho sentido seguir allí”. A este golpe vital se unió la muerte de su hermano, que vivía en Málaga, y de una de sus sobrinas, a la que quería como una hija. Eso la hundió definitivamente. “En Londres ya no quedaba prácticamente ninguno de nuestros amigos. Los emigrantes españoles volvieron todos y algunos de nuestros amigos ingleses se compraron casas en la Costa del Sol y se trasladaron a Málaga tras jubilarse”, explica. Le dio mucha pena dejar su piso, al que tanto tiempo y dinero tuvo que dedicar, y donde vivió los mejores momentos de su vida, con su marido. Pero la única vía para empezar de nuevo y afrontar con esperanza el futuro pasaba por volver a su tierra, aunque ya no tuviese prácticamente a nadie en Málaga.

UNA NUEVA VIDA. Ella fue la que se encargó de agilizar todos los trámites administrativos necesarios para volver a Málaga e iniciar una nueva vida. En septiembre de 2010 llegó a la Residencia Isdabe, de Estepona, donde se ha vuelto a reencontrar con su tierra. “Fui muy feliz en Londres, pero el sol de Andalucía no lo cambio por nada”, exclama M^a Josefa. Desde este centro ve pasar sus días con sosiego, tranquila tras haber consagrado toda una vida a una profesión sacrificada que apenas le dejaba tiempo para ella misma. Nunca tuvo hijos, pero mantiene una relación excepcional con los hijos que su marido tuvo en su anterior matrimonio. “Hace unos días vino uno de ellos a verme a la Residencia y me hizo mucha ilusión”, cuenta. Mantiene el contacto, a través del teléfono, con algunos de sus conocidos de Londres, pero confiesa que, sinceramente, no echa de menos su anterior vida. En la Residencia sigue bordando y cosiendo y le encanta escuchar la radio. Reconoce que mantiene una relación excepcional tanto con sus compañeros como con el personal de la Residencia. “Yo me llevo bien con todo el mundo. Llevo poco tiempo aquí, pero ya sé que puedo llegar a entablar una amistad sincera con algunas personas que me rodean”, explica satisfecha. Cree que el sistema sanitario con el que contamos actualmente en Andalucía no tiene nada que ver con el que había cuando ella dejó Málaga y valora muy positivamente las atenciones y prestaciones sociales con las que cuentan las personas mayores. “En este sentido no creo que tengamos nada que envidiar a Inglaterra. Nosotros hemos mejorado muy rápidamente, y lo hemos hecho bien”, concluye M^a Josefa.



D. Aurelio Ruiz
Villanueva de los Castillejos (Huelva) → Venezuela → Estepona (Málaga)

“CUANDO UNO VUELVE A SU TIERRA, NUNCA SE SIENTE EXTRAÑO, AUNQUE HAYA PASADO MUCHO TIEMPO”

Algunas arrugas que se acentúan al sonreír y mucha experiencia.

Éstos son los únicos indicios que delatan la edad de Aurelio Ruiz, un onubense de 81 años cuyo espíritu quedó anclado en la juventud. Joven es su actitud ante la vida y esto se refleja, incluso, en su indumentaria. Sus zapatillas Converse verdes hacen juego con sus ojos. Los ojos brillantes de un hombre que conserva intactas las ganas de vivir y la ilusión en el día a día. Ahora, asentado en la Residencia Isdabe, en Estepona (Málaga), emplea sus horas libres en caminar y en cuidar el jardín del Centro. “El jardín de la Residencia está vallado porque yo lo pedí expresamente”, comenta orgulloso con un acento venezolano que da muestra de la influencia del país que le acogió durante gran parte de su vida. Ahora, de nuevo en Andalucía, se encuentra sereno y feliz. Sereno por la tranquilidad y la seguridad que siente en su nuevo hogar. Feliz por haber vuelto a su tierra. Un retorno que le ha hecho florecer con el mismo ímpetu con el que las flores de su jardín, a las que procura tanto mimo, florecen en primavera.



Lo que llevó a Aurelio a Venezuela, más que la necesidad, fue el deseo de conocer mundo. También le influyó mucho la marcha previa de un hermano al que estaba muy unido. Allí estuvo 43 años, en los que trabajó en los sectores de la perfumería y el textil. Se casó y tuvo tres hijos. El deterioro de la situación económica de Venezuela motivó su regreso. “En Venezuela estaba lo más importante en mi vida, que son mis hijos, pero las prestaciones sociales que hay en España son impensables allí, por eso volví”. La adaptación no le costó: “Cuando uno vuelve a su tierra nunca se siente extraño, aunque haya pasado mucho tiempo”, dice Aurelio con un acento que mezcla el de Andalucía y Venezuela. Ahora, en Estepona, donde lleva once años, vive tranquilo y agradecido. “Aquí nos lo hacen todo: nos ponen la comida cada día, limpian nuestras habitaciones, nos cambian las sábanas y las toallas... Si quieres repetir comida, repites ¿Qué más podemos pedir?”

“La situación económica en Venezuela en esos años era mejor, había trabajo y se vivía mejor”

QUERÍA CONOCER MUNDO. Aurelio nació en Villanueva de los Castillejos (Huelva). Su padre era de Torre del Mar (Málaga) y su madre de Cádiz. Con 27 años se fue a Venezuela, dice que movido más por el deseo de conocer mundo que por necesidad económica o laboral. Quizá es que llevaba el espíritu viajero inoculado desde muy pequeño, pues con apenas cuatro años trasladaron a su padre a Canarias, y tuvo que abandonar su localidad natal. Luego la familia marchó a Cataluña, donde empezó a trabajar en el sector textil. Y precisamente en una tienda en Santa Coloma de Gramenet estaba trabajando Aurelio cuando le surgió la oportunidad de marchar a Venezuela. Un hermano al que estaba muy

unido ya estaba allí, y también estaban allí unos primos que se habían ido antes. De modo que el 31 de diciembre de 1956 emprendió un largo y tortuoso viaje en el que perdió ocho kilos. Nunca lo olvidará. “Yo salí desde Barcelona a las 9 de la noche el 31 de diciembre. El día de año nuevo llegamos a Valencia. De allí a Cádiz, de Cádiz a Tenerife, de Tenerife a Madeira, y de ahí a Santo Domingo. De Santo Domingo a Puerto Rico. En Puerto Rico la gente era muy agradable. No se me olvidará nunca. Y de Puerto Rico a Venezuela. 18 intensos días de viaje que nunca se me borrarán de la memoria”, relata Aurelio.

LA SITUACIÓN ECONÓMICA ERA MEJOR ALLÍ. “La situación económica de allí era mejor que la de aquí, había trabajo y se vivía bien”, cuenta Aurelio, que dice que los españoles eran por lo general bien recibidos y no encontraban dificultad para lograr un empleo. “Siempre había gente que decía que íbamos a quitarles el trabajo a ellos, pero la mayoría acogía muy bien a los emigrantes, especialmente a los españoles, aunque eso sí teníamos fama de no lavarnos”, comenta con una sonrisa, para añadir a continuación que no era su caso. Aurelio llegó a Caracas y allí se quedó más de cuatro décadas. El primer año se lo pasó pensando en cuándo y cómo volver. “Creo que es un sentimiento que tienen todos los emigrantes”. Pero luego ese deseo se le pasó. Entre otras razones porque laboralmente le fue bien casi desde el primer momento. “Yo llegué el 18 de enero y el 4 de febrero ya estaba trabajando en una empresa como representante de perfumes. “Me pasé diez años vendiendo jabón, champú y perfumes a los supermercados y otros negocios”. En el año 67, volvió a España atraído por una oferta laboral. Pero no duró mucho en nuestro país. “Volví a Venezuela porque me gustaba el carácter venezolano y la vida seguía siendo mejor allí”. A su regreso, se pasó al sector textil, como representante de una cadena de “ropa de damas”. Iba de boutique en boutique con dos maletas vendiendo sus prendas. Y también por las casas. “En Venezuela había costumbre de ir de casa en casa vendiendo ropa a las mujeres”.

SUS HIJOS, LO MEJOR DE SU VIDA. La marcha a Venezuela no solo le permitió realizarse profesionalmente, sino también personalmente. Con 43 años se casó con una mujer mucho más joven que él. Tenía 20 años, y era chilena, pero vivía en Venezuela. Con ella tuvo dos hijas y un hijo. Una de esas hijas trabaja y vive en Madrid, los otros dos en Venezuela, con su madre, y se siente muy orgulloso de los tres. Cada año Aurelio va una vez a Venezuela a ver a los dos hijos que aún viven con su madre. A su hija, la que trabaja en Madrid, ahora la ve más. “La semana pasada estuvo aquí, y me llevó a visitar mi pueblo. Llevaba sin ir desde que tenía 4 años”, cuenta. Al margen de la familia, Aurelio trató e hizo amistad con mucha gente. “Mi trabajo era estar en la calle y me daba igual tratar con un español o con un venezolano, aunque el primer año fue duro y sí intenté acercarme más a la gente española”, cuenta Aurelio, que recuerda que en esos primeros momentos llegó a ser bibliotecario de la Casa de Andalucía. “Quisieron nombrarme presidente, pero yo tenía mucho trabajo y no quise”, afirma.

VOLVIÓ PARA GARANTIZAR SU VEJEZ. Aurelio ya lleva once años en España. Regresó porque perdió el trabajo y quería garantizar su vejez. “Allí las personas mayores no están tan protegidas como aquí. El tema de la seguridad social allí está fatal, así como los hospitales y la asistencia sanitaria. Si hubiese habido allí una Residencia como ésta me hubiese quedado, porque yo ya había hecho mi vida allí. En Venezuela estaba lo más importante en mi vida, que son mis hijos. Pero, como le he dicho, las prestaciones sociales que hay en España son impensables allí. Yo quería vivir más tranquilo. A mí me atracaron varias veces en la calle. Así no se puede vivir. Ahora cada año cuando voy a ver a mis hijos apenas si salgo, porque me da miedo”, cuenta. Para su regreso, Aurelio solicitó residencia en Madrid, Barcelona y Palma de Mallorca, que es donde tiene familia. “Me dijeron que no, porque como andaluz tenía que solicitar en Andalucía. Así que solicité Málaga (tierra de mi padre), Cádiz (tierra de mi madre) y Huelva (donde yo nací). Me salió Málaga. Aquí estoy muy bien. Según tengo entendido ésta es una de las mejores residencias que hay. No hay más que mirar las vistas que tenemos desde aquí (señala el mar a través de la ventana). Hay gente que no sabe valorarlo, pero yo estoy muy feliz aquí. Me encanta estar en mi tierra”.

“Las prestaciones sociales y sanitarias que hay hoy en Andalucía son impensables en Venezuela”

ENCANTANDO CON SU SITUACIÓN. A Aurelio se le nota encantado con su situación actual: “No me ha costado nada adaptarme de nuevo aquí. Y al fin y al cabo ésta es mi tierra. Creo que a uno no le cuesta nada adaptarse a la tierra en la que ha

“Estoy encantado en Málaga. En la Residencia nos lo dan y nos lo hacen todo ¿Qué más podemos pedir?”

nacido, aunque haya estado muchos años fuera”. Y de su Residencia todos son elogios: “Estoy encantado. Nos lo hacen todo: nos ponen la comida cada día. Limpian nuestras habitaciones, nos cambian las sábanas, las toallas. Si quieres repetir comida, repites ¿Qué más podemos pedir?” Aurelio lleva además una vida muy activa y participativa dentro de la Residencia. Fue, de hecho, presidente de la Junta de Residentes, y ahora vuelve a presentarse. “Yo me preocupo por el bien de la Residencia, aunque no sea mía. Voy apagando luces. Cuando algo se avería doy parte de ello. Ahora estamos intentando implementar las papeleras de cartón y

vidrio, para poder reciclar”, cuenta orgulloso. Todo eso no quita para que eche de menos Venezuela: “Las playas son muy lindas allí y los paisajes también, y sobre todo tengo ahí a dos de mis hijos”, dice Aurelio, que cuenta que la única amistad que conserva de sus años en Caracas es un amigo de Alicante que todavía sigue allí y emigró en su misma época. “Tengo otros conocidos, pero están en la Isla de Margarita. Allí se vive mejor que en Venezuela ahora”, afirma.

OPTIMISTA SOBRE EL FUTURO DE ANDALUCÍA. Aurelio piensa que la gente que ha vivido fuera tiene una visión diferente de la vida. “Somos diferentes. Al emigrar aprendemos muchas cosas”. Y con esa perspectiva mira con optimismo el futuro de su tierra. “Es verdad que estamos en crisis, pero ya estamos empezando a recuperarnos”. Valora especialmente las posibilidades con que cuentan las personas mayores. “Aquí en España estamos muy bien. Muchos tenemos nuestra paga, nuestra Residencia donde nos dan todo. Y los ancianos que viven solos en su casa pueden ir a la Casa del Jubilado, que es algo muy común en casi todas las localidades. Cuando voy a San Pedro, voy a la Casa del Jubilado a tomar un café. Es un sitio agradable para echar el rato”. Considera que la gente joven antes era más formal, y que “ahora hay más gamberro”, pero le echa tierra al asunto y dice que en Venezuela la situación de la juventud sí que es preocupante.



D. Juan José Ruiz
La Carolina (Jaén) → Bulgaria → Rusia → Finlandia → Cuba → Linares (Jaén)

“FUE DIFÍCIL VIVIR FUERA DE ANDALUCÍA, PERO NO ME ARREPIENTO DE NADA”

A nadie se le ocurriría adivinar que detrás de este hombre, aparentemente tranquilo, familiar y bonachón, hay una persona que ha visto tanto mundo. Juan José aparenta ser un hombre de los que ven pasar la vida con sosiego, sin prisas. Pero nada más lejos de la realidad. En el mapamundi de sus recuerdos figuran Rusia, Finlandia, Bulgaria y Cuba como países que vieron pasar parte de su existencia y a los que debe gran parte de lo que es hoy: un hombre con amplitud de miras que ha conocido mucho, pero que valora su tierra por encima de todas las cosas. Es por ello por lo que en el ocaso de su vida ha vuelto a la tierra que le vio nacer. Esa tierra que veía a lo lejos con melancolía y nostalgia. Esa tierra que ahora ve con esperanza e ilusión.



Juan José no quiere hablar de los motivos que le llevaron a emprender su aventura en el extranjero. “Si no comulgabas con las ideas del que gobernaba durante la dictadura te perseguían”, es todo cuanto explica a la hora de justificar su salida de España en los años 50. En España dejó a su familia, a su novia, con la que ya tenía planes de boda y, en definitiva, toda su vida. “Yo era joven y me tuve que ir solo”, comenta. Fueron años muy duros, marcados por el ritmo frenético de aquel que huye y se sabe buscado por la justicia. Pero ello, lejos de cerrarle los ojos, le hizo enamorarse de cada rincón por el que pasaba. Volvió a España, se casó con su novia, aquella a la que dejó esperando en el momento de su marcha, e hizo su vida. Ahora, en la Residencia para Personas Mayores de Linares ve pasar la vida a otro ritmo. Pero tampoco desaprovecha un momento. “Me apunto a todas las actividades que hacen, e incluso cuando organizan algún viaje”, comenta con entusiasmo.

UN JOVEN CON INQUIETUDES. Juan José nació en la localidad de La Carolina, en Jaén, pero pronto se trasladó con su familia a Linares, donde vio pasar su infancia y parte de su juventud. El escaso contacto que tuvo con el colegio le permitió

aprender a leer, escribir, sumar, restar y poco más. Pero eso no le impidió ser, desde siempre, una mente despierta y, sobre todo, inquieta. Las escasas posibilidades laborales le empujaron pronto a Madrid, donde, según le habían comentado, había más oportunidades para forjarse un futuro mejor. Desde la capital el contacto con su familia y amigos de Jaén era continuo. Incluso su novia era de Linares. Así transcurrió su vida hasta que se produjo ese punto de inflexión del que no quiere hablar y que hizo que saliese huyendo de nuestro país.

DE BULGARIA A MOSCÚ. Un amigo de Madrid le dejó el dinero necesario para emprender un nuevo camino lejos de nuestras fronteras. Sin más compañía que su escaso equipaje, compuesto fundamentalmente de recuerdos, embarcó en Barajas y aterrizó en Bulgaria, concretamente en su capital, Sofía. Juan José llegó a un país extraño sin dinero, sin comida y sin un techo para dormir. Por suerte nada más llegar un *gendarme* le prestó su ayuda y lo llevó a una Residencia. A la mañana siguiente, en la misma recepción de la Residencia, le dijeron que si quería quedarse allí tendría que trabajar. Así es como, de la noche a la mañana –literalmente– se hizo barrendero. Pero la aventura búlgara no duró mucho. “Estuve en Sofía un mes y de ahí me trasladé a Moscú. Siempre tenía que ir cambiando mi lugar de Residencia por miedo a que me encontrasen las autoridades españolas”, comenta sin querer dar mucho detalle. Moscú le impresionó por su majestuosidad y no duda en afirmar que se trata de la ciudad más imponente que ha visto jamás. “Lo que más me impresionó de Rusia fue la magnitud de los edificios”, explica. Y pone un ejemplo, con entusiasmo: “En Rusia vivía en una especie de hotel que contaba con 22 comedores ¡Así que se puede imaginar lo grande que era el edificio!”, comenta. Tres meses duró su primera estancia en Moscú, aunque meses más tarde volvería de nuevo.

“Ya en aquella época los finlandeses tenían una mentalidad mucho más abierta que la nuestra”

Y DE MOSCÚ A HELSINKI. Su siguiente parada fue la fría Helsinki. Tan fría que Juan José cuenta una anécdota difícil de creer: “Llegué a Finlandia en pleno mes de agosto con una bufanda y una pelliza”. Pero a pesar del frío ésta fue la única ciudad que logró robarle el corazón en esos años. Juan José no se relacionaba con mucha gente, pues sabía que su estancia en estas ciudades era transitoria y, además, quería pasar lo más desapercibido posible. No obstante, quedó embelesado con la forma de ser de los finlandeses. “Ya en aquella época tenían una mentalidad mucho más abierta que la nuestra”, comenta. Según explica, las diferencias culturales eran también evidentes. “Se notaba que la gran mayoría eran gente muy culta, nada que ver con lo que era España en esos años”, explica.

Tanto en Moscú como en Helsinki, siguió trabajando como barrendero. Juan José comenta cómo pasaba el día en la calle, a pesar de las frías temperaturas, y cómo se dedicaba fundamentalmente a limpiar canalones. “Tanto en Rusia como en Finlandia había siempre mucha nieve y esa nieve no se podía quedar en los tejados”, explica. Pero, una vez más, ocho meses fueron suficientes para decidir que tenía que escapar de nuevo. Un país y un clima radicalmente opuesto fueron su siguiente destino: Cuba, donde apenas estuvo un par de meses.

VUELTA A RUSIA. Tras su efímera estancia en Cuba, país por el que nunca sintió especial devoción, Juan José decidió volver a Moscú. Cuando se le pregunta por la razón por la que se instaló de nuevo en este país, Juan José contesta que no hay un motivo concreto, sino que simplemente era lo que, en ese momento, pensó que tenía que hacer. Volvió y esta vez la estancia se alargó casi cuatro años. Volvió a trabajar en las calles, luchando cada día contra la nieve y -¿por qué no decirlo?- con el idioma. “Nunca llegué a aprender ni ruso ni finlandés. Sabía lo básico para defenderme, pero nada más”, comenta. “A través de los gestos uno se hace entender”, afirma convencido. Reconoce que coincidió en esos años con algunos españoles, pero nunca llegó a intimar con nadie. “Yo era muy independiente y, aparte de trabajar, poco más hacía”, explica.

EL RETORNO A ESPAÑA. Tras más dos años en Moscú, Juan José consideró que era hora de volver a casa. Volvió a Madrid a trabajar, se casó en Linares con su novia de toda la vida, esa mujer a la que no pudo ni escribir una carta en cuatro años por miedo a que interceptaran la correspondencia postal y averiguasen su paradero. Su vida se estabilizó al fin y comenzó a interesarse por la costura y la confección, hasta que hizo su profesión de esta afición. Se hizo profesor de corte y confección y, con los años, se convirtió en diseñador de sus propias prendas. “Yo diseñaba mis propias colecciones y viajaba muchísimo a Italia y Francia para presentarlas”, comenta orgulloso.

JAÉN, SIEMPRE EN SU CORAZÓN. Cuando se jubiló tuvo claro que su lugar estaba en Andalucía y en Jaén, la tierra que lo vio nacer. Desde hace más de quince años, vive en la Residencia para Personas Mayores de Linares, en la localidad en la que creció. Llegó a la Residencia con su mujer, dispuestos a reencontrarse con sus raíces en el ocaso de su vida. Su mujer murió hace unos años y Juan José la echa tremendamente en falta, pero afortunadamente su carácter extrovertido le ha permitido adaptarse sin problema a la Residencia, a los residentes y a sus trabajadores. “Me llevo bien con todo el mundo, sobre todo con mi compañero de habitación. Y

“Nunca llegué a aprender ni ruso ni finlandés. Sabía lo básico para defenderme, pero nada más”

eso es una suerte”, comenta. Reconoce que en el centro poseen muy buenas instalaciones y que se sienten muy a gusto con el personal que trabaja para ellos. La poca familia que le queda vive en la localidad madrileña de Getafe, pero a Juan José le gusta irse los fines de semana a una finca que posee cerca de la localidad jiennense de Santa Elena. Dentro de la Residencia, le gusta apuntarse a todas las actividades que organizan. “Una de las coordinadoras me apunta a todo lo que hay”, exclama. Tal es su buen trato con el personal que a menudo acompaña a los cocineros mientras desayunan.

“En la Residencia me llevo bien con todo el mundo. Me gusta participar en las actividades que organizan”

ORGULLOSO DE ANDALUCÍA, PERO TAMBIÉN CRÍTICO-. Juan José cree que en Andalucía hemos avanzado muchísimo. “El sistema sanitario no tiene nada que ver con lo que había cuando yo era pequeño”, sostiene. Considera que este crecimiento se ha producido en poco tiempo y que hay que valorar el esfuerzo que significa todo este progreso. Ahora bien, cuando se le pregunta por los

principales problemas de la sociedad, hace alusión, como muchos otros, a la delicada situación económica y anima a todo el mundo a poner de su parte para superarla. “La crisis no se va a solucionar si nos quedamos de brazos cruzados”, concluye.



*D. José Aurelio Sánchez
Villanueva del Rosario (Málaga) → Venezuela → Estepona (Málaga)*

“ROMPÍ UN PAR DE ZAPATOS EN CARACAS BUSCANDO TRABAJO, PERO FUI AFORTUNADO”

Se le ve venir de lejos con empuje y entusiasmo. No es exagerado decir que José Aurelio inunda con su alegría el día a día de los residentes del Centro Residencial para Personas Mayores Isdabe, en Estepona. Este malagueño, de 79 años, irradia felicidad en cada una de sus palabras y de sus gestos. Probablemente una de las culpables de ello sea su mujer, con la que lleva casado dos años y a la que conoció en la Residencia. Pero José Aurelio tiene el corazón dividido. Junto a su esposa, desde la ventana de su habitación puede contemplar cada día el que es su otro amor: el mar. Y es que, aunque Caracas, ciudad en la que vivió durante 46 años, se encuentre a apenas a 15 kilómetros de la costa, él nunca dejó de echar en falta el Mediterráneo. Quizás es una buena idea empezar el relato de su vida con ese verso de Alberti que reza así: “En sueños, la marejada me tira del corazón”.



“Conmigo hay historia para rato”. Lo dice el propio José Aurelio y no exagera en absoluto. En 1959 salió de España rumbo a Caracas, donde, al llegar, rompió “un par de zapatos buscando trabajo”. Pero tuvo suerte y no le fueron mal las cosas. Trabajó primero como podólogo, durante más de treinta años, luego en una marquería y los últimos años en Venezuela los pasó cuidando a su madre. La inestabilidad política y económica del país hizo que se planteara el regreso. Los ahorros se le volatizaron con la devaluación de la moneda, y se quedó sin nada, sin dinero siquiera para regresar por su cuenta. Y con la dificultad de que había perdido la nacionalidad española, pues en la época en que emigró no existía la doble nacionalidad. Finalmente, pudo volver retornado. Primero estuvo en una Residencia cercana a Madrid, “El Retorno”, que acoge transitoriamente a emigrantes españoles sin posibilidades económicas. Hoy vive feliz en la Residencia para Personas Mayores de Estepona, donde sigue gastando zapatos, aunque ya por gusto, pues camina siete u ocho kilómetros diarios para mantenerse en forma. Y además se ha casado con una residente.

“La llegada a un país nuevo siempre impresiona y yo era muy joven. Pero nos acogieron muy bien”

“LA VIDA ERA MUY DURA AQUÍ”. José Aurelio se fue de España, como muchos otros emigrantes, ahogado por las circunstancias económicas. Nació en Villanueva del Rosario; luego vivió en Villanueva del Trabuco; luego en Antequera, y también pasó un año en Málaga, en el 58, ayudando a un vendedor de libros. “Pero la cosa estaba mal. Había gente que no tenía ni para comer, ¿cómo iban a tener para comprar libros? Dábamos todas las facilidades, e incluso dejábamos a la gente

que fuese pagando unas pesetillas cada semana, pero no hubo manera. La vida era muy dura aquí, y mucha gente se fue. Unos, a Sudamérica. Otros, a Alemania. Yo en el 59 tomé rumbo a Caracas”, cuenta. Se marchó sin haber podido completar sus estudios –se quedó en Quinto de Bachillerato–, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, que se había ido un año antes, y muy poco después los siguieron también sus padres, que ya vivieron allí el resto de sus días.

“UNOS AÑOS DE ORO”. Así define los primeros años vividos en Caracas. Y eso que los inicios fueron duros. “La llegada a un país nuevo siempre impresiona, y yo era muy joven. Los guardias me parecían japoneses, y el paisaje, muy distinto, y también el clima. El trámite de los papeles se me hizo difícil. Pero el trato con la gente de la calle siempre fue excelente. Había muchos ciudadanos de raíces españoles, y nos acogieron bien”, recuerda José Aurelio, que cuenta que sin duda lo más complicado al principio fue encontrar trabajo. “Yo rompí un par de zapatos. Pasé más de un mes dando vueltas por la ciudad”. Pero no lo cuenta en tono de queja. Es más, se considera afortunado por haber tenido un hermano que le proporcionó alojamiento y comida. Además, pronto, consiguió trabajo en una clínica como podólogo. Y así se inició en un oficio que se convirtió en su medio de vida durante más de 30 años y que le permitió traer enseguida a sus padres y comprarse una casita. “Caracas era una ciudad estupenda, con un buen nivel de vida, y a nosotros nos fue bien”, cuenta. José Aurelio tuvo una relación estable con una venezolana. Ella tenía dos hijos. Luego surgieron dificultades, y decidieron dejarlo. Profesionalmente, tuvo que abandonar la podología por problemas de vista. Asumió el traspaso de una marquertería, aprendió el nuevo oficio y, con el apoyo de otro socio, estuvo viviendo de ese negocio durante unos cuatro años. Fue una buena época, de trabajo intenso, y consiguió reunir algunos ahorros.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS EN VENEZUELA. Su madre se hizo mayor, no podía valerse por sí misma, y José Aurelio, con sesenta años, nadaba en un mar de dudas: no sabía si seguir trabajando y contratar una enfermera o dedicarse a su madre. Finalmente optó por lo segundo, y le dedicó once años de su vida, pues su madre llegó hasta los 101. “Lo vendí todo y me puse a cuidarla”. Los últimos cuatro o cinco los recuerda como especialmente duros y difíciles. Y cuando finalmente murió su madre, pensó: “¿Qué

hago yo aquí?” Coincidió además con el terrible caos político, económico y financiero en que se vio envuelto el país con la llegada de Hugo Chávez. “Se formó una bola de nieve enorme, y con la devaluación de la moneda, me quedé sin dinero. Todo lo que tenía ahorrado para la vejez se convirtió en humo. Un dólar en los últimos años allí ya eran 5.000 bolívares”.

DIFICULTADES PARA LA REPATRIACIÓN. Además, cuando fue al Consulado para conseguir el pasaporte y solicitar una repatriación, se encontró con que le dijeron que no era español. “Resulta que los que nos habíamos nacionalizado antes del año 1964-65 perdimos nuestra anterior nacionalidad. Si te nacionalizabas en Venezuela, perdías tu nacionalidad española. Yo confiaba en que era español de nacimiento. Solamente para volver a ser español oficialmente tuve que pedir una partida de nacimiento de nuevo en España, con mil dificultades porque ya no tenía dinero ni nada a lo que acogerme. En esos años se formaban unas colas enormes en el Consulado de gente que quería volver. Me costó muchísimo trabajo. Cuando por fin conseguí mi pasaporte, después de mucho trabajo y mucha desesperación, me dirigí a la taquilla de repatriación, donde me preguntaron si tenía a alguien en España que se hiciese cargo de mí. No tenía a nadie. Entonces me dijeron que, mientras solicitaba Residencia y me la concedían, tardaría un mínimo de dos años. Se me cayó el mundo al suelo. Aquí no puedo aguantar este tiempo, pensé. Afortunadamente una trabajadora social del Consulado español, cuando vio mi angustia, me contó que existía una Residencia en un pueblo de Madrid, “El Retorno”, donde acogían transitoriamente a los emigrantes. Hizo un informe adecuado, me rellenó muchos papeles y me consiguió una Residencia allí mientras tanto. Es una obra extraordinaria la que hacen en ese sitio con los emigrantes sin posibilidades económicas”, relata.

“En Venezuela-cumplí mi sueño de ganar dinero, tener un trabajo estable y una vida cómoda”

LA VUELTA A SU TIERRA. En noviembre de 2006, José Aurelio ingresó en la Residencia de Estepona. Dice que hubiera tenido la opción de quedarse en una Residencia de Madrid. “Pero la tierra me tira, ¿qué le vamos a hacer?” Y eso que no le quedaba aquí más familia que unos primos, uno de los cuales, de Antequera, le ha ayudado mucho. “Se llama Julián Sánchez y es la persona más bella que existe”. En Venezuela dejó un hermano. “Él estaba en mejor situación que yo allí, porque consiguieron cambiar gran parte del dinero ahorrado a dólares antes de que la moneda venezolana perdiese el valor. Y se han mantenido un poco mejor. Yo podría haberme quedado con ellos pero no quería ser una carga. Además, mi hermano tiene Parkinson. Una de sus hijas me llama a menudo desde allí y me mantiene informado de cómo están”, cuenta.

SUS RECUERDOS. Las calamidades de la última etapa no impiden que sus recuerdos sobre la vida que llevó en Venezuela sean más positivos que negativos. “Cumplí mi sueño allí de ganar dinero, de tener un trabajo estable y tener una vida más o menos cómoda, cosa que en España era complicado en aquellos años. Venezuela es un país que nos dio a miles de españoles una vida mucho más fácil”, comenta, para después afirmar que lamenta mucho la deriva que ha cobrado en los últimos años: “Es una pena que este país se haya echado a perder, porque los venezolanos son gente buena, y me gustaría que todo mejorase allí”. Comenta que el sistema de salud en los últimos años era un “desastre”: “Cuando yo llegué no era tan malo, pero en los últimos años sí, y me daba miedo de enfermarse allí”. Al margen de la faceta económica y profesional, cree que el haber viajado le ha enriquecido: “Salir del cascarón te permite ampliar tus conocimientos y tu forma de ser. En calidad de perspectiva, todo mejora cuando sales”. También se acuerda de los muchos emigrantes con los que coincidió: “Recuerdo que había emigrantes andaluces, pero sobre todo gallegos, y, entre los no españoles, predominaban los italianos y los portugueses”.

¡CÓMO HEMOS CAMBIADO! Desde que volvió a Andalucía no ha dejado de asombrarse de lo mucho que hemos cambiado. La vertiente positiva de ese cambio es el avance económico y social. De forma especial valora la mejora del sistema sanitario y de las prestaciones sociales. “Lo más esencial es que la gente ha conseguido una paga para poder vivir sus últimos años”, comenta. La parte negativa es que considera que todo está ahora “más deshumanizado”: “Hoy ya no hay pueblos, sino ciudades llenas de gente extraña, en la que nos miramos unos a otros sin saludarnos, coches que van de aquí para allá, y muchachos y muchachas que parecen ausentes, con sus móviles y ordenadores”. Sobre la percepción de los mayores, también es de los que opinan que antes se les respetaban más. “Las personas mayores son consideradas en muchas familias como un estorbo”.

“NUNCA ES TARDE PARA COMERTE LA VIDA”. La vida en la Residencia le ha deparado a José Aurelio muchas satisfacciones. La mayor de todas, haber conocido a la que hoy es su mujer, y con la que comparte habitación. “He conseguido una maravillosa mujer y una persona extraordinaria, que ya estaba en la Residencia cuando yo llegué. Llevo dos años casado. Ella es de Nerja, y ha sufrido mucho en la vida, como yo. Así que yo creo que ya hemos sufrido bastante y ahora vamos a ser felices”, comenta José Aurelio con los ojos llorosos. Ambos dedican parte de su tiempo a participar en las actividades que organiza el personal de la Residencia, “con el que nos llevamos muy bien”. De vez en cuando también se permiten el lujo de gastarse los ahorros en irse a comer o a algún sitio de fin de semana. Además, a José Aurelio le encanta caminar, y anda todos los días entre 7 y 8 kilómetros. “Eso es lo que me mantiene en forma”, dice encantado, y añade que “nunca es tarde para comerte la vida”. Él lo demuestra cada día.



Dña. Marina Soto
Andújar (Jaén) → Alemania → Linares (Jaén)

“EN ALEMANIA VALORAN MUCHO EL TRABAJO DE LOS ESPAÑOLES”

El caso de Marina es muy diferente a la mayoría de los que se cuentan en este libro. Tuvo que emigrar bastante mayor, con 54 años, acuciada por la necesidad de encontrar trabajo para sacar adelante a sus cuatro hijos. “Teníamos una finca de algodón y vinieron años muy malos, así que tuvimos que recurrir a un hermano de mi marido que vivía en Alemania para que nos buscara un trabajo allí”. Aquella fue una decisión que cambió el rumbo de sus vidas. Tanto que hoy uno de sus hijos sigue viviendo en Alemania. De los ocho años que pasaron allí solo guarda recuerdos amables y palabras de agradecimiento. “Nosotros no podemos contar nada malo de Alemania, a los extranjeros se nos trataba muy bien, y especialmente a los españoles. Los alemanes valoran mucho nuestro trabajo”, asegura tajante Marina, que dice que “es una pena que muchos andaluces con estudios ahora tengan que seguir emigrando a otros países para encontrar un buen trabajo. Yo me fui, pero era otra época. Los que nos íbamos, no teníamos estudios y algunos si siquiera sabían leer. Hoy se va gente muy preparada, y habría que evitarlo”, comenta Marina, que no obstante reconoce el gran avance de Andalucía en estos últimos años. “No estuve mucho tiempo fuera, pero cuando volví en el 87 sí que se notaba el progreso: Andalucía ha crecido muy rápido en los últimos años”, afirma.



EMIGRANTE A LOS CINCUENTA. No debe de ser fácil emigrar acuciado por la necesidad cuando se es muy joven. Pero tiene que ser aún más duro hacerlo pasados los cincuenta, con cuatro hijos, y después de ver que ya no podían seguir viviendo del que había sido su medio de subsistencia durante tantos años. “Teníamos una finca de algodón y vinieron años muy malos, así que tuvimos que plantearnos qué hacíamos, y mi marido tenía un hermano que trabajaba en Alemania que se ofreció a buscarnos un empleo, y decidimos irnos”. Vivían en un pueblo a 30 kilómetros de Frankfurt. Su marido y ella empezaron a trabajar en una fábrica de chicles y bombones. Luego ella encontró un empleo mejor, en una fábrica de telas, donde también trabajó su hijo. “Mi hijo estaba en las máquinas de hacer tejidos, y yo en los enganches de hilos”, comenta. Los comienzos fueron duros. Emocionalmente duros. “Echaba mucho de

menos mi tierra, y sobre todo echaba mucho menos a mis dos hijos pequeños, que tenían once y siete años, y a los que dejé con mi madre y con mi hermana porque eran muy pequeños. Seis meses aguanté sin ellos. Luego me los traje porque no paraba de llorar, no podía estar lejos de ellos”, recuerda.

BUENOS RECUERDOS. A pesar de todo, los recuerdos que prevalecen de aquellos años son positivos. “Nosotros no podemos contar nada malo de Alemania, yo solo tengo buenas palabras, los alemanes son muy educados y saben tratar muy bien a la gente de fuera, sobre todo a los españoles, a los españoles más que a nadie. En esos años, valoraban mucho nuestro trabajo. Nosotros íbamos para trabajar, eso lo teníamos claro, y los alemanes sabían apreciarlo”, cuenta Marina, que cuenta no obstante que sobre todo trataban con otros emigrantes principalmente españoles, pero también portugueses e italianos. “No, no llegué a aprender el idioma, pero mis hijos sí, y uno de ellos sigue viviendo allí”.

“El tiempo nublado me deprime y a eso nunca me llegué a adaptar. Echaba de menos nuestro sol”

FÁCIL ADAPTACIÓN. El trato con otros emigrantes españoles facilitó mucho la adaptación. “En verdad vivíamos con españoles y teníamos un local donde hacíamos fiestas y nos juntábamos, y todo eso nos lo hizo más fácil”, dice Marina, que describe Alemania como un país muy verde y muy bonito, eso sí, con un clima al que nunca llegó a acostumbrarse.

“A mí el tiempo nublado me deprime y a eso nunca me llegué a adaptar. Echaba mucho de menos el sol de Andalucía”, explica.

DE VUELTA A ANDALUCÍA. Y ese sol acabó llamándoles para su regreso en 1987. Durante sus años en Alemania lograron reunir unos ahorros y comprarse un piso en España. “Mi marido ya había cumplido los 60 años y yo ya tenía mi paga. Trabajamos muchísimo, pero también ganamos muchísimo, más de lo que era posible en España”. De modo que con esos ahorros decidieron volver, dejando buenos amigos en Alemania, la mayoría de los cuales también acabaron regresando, aunque no así muchos de sus hijos, que crecieron e hicieron su vida allí. Uno de los hijos de Marina hizo lo mismo, y se quedó viviendo en Alemania. Ahora su único contacto con Andalucía tiene lugar en verano, pues aprovecha sus vacaciones para volver por unos días y disfrutar de su madre y de la que, al fin y al cabo, es su tierra.

ENCANTADA DE VOLVER. El regreso a Andalucía fue sencillo para ella. “A mí me gustaba mucho Alemania, pero estaba deseando volver a España. Nunca llegué a acostumbrarme del todo a estar allí, a pesar de que me gustaba lo que veía. Somos

muy diferentes a ellos en muchos aspectos. En la forma de ser, sobre todo. Ellos son muy educados y respetuosos, pero es verdad que les gusta mantener las distancias. La gente de los países del norte son más fríos, y, claro nosotros estamos acostumbrados a otra cosa”, dice Marina, que, no obstante, insiste en que a ella siempre la acogieron muy bien: “A mí y a toda mi familia”.

Por desgracia, tras la euforia inicial de la vuelta, la vida le dio un duro y amargo revés. Al poco tiempo de regresar su marido y una de sus hijas fallecieron. Hoy vive relajada en la Residencia de Linares, adonde van a visitarla frecuentemente los dos hijos que tiene viviendo en España, uno en Linares y otro en Andújar. Con este último suele pasar los fines de semana. Marina cuenta que se lleva muy bien con su compañera de habitación y que los empleados son muy amables. “Somos mayores y muchas veces hay que tener paciencia con nosotros. Pero ellos la tienen”, reconoce.

PERCEPCIÓN DE ANDALUCÍA. En esos años de ausencia, Marina notó un gran cambio en Andalucía. “Yo tampoco estuve mucho tiempo fuera, ocho años y pico, pero cuando volví en el 87 sí que se veía ya un progreso. Andalucía ha crecido muy rápido en los últimos años”. Sin embargo, lamenta que hoy algunos andaluces sigan teniendo que emigrar para encontrar un empleo de calidad. “Yo me fui, pero era otra época. Los que nos íbamos, no teníamos estudios y algunos ni siquiera sabían leer. Hoy, la mayoría de la gente que se va, por lo que escucho, son ingenieros, arquitectos, médicos, enfermeros. Gente muy preparada. Y habría que evitarlo”, comenta Marina. Sobre los jóvenes, opina que se han perdido algunos valores, aunque dice que no se puede generalizar. “Hay muchos jóvenes con ganas de aprender y de prosperar. Y eso es muy importante. En nuestra época comenzábamos a trabajar en cuanto teníamos edad de hacerlo, y no podíamos aspirar a otra cosa. Ahora es diferente. Por eso, los jóvenes tienen que ser capaces de aprovechar esas oportunidades que nosotros nunca tuvimos”, apunta. Finalmente, y en relación con el trato que la sociedad dispensa a nuestros mayores, señala que ella nunca ha tenido ningún problema con nadie y que se siente muy bien tratada, en la Residencia y por sus hijos. “A ellos les gustaría que yo estuviese con ellos día a día, pero tienen que hacer su vida, y yo lo entiendo”.

“Somos mayores y muchas veces hay que tener paciencia con nosotros. Y en la Residencia la tienen”



*D. Juan Luis Tocón
Perú → Estepona (Málaga)*

“DOY GRACIAS TODOS LOS DÍAS POR SER MEDIO ANDALUZ”

La historia de Juan Luis es particular. Casi tan particular como él. Llama la atención su vitalidad, su paso ligero por los pasillos y su alto tono de voz. Su historia no es el relato de un andaluz que un día dijo adiós a su tierra para poner rumbo a un país extranjero. Juan Luis es peruano. En Lima nació y en Lima ha permanecido toda su vida. Allí es donde ha crecido, ha aprendido, ha tropezado, se ha levantado, ha trabajado, ha prosperado, se ha enamorado. Ahora reside en el Centro para Personas Mayores Isdabe, en Estepona, desde el año 2007. Juan Luis es peruano, se le nota a la legua, en el color de su piel, en cada uno de sus rasgos, en su forma de hablar. Ahora bien, no es casualidad que haya elegido Andalucía para vivir el ocaso de sus días. La familia de su padre era de Jerez de la Frontera y en su sonrisa pícaro se puede adivinar un atisbo del dulce carácter andaluz. Orgulloso de Perú, confiesa que se hubiese quedado allí si su situación económica hubiese sido mejor. No obstante, aquí ha sabido encontrar su hogar. Ése hogar que intuía desde Perú pero que nunca conoció hasta que llegó a España en 2006. Pero también se ha reencontrado con parte de sus raíces, con esa tierra que no lo vio nacer, pero que también lo intuyó.



Juan Luis tiene 83 años y apenas lleva 5 años en España. Tras una breve estancia en una Residencia en Madrid, llegó al Centro para Personas Mayores Isdabe, en Estepona, donde ha sabido encontrar la paz y la calma que le han faltado todos estos años. Su vida fue complicada prácticamente desde que vio la luz por primera vez una mañana de 1928. Tan solo tenía un año cuando perdió a su padre y la única imagen que conserva de él es el recuerdo que construyó en su imaginación a través de lo que le contaba su madre. Juan Luis nunca se casó pues siempre se ha considerado una persona independiente. Peruano convencido, agradece profundamente lo que España ha hecho por él y, a medida que pasa el tiempo, más se reconoce en sus raíces andaluzas.

UN PADRE CON ANSIAS DE AVENTURA. El padre y los abuelos de Juan Luis eran de Jerez de la Frontera. “Por lo que siempre me comentaba mi madre, mi padre tuvo claro desde muy joven que quería ver mundo y salir de Cádiz”, comenta Juan Luis.

Y así fue. Las condiciones económicas de la época no acompañaban, pero su padre aprovechó la mínima oportunidad para poner rumbo a Perú, hasta donde esos años se trasladaba gente procedente de muchos países para trabajar en las plantaciones de café. Tras un viaje interminable, su padre llegó a Lima, la capital, donde pronto comenzó a trabajar y conoció a su madre. Se casaron y de esa unión nació Juan Luis al poco tiempo. Pero el azar juega malas pasadas y, al poco tiempo, su padre viajó a España para visitar a sus padres y nunca volvió, pues falleció en un atraco que desembocó en un tiroteo. Juan Luis tenía poco más de un año y perdió a su padre.

UN FRANCÉS Y TRES HERMANAS RUBIAS. La situación familiar en casa de Juan Luis en aquellos años era amarga. Todo lo contrario de lo que ocurría más allá de los umbrales de esa casa, pues Perú, y especialmente Lima, vivían una época “dorada”. El gobierno peruano solicitaba la presencia de colonos franceses, ingleses y alemanes que se encargaran de la explotación y la gestión de las tierras destinadas a plantaciones de café. Y así fue, precisamente, cómo su madre conoció al hombre que la acompañaría hasta el final de sus días. “Él era francés y había llegado a Lima para trabajar en las plantaciones de café. Se enamoró locamente de mi madre y ella se hizo de rogar”, comenta Juan Luis a modo de anécdota. Pero la resistencia no debió de durar mucho, pues pronto se casaron y tuvieron tres hijas, con las que Juan Luis se crió y a las que siempre ha considerado sus hermanas a todos los efectos. “Mis hermanas tenían el pelo rubio, color trigo, y yo como el ébano. Tenían los ojos claros y yo oscuros. Nadie hubiese dicho jamás que éramos hermanos”, confiesa Juan Luis. Pero el caso es que vinieron años muy felices, en los que él se veía integrado en una auténtica familia. El marido de su madre siempre lo trató como a un hijo, sin ningún tipo de distinción, y él le correspondió desde el principio. “Para mí él era mi auténtico padre. Me crió, me educó y me dio cariño. Yo le llamaba papá con toda la naturalidad del mundo”, afirma.

EL SALTO AL MUNDO LABORAL. Juan Luis fue al colegio como cualquier otro niño, pero, como solía ocurrir en esa época, muchos daban el salto al mundo laboral de forma precoz. Con el tiempo, los negocios de su padre adoptivo traspasaron las plantaciones de café y puso en marcha una plataforma de distribución a través de la compra de una flota de camiones. “Cuando comencé a estudiar la Secundaria, aprovechaba mi tiempo libre y los meses de vacaciones para ayudar a mi padre en el tema de los camiones y ver cómo funcionaba el negocio”, expone. A los 15 años dejó definitivamente el colegio para dedicarse plenamente al negocio familiar. A partir de ese momento puso su fuerza física al servicio de la carga y descarga de mercancías. Y así fue ya hasta el momento de su jubilación.

“Por lo que siempre me comentaba mi madre, mi padre tuvo claro desde joven que quería ver mundo”

UN ESPÍRITU LIBRE. Juan Luis habla con cierto arrepentimiento cuando comenta que el trabajo ha sido el eje sobre el que ha girado toda su vida. Asegura que tuvo oportunidades de asentarse sentimentalmente y formar una familia. Pero él siempre fue a su aire. Tiene un hijo, fruto de una relación esporádica, y asegura que, aunque nunca vivieron juntos en el seno de una familia, es una de las mayores alegrías que le ha dado la vida. “Es matemático”, comenta orgulloso. A día de hoy, es el único vínculo que le sigue uniendo a Perú.

*“Los andaluces,
como mi padre,
tienen un carácter
abierto y alegre,
muy parecido al
nuestro”*

ESPAÑA SIEMPRE ESTUVO AHÍ. “No recuerdo a mi padre biológico, pero mi madre siempre me hablaba de él”, explica Juan Luis. Es por eso por lo que él siempre tuvo España y Andalucía muy presentes. Por eso y porque, hasta donde alcanza su memoria, recuerda la presencia de gran cantidad de emigrantes españoles en Perú. “Mi madre me contaba que los andaluces, como mi padre, tenían un carácter abierto y alegre, parecido al nuestro”, explica. Y Juan Luis tuvo la oportunidad de constatarlo cuando tuvo uso de razón y coincidió

con emigrantes que habían dejado Andalucía tras la guerra civil y la complicada situación económica y social que se desató en España tras el conflicto. Juan Luis recuerda la presencia de gallegos y madrileños, pero cree que la presencia andaluza era la predominante. Le llamaba la atención la forma de ser de los andaluces, una forma de ser que llegó a admirar al dar por hecho que su padre biológico también hacía gala de esa personalidad arrolladora y extrovertida.

LA SOLEDAD DE LOS AÑOS. A Juan Luis se le escapaban los años entre camiones, cargas y descargas. Fue pasando el tiempo y su madre y su padre adoptivo murieron. Sus tres hermanas se forjaron un futuro, se casaron, tuvieron hijos e hicieron su vida. Él tenía amigos y conocidos con los que entraba y salía, pero al llegar a cierta edad no pudo evitar sentirse tremendamente solo. Esta situación se acentuó cuando se jubiló y comprobó que en Perú los servicios y las prestaciones sociales del gobierno hacia las personas mayores no le iban a garantizar una estabilidad. “En Lima podría haberme quedado en una Residencia, pero no tiene nada que ver con lo que te ofrecen aquí”, comenta.

Y BUSCÓ UNA SALIDA. Tener un padre español le abrió la puerta a una solución. En la embajada española de Lima le comentaron la posibilidad de contar con la doble nacionalidad, lo que le garantizaría poder desplazarse a España para comenzar una nueva vida. Lo único que, en ese momento, le ataba a Perú era su hijo, pero éste le animó a desplazarse a nuestro país para optar a mayores comodidades. Así, llegó al Aeropuerto

de Barajas en el año 2006, dispuesto a comenzar una nueva etapa. Vivió durante algo más de un año en una Residencia de la capital, hasta que le concedieron una plaza en Andalucía, la tierra que vio nacer a su padre y que él estaba deseando conocer.

“Andalucía es una tierra preciosa y tener la posibilidad de ver el mar cada día da mucha vida”

AHORA HA ENCONTRADO UN NUEVO HOGAR. AI

Centro Residencial para Personas Mayores Isdabe, en la localidad malagueña de Estepona, llegó en 2007. Y, aunque confiesa que en un principio echaba tremendamente de menos Perú y sus costumbres, ahora se encuentra plenamente integrado en Andalucía. Y es que, a pesar de que no vive en Jerez de la Frontera, tierra en la que nació su padre y que le inspira mucho cariño, ha sabido adaptarse muy bien a su vida en Málaga. “Andalucía es una tierra preciosa y tener la playa enfrente cada día da mucha vida”, explica Juan Luis. En la Residencia ha sabido encontrar su sitio y comenta que ha hecho amigos con los que salir a pasear y charlar. Solo tiene una “espinita”. Y es que, a pesar de haberse dedicado en cuerpo y alma al trabajo durante prácticamente toda su vida, a sus 83 años piensa que podría continuar trabajando. “Si la ley lo permitiese, yo no tendría ningún problema para buscar un trabajo y ganar mi dinero”, explica Juan Luis con total confianza en sus capacidades. No obstante, aquí también ha encontrado la calma y la tranquilidad que merece tras una vida que no ha sido fácil. Su postura encorvada y sus problemas de espalda son prueba de ello.

CONTENTO, PERO EXTENDIENDO LA MIRADA A PERÚ. “Perú es mi tierra y siempre lo será”, comenta. Juan Luis es tajante cuando se le pregunta sobre la posibilidad de volver. “Si supiese que en Perú podría estar tan bien atendido como aquí, volvería”, explica. Su hijo ha viajado recientemente hasta Estepona para visitarle, lo que ha supuesto para Juan Luis una gran alegría y una forma de mantener el contacto con su país. Reconoce el adelanto social y económico de Andalucía respecto a Lima, así como la eficiencia del sistema sanitario. “Gracias a Dios no he tenido que acudir muchas veces al médico desde que llegué aquí, pero el sistema público de salud, por lo que tengo entendido, funciona muy bien”, concluye.



D. Jerónimo Torres
Pegalajar (Jaén) → Bélgica → Alemania → Francia → Linares (Jaén)

“HE VIVIDO EN TRES PAÍSES DIFERENTES Y HE VISTO MUCHAS COSAS, PERO ME QUEDO CON MI PUEBLO”

Jerónimo se acerca sigiloso y callado por uno de los pasillos de la Residencia para Personas Mayores de Linares, en Jaén. Tan solo unos segundos después uno se da cuenta de que este jiennense de 81 años cumple a la perfección con ese conocido dicho que reza que “las apariencias engañan”. Se le ve seguro de sí mismo y dicharachero. Por ello no es de extrañar que cuente que en la Residencia se siente “como pez en el agua” y que se lleva bien con todo el mundo. Ahora ha encontrado la tranquilidad en este centro, una tranquilidad que anhelaba desde hacía tiempo. La historia de Jerónimo no es la de un hombre que tuvo que enfrentarse a las costumbres y al día a día de un país extraño. Él lleva a sus espaldas la experiencia vital de quien ha vivido en tres países diferentes y no lo ha hecho por ganas de aventura o de ver mundo, sino por necesidad. Bélgica, Alemania y Francia ocupan un lugar importante en el libro de su vida. Aunque solo uno de ellos logró robarle el corazón: Bélgica. Y es que a Jerónimo se le nota, en la forma de hablar y tratar a la gente, que tiene un gran corazón. Por eso, a pesar de haber conocido tantos lugares, siempre ha tenido hueco para reservarle a su pueblo y a su gente un lugar privilegiado.



Jerónimo nació en la localidad de Pegalajar, en Jaén. Ya desde pequeño tuvo una infancia muy complicada, pues el recuerdo que conserva más nítidamente es el de haber trabajado prácticamente desde que tenía uso de razón. “Yo he trabajado muchísimo durante toda mi vida y no es que me arrepienta, pero también tenía que haber sabido disfrutar más de la vida”, comenta serio. A diferencia de otros emigrantes, él no se decidió a dar el salto al extranjero animado por otros familiares y amigos que ya se encontraban fuera. Sus padres y sus cuatro hermanos se quedaron en el pueblo cuando él dio el salto, primero a Madrid, y luego a Bélgica, Alemania y Francia.

UN NIÑO SIN NIÑEZ. Cuando se le pregunta a Jerónimo por su infancia, reconoce que lo poco que recuerda es que trabajó muy duro desde pequeño. “Primero traba-

*“No lo voy a negar.
En Bélgica trabaja-
je mucho y muy
duro, pero tam-
bién lo pasé muy
bien”*

je muchos años cuidando el ganado que tenía mi padre y también el de otros vecinos”. Al cumplir los 20 años cambió su escenario laboral. Un escenario distinto, pero no por ello menos duro. Estuvo 8 ó 9 años trabajando en unos hornos de yeso. “En los hornos se trabajaba muchísimo, desde que salía el sol hasta la noche y lo peor de todo es que pagaban muy poco”. Jerónimo apenas aprendió a leer y escribir, pues el trabajo siempre fue el eje en torno al cual articuló su vida. Pero su mente inconformista pronto empezó a buscar alternativas. Madrid se perfilaba como una buena vía de escape.

DE PEGALAJAR A MADRID. Jerónimo era consciente de que la situación de España, a rasgos generales, no era la mejor. Pero, a través de gente que conocía y que ya se había trasladado a la capital, supo que en Madrid podría encontrar un puesto de trabajo que le garantizase una mayor comodidad económica. Comenzó a trabajar en el sector de la construcción. Pero su ilusión pronto se desvaneció. “Allí trabajábamos muchísimo también y no teníamos un buen contrato de trabajo”, comenta. Dos años fueron suficientes para darse cuenta de que quizás la única alternativa de ver el fruto a tanto trabajo estaba más allá de los Pirineos. Bélgica era su próximo destino.

UNA NUEVA VIDA EN UN PAÍS EXTRAÑO. Jerónimo estuvo viviendo 7 años en Bélgica, un país que, tal y como explica, distaba mucho de lo que era España y Andalucía en esos años. “Se veía todo muchísimo más avanzado. Había construcciones más modernas, más industria y se notaba que la gente tenía mayor nivel cultural que nosotros”, afirma rotundamente. No obstante, su nuevo trabajo no fue más fácil ni más cómodo y él mismo era consciente de que se estaba jugando la vida en su día a día, pues de albañil en Madrid pasó a minero en Bélgica. “Las condiciones de trabajo eran muy duras. Yo me agobiaba a menudo, pero tenía un buen salario y una buena estabilidad económica”. Reconoce que, como él, gran parte de los que, en esos años, trabajaban en las minas eran extranjeros. “Había muchos españoles, especialmente andaluces, pero también italianos, portugueses y marroquíes”, explica. Cuando se le pregunta si sentía especial simpatía por los andaluces, reconoce que él se llevaba bien con todo el mundo y que, aunque nunca llegó a aprender francés, intentaba comunicarse con todos. No obstante, tal y como comenta, no todo fue trabajar. “Los mineros son muy conscientes de que a lo mejor mañana no saldrán de la mina, por lo que disfrutaban del momento cuando el trabajo se lo permite”. A lo que añade con tono desenfadado: “Yo no lo voy a negar. En Bélgica trabajé muchísimo, pero también lo he pasado muy bien”.

LA GENTE DE BÉLGICA, SU MEJOR RECUERDO. “La gente de Bélgica es extraordinaria”, afirma de forma rotunda. Según sus palabras, se trata de personas muy honestas, tanto que a él mismo le extrañó. “La gente ponía la bolsa en la ventana para que el panadero les dejase el pan y, dentro de la bolsa, también dejaban el dinero. Era la primera vez que yo veía cómo la gente dejaba dinero en la calle, a la vista de todo el mundo, y a nadie se le ocurría tocarlo”, expresa sorprendido. Pero los belgas tenían algo más para que Jerónimo se llevase de este país el mejor de los recuerdos a pesar de que fueron años duros. Y es que reconoce que la gente siempre le recibió muy bien. “Los emigrantes éramos muy bien recibidos en esos años en Bélgica”.

Y DE BÉLGICA A ALEMANIA. A pesar de que Bélgica lo recibió con los brazos abiertos, la vida en la mina era muy dura y Jerónimo vivía en una situación que, poco a poco, se le hizo insostenible. Siete años fueron suficientes para darse cuenta de que quería mejorar su calidad de vida. Éste fue el punto de partida que le llevó a Alemania, concretamente a Stuttgart, uno de los mayores focos industriales del país. De los alemanes también alaba su educación y su saber estar, así como el calor de la gente hacia los emigrantes. “En Bélgica había muchos emigrantes, pero en Alemania había más. Los alemanes eran gente acostumbrada a convivir con extranjeros y, por ello, eran tan abiertos”, afirma. Y es que allí volvió a encontrarse con españoles, portugueses e italianos, tres pueblos tradicionalmente emigrantes por la convulsa situación económica y política que se vivía dentro de sus fronteras de origen.

ESTANCIAS ESPORÁDICAS EN FRANCIA. Pero a Jerónimo no le bastaron las experiencias belga y alemana. Tal y como hicieran muchos españoles en esa época, un par de meses al año se trasladaba a Francia, donde trabajaba en la recogida de la uva, la pera y la manzana. Y fue fiel a la tradición a juzgar por la cantidad de años que acudió al país galo. “La campaña de recogida en Francia dejaba un buen dinero, a pesar de que eran unos meses de trabajo muy intenso”, explica. Ése es el motivo principal por el que nunca llegó a conocer Francia en profundidad.

LA BARRERA IDIOMÁTICA NUNCA FUE UN PROBLEMA. “Si en esos años no sabíamos ni hablar bien en español, ¿cómo íbamos a hacerlo en alemán o en francés?”, comenta divertido. “Aprendí lo básico para sobrevivir, me hacía entender más o menos, pero a mi manera”. Lo cierto es que no solo sobrevivió, sino que hizo muy buenos amigos, entre los que se encontraban españoles, pero también personas de otros países. Gente con la que, en un principio, mantuvo el contacto tras volver a España, pero cuya relación se fue enfriando poco a poco.

LLEGÓ LA HORA DEL RETORNO. “He vivido en tres países diferentes y he visto muchas cosas, pero me quedo con mi pueblo”. A pesar de que Jerónimo nunca tuvo

problemas para adaptarse a diferentes costumbres y distintas formas de trabajar y de vivir, siempre tuvo presente a su gente y a su tierra. “Yo estaba allí muy bien, pero sentía que ya no me quedaba nada más por hacer”, cuenta. Y volvió. Y encontró una Andalucía muy diferente a la que había dejado, una Andalucía que comenzaba a resurgir de sus cenizas, allá por el año 1970. “Yo dejé Andalucía con 28 años para irme a Madrid y volví con 50 y claro que noté la diferencia”, explica Jerónimo. Con el dinero que ahorró en todos esos años pudo comprarse su propio piso y unas tierras. Y, como no podía ser de otra manera, continuó trabajando hasta su jubilación.

Y DE PEGALAJAR A LINARES. Jerónimo llegó a la Residencia para Personas Mayores de Linares hace aproximadamente 7 años. Nunca llegó a casarse ni a tener hijos, por lo que la soledad se convirtió en una compañera habitual cuando regresó a Andalucía. “Vivía solo y ya cuando llega cierta edad, vivir solo te produce intranquilidad”, comenta. Él no quería pensar en la posibilidad de ponerse enfermo y no tener a nadie cerca que le ayudara. Ahora, por fin puede descansar y dedicarse tiempo a él mismo, después de una vida dedicada, de forma infatigable, al trabajo. Asegura que se lleva bien con todo el mundo y que se siente muy protegido por el personal. Confiesa que antes, cuando gozaba de mejor salud, entraba y salía más de la Residencia. Ahora se divierte cada tarde, junto a un grupo de residentes, jugando al dominó y disfrutando de las actividades que se organizan regularmente.

ANDALUCÍA HA EVOLUCIONADO MUCHO. Jerónimo se muestra entusiasmado con el cambio que ha experimentado Andalucía en las últimas décadas. Él, conocedor de sistemas sanitarios y de protección social muy avanzados, como los de Bélgica o Francia, asegura que los servicios en materia sanitaria y social andaluces no tienen nada que envidiarle a los de nuestros vecinos europeos. Eso sí, se muestra tajante cuando se le pregunta por el principal problema que tiene, a día de hoy, la juventud andaluza: “La juventud se queja de que no hay dinero. Y hay mucho más dinero que antes. El problema es que la gente no tiene ganas de trabajar”.



D. Juan
El Coronil (Sevilla) → Brasil → Sevilla

“LOS JÓVENES TIENEN MUCHAS MÁS POSIBILIDADES AHORA, PERO NOSOTROS ÉRAMOS MÁS FELICES”

Todo en un cuaderno. Juan llega con paso diligente, a pesar de sus 92 años, con un cuaderno bajo el brazo. Los recuerdos de toda una vida en apenas unas hojas de papel. En ese cuaderno hay un hueco para su familia, para sus amigos, para su pueblo natal y para las vivencias que acumuló durante los 78 años que vivió en Brasil. Él siempre soñó con ser escritor, cronista de toda una vida fuera de su país. De hecho, ese pequeño cuaderno guarda material de sobra para hacerlo: documentos, permisos, fotografías con pies de foto, relatos... Ese cuaderno guarda la vida de un hombre que le ha puesto pasión a todo lo que ha hecho. El día a día de una persona risueña que hace balance de las rosas que le ha regalado la vida, pero también de las espinas que lo han herido. Pero en ese cuaderno no hay sitio para la tristeza ni para la melancolía de tiempos mejores. Probablemente entre las hojas del cuaderno de un hombre que siempre ha sido tan feliz no queda sitio para el desánimo.



Juan se fue siendo apenas un crío, con siete años, acompañado de sus padres y de sus siete hermanos. Cuando murió el último de ellos, pensó que allí ya no le quedaba nada y decidió volver. “Las raíces son las raíces y yo siempre me he considerado más español que brasileño”. En Brasil llevó una vida dura, pues a los ocho años tuvo que ponerse a trabajar. Sin embargo, recuerda con satisfacción y gratitud todos y cada uno de los años que allí vivió. Nunca se sintió discriminado por ser extranjero y considera que, gracias a haber emigrado, pudo vivir “muchas experiencias que otros no han podido vivir”. Considera que los jóvenes hoy tienen muchas más posibilidades, pero piensa que los de su generación, a pesar de las vicisitudes, eran más felices.

SE MARCHA CON SOLO SIETE AÑOS. Juan, que hoy tiene 92 años, marchó a Brasil con solo siete, cuando llevaba apenas seis meses de escuela en El Coronil, su

pueblo natal de Sevilla. Llegó, pues, a Puerto de Santos sin saber leer ni escribir, en enero de 1927, acompañado de su padre y de sus siete hermanos, y de allí marcharon hasta San Carlos. Sin saber leer ni escribir, tuvo que ponerse a aprender otro idioma, y sin saber leer ni escribir, con solo ocho años, tuvo que ponerse también a trabajar. No conoce exactamente por qué salieron de El Coronil, donde sus padres tenían una fonda, pero sospecha que fue provocado por el temor de que mandaran a algunos de sus hermanos a la Guerra de Marruecos. Un familiar de su padre había sido reclutado y había caído muerto en el frente, y el temor de vivir esa situación con uno de sus hijos fue seguramente lo que le llevó a hacer las maletas y marchar a Brasil.

DE LA ESCUELA AL TRABAJO. Allí, la situación económica no era buena precisamente. “El país estaba sacudido por el precio del café, y no era fácil salir adelante”, recuerda. No le quedó otra que ponerse a trabajar. “Salía de la escuela y me ponía a recoger café, era algo similar a lo de la aceituna de aquí, y con 13 años trabajaba como un hombre de 40 años”, comenta orgulloso. Pero más orgulloso comenta aún que estuvo hasta los 14 años repitiendo Primaria... porque no había más clases en su escuela para poder pasar de curso. Más tarde, se trasladó a Sao Paulo, “la locomotora de Brasil”, y trabajó en una tejeduría con las máquinas de fabricación de hilo, después de formarse como técnico en “diseño de tejeduría”. “Durante un año, todos los días de la semana, me esmeraba en sacar la mejor calificación y mi cuaderno de trabajo fue expuesto como el mejor de la clase”, recuerda satisfecho. “Llegué a trabajar en la que fue la segunda exportadora de Brasil, y pasé por varias generaciones de propietarios en esta empresa. Yo era el único que tenía el título de tejeduría. Estuve 29 años trabajando allí”, cuenta.

“Salía de la escuela y me iba a recoger café. Con trece años trabajaba como un hombre de cuarenta”

SU FAMILIA, SU GRAN APOYO. No todo fue trabajo en Brasil. “Aunque recuerdo que hubo siete años en los que básicamente me dediqué a trabajar, pues no pude cogerme ni un solo día de vacaciones”, comenta. Tanto en San Carlos como en Sao Paulo él y sus padres y hermanos mantuvieron relaciones con otros emigrantes. De pequeño, recuerda sobre todo a un emigrante español que fue su profesor en la escuela. Pero coincidió con muchos otros emigrantes españoles y andaluces, sobre todo almerienses, recuerda. “Los almerienses son los que más progresaron, se llevaban muy bien con los italianos, que eran la segunda colonia en Brasil”, comenta. También tuvo relación con emigrantes de otros países, sobre todo turcos y chipriotas. Y por supuesto con los propios brasileños. Pero su gran apoyo fue siempre la familia, sus hermanos y sus padres, de los que se ocupó personalmente

cuando envejecieron. De hecho, nunca se casó ni tuvo hijos. “Los dos hermanos pequeños nos tuvimos que ocupar de nuestros padres, y no teníamos tiempo de buscar pareja y hacer vida independiente”, afirma.

VOLVER, VOLVER. Fue precisamente la pérdida de sus padres y de sus hermanos lo que le hizo plantearse la vuelta. “Cuando murió el último de mis hermanos decidí regresar porque ya no me quedaba nada allí”, explica emocionado. Tenía amigos, pero el lazo no era lo suficientemente fuerte como para quedarse allí, y desde siempre tuvo en la cabeza que “quería morir en el mismo sitio en que nací”. Por eso también volvió en numerosas ocasiones a Andalucía como visitante. El primer viaje lo hizo en el 87. Luego repitió en el año 90, 92, 96, 99 y 2001, hasta su instalación definitiva en Sevilla, después de 78 años de Residencia en Brasil. “Las raíces son las raíces y yo siempre me he considerado más español que brasileño, echaba de menos mi tierra y me di cuenta de que quería volver definitivamente, porque cada vez que venía disfrutaba mucho”, comenta.

GRATOS RECUERDOS DE BRASIL. De Brasil conserva muchas fotografías, que revisa a menudo, y recuerdos. Recuerdos gratos, porque piensa que gracias a que emigró pudo vivir unas experiencias que muchas otras personas no han tenido la suerte de vivirlas. También ha dejado allí algunos primos y familiares lejanos, con los que apenas mantiene el contacto. “Cada uno va haciendo su vida y a veces es verdad que la distancia hace el olvido”. Solo conserva relación con una nieta de uno de sus hermanos con la que sí habla a veces.

SEVILLA PARECE OTRA. Desde que regresó la primera vez a Sevilla pudo percatarse del gran progreso que ha tenido Andalucía: “La verdad es que era muy chico cuando me fui y no recuerdo cómo era Sevilla, pero por mis visitas durante las vacaciones sí he podido ver cómo ha evolucionado en estos últimos años y hoy la ciudad parece otra”. Se considera afortunado porque está justo en la Residencia en la que quería estar y opina que nuestro sistema de salud da una gran cobertura a los enfermos. Respecto a la juventud actual, comenta que debería estar más agradecida con la vida que le ha tocado vivir: “Nosotros no teníamos tantas posibilidades como tienen los jóvenes ahora, pero me da la sensación de que éramos más felices”.

SUS AFICIONES. Lo que más le gusta a Juan, a pesar de su edad, es salir a dar sus paseos por el centro de Sevilla. También le gusta leer y revisar los documentos y libros que conserva de Brasil. Asimismo, le gusta escribir. Tiene una especie de cuaderno con fotos, documentos y redacciones y relatos que resumen su vida. Confiesa que le encantaría que alguna editorial se los publicase. En la Residencia dice llevarse bien con todos, aunque suele confraternizar más con otros residentes que, como él, han pasado parte su vida fuera de España. Le encanta participar en las meriendas y fiestas que organiza la Residencia pero también le gusta sentirse independiente. “Hablo con todo el mundo pero me gusta ir a mi aire”, sentencia. Juan es un hombre de los que ha dejado rastro allí por donde ha pasado. Y en Heliópolis no iba a ser diferente.

“LO QUE NOS IMPORTA AHORA ES ESTAR TRANQUILOS, YA HEMOS VIVIDO TODAS LAS AVENTURAS QUE TENÍAMOS QUE VIVIR”

Ahora tiene 79 años, pero en José pervive ese espíritu inquieto que le llevó con tan solo 24 años a abandonar su Sevilla natal en busca de una nueva vida en Brasil. Sentada junto a él se encuentra su esposa, Justa, de naturaleza más tranquila y observadora, pero que no dudó en acompañarlo. Él es hablador y vivaracho. Ella desprende paz y tranquilidad en cada una de sus palabras y prefiere ceder el protagonismo a su marido. “Él cuenta nuestra historia mejor que yo”, comenta discreta. Son aparentemente tan diferentes que parecen el “ying” y el “yang”. Pero quizás la razón de su complicidad sea que ambos se necesitan para equilibrarse, para encontrar ese punto perfecto desde el que afrontar las alegrías, pero también las vicisitudes.



Quieren contestar la entrevista juntos, porque juntos vivieron la gran experiencia de su vida. Y juntos siguen viviendo desde que regresaron a España en el año 1970. Los dos recuerdan con nostalgia aquellos años fuera, pero ahora toda su aspiración es vivir tranquilos: “ya hemos vivido todas las aventuras que teníamos que vivir”. Dicen que Andalucía “ha avanzado muchísimo”, sobre todo en lo referente a servicios sociales y sanidad, y manifiestan sentirse muy a gusto en su Residencia: “es muy amplia, siempre está muy animada y nos llevamos bien con todo el mundo”.

QUERÍA TRABAJAR PARA ÉL, SER SU PROPIO JEFE. Justa conoce bien a su marido. Y lo define con las palabras precisas. “siempre ha sido muy valiente y un emprendedor”. Su historia, la historia de ambos, lo refrenda. José, que había estudiado Electromecánica en la Escuela de Elcano, trabajaba en Sevilla como oficial de soldadura en Astilleros, pero él no se sentía satisfecho. Su ambición era trabajar para él, ser su propio jefe, y sobre todo “huir de la monotonía de un trabajo normal”. Escuchó entonces que había muchas oportunidades laborales en Brasil y, con 24 años, pensó que, si no lo hacía entonces, no lo haría nunca.

BODA POR PODERES. Así que allá que se fue, a pesar de tener no solo a su familia aquí, sino también a la que hoy es su mujer, Justa, con la que llevaba entonces seis años de novios. José no quería renunciar a Brasil, pero tampoco a Justa, así que, al poco de aterrizar en Sao Paulo, donde estaba trabajando como autónomo, decidió casarse. Fue una boda “por poderes”. Su cuñado ocupó su sitio en la Iglesia, y todo quedó posteriormente arreglado en el juzgado y en el consulado.

DIFÍCIL ADAPTACIÓN. Tras la boda, su mujer dejó España para marcharse a vivir con él a Brasil. Justa también fue una aventurera. Al principio le costó adaptarse. Fundamentalmente por el idioma, las comidas y el clima. “Sao Paulo tiene un clima semitropical, con muchos contrastes, y a mí me costó habituarme”, comenta Justa. En

“Nuestra casa en Brasil seguía siendo española, especialmente en lo referente a la comida y la música”

general, consideran que el recibimiento de los brasileños fue bueno, “aunque algunos que venían del norte de Brasil en busca de nuevas posibilidades laborales acusaban a los españoles de estar quitándoles su trabajo”, comenta él. Mientras tanto, José seguía a lo suyo, que era buscarse la vida, ahora para dos, y acabó en la Sao Paulo Gas Company, trabajando como electricista y encargándose del mantenimiento de los vehículos.

SIEMPRE CON LA MIRADA PUESTA EN ESPAÑA. Ambos confiesan que, aunque terminaron por adaptarse, en ningún momento olvidaron su origen. “Nuestra casa seguía siendo española. Siempre mantuvimos las costumbres españolas, especialmente la comida y la música”, explica Justa. Quizás

ésta fue la razón de que, en sus primeros años en Brasil, frecuentasen tanto el Club Español, donde se reunían los emigrantes españoles en el país. No coincidieron con muchos andaluces, pero sí que encontraron a mucha gente procedente del norte de España, especialmente de Galicia. “Nos llevábamos bien con todo el mundo, pero hay que reconocer que el carácter de la gente del sur es muy diferente al de la gente del norte. Nosotros somos más cercanos”, dice José. Con el tiempo dejaron de frecuentar el Club Español y empezaron a estrechar lazos con los brasileños, sobre todo a partir del momento en el que fueron invitados a pertenecer a un reputado club social de la ciudad.

COMIENZA LA AVENTURA EMPRENDEDORA. Pero la idea de crear su propio negocio seguía rondándole por la cabeza. No se había ido de Sevilla para seguir trabajando como empleado en Brasil. Eso era un cambio de cromos que no le satisfacía. Un día se paró a reflexionar al ver, junto a su trabajo, un taller en el que los trabajadores se encargaban de fabricar a mano los cestillos de mimbre para las botellas de vino y algunos licores. Ése fue el momento en el que a su mente inquieta se le “encendió” la

bombilla de las ideas y pensó en desarrollar maquinaria para realizar esos cestillos. Esta idea en el campo de lo profesional coincidió en el tiempo con un cambio en el terreno de lo personal: José y Justa se mudaron a otra parte de la ciudad y allí conocieron al hijo de unos húngaros, cuya familia se dedicaba al negocio de la hostelería. “Paulo Isocz se llamaba”, recuerda José presumiendo de memoria. Le contó su idea con tal entusiasmo que pronto le convenció para cambiar el negocio de la hostelería por el de la fabricación de cestillos para las botellas.

TRASLADO AL SUR. Pero esa asociación no duró mucho. José vendió su parte de la sociedad a Paulo y se trasladó al sur del país, a Rio Grande du Sud, para llevar allí, ya en solitario, el negocio de las botellas. José cuenta que hizo en esa época nuevas amistades que le ayudaron a subir socialmente. “Fue en ese momento cuando empezamos a tener más relación con los brasileños, entre otras razones porque ya hablábamos perfectamente el portugués y nos sentíamos más integrados. En Sao Paulo, frecuentábamos el Club Español, donde teníamos relación con otros inmigrantes. Coincidimos con algunos españoles, eran buenas personas, pero tenían un carácter mucho más reservado el nuestro, no eran andaluces, y entre un español del sur y uno del norte se notan mucho las diferencias de carácter”, explican. En ese momento ya habían tenido sus dos hijos, el primero nacido en Sao Paulo, pero no por ello se habían agotado las ansias de emprender de José.

UNA FÁBRICA DE HELADOS. La siguiente aventura empresarial de José fue poner en marcha una fábrica de helados, “puesto que el tiempo en el sur acompañaba a tomar helado casi durante todo el año”, dice Jose. Pero la suerte, esta vez, no le acompañó: “Cuando monté la fábrica de helados vinieron unos meses de frío y lluvia continuos y, claro, eso no propiciaba la venta de helados, la verdad es que tuvimos muy mala suerte”, cuenta Jose, que recuerda que les llamó mucho la atención los cambios bruscos del clima: “A las tres de la tarde de verano, en algunas ocasiones, llovía tanto y se oscurecía tanto el cielo, que se encendían las luces de la ciudad”.

PERO LLEGÓ EL MOMENTO DE REGRESAR A ESPAÑA. El fracaso de la fábrica de helados, unido a la añoranza de la tierra, y a las ganas de volver a encontrarse con la familia, hizo que José y Justa decidieran poner fin a su voluntario exilio. Los niños tenían entonces 8 y 10 años, y hoy gozan de doble nacionalidad. “Nos dio pena volver por lo que dejábamos, pero al mismo tiempo estábamos deseando: nuestra familia estaba aquí y cada año nos acordábamos de nuestra mú-

*“Nos dio pena
dejar Brasil por lo
que allí teníamos,
pero también es-
tábamos deseando
volver”*

sica, nuestra comida, nuestras tradiciones”, cuentan. Regresar a España fue para ellos prácticamente volver a empezar de cero, porque todos los ahorros se les derretieron con el helado.

Y ENCONTRARON UNA ANDALUCÍA MUY CAMBIADA. Había pasado catorce años y José y Justa encontraron una Andalucía muy diferente a su vuelta. Sevilla ya no era tan gris. Muchos de los viejos edificios habían sido sustituidos por otros nuevos y esa ciudad que, años atrás había estado encerrada en sí misma, comenzaba a abrirse al mundo. “En esos años la gente volvía a ser feliz. Había más alegría y bullicio en las calles”, explica José con entusiasmo.

UNA OPORTUNIDAD ÚNICA. A pesar de que su estancia final en Brasil les dejó un sabor amargo no se arrepienten en absoluto de haber pasado catorce años fuera de Andalucía. Fue una oportunidad única de ver mundo, “un mundo muy diferente a éste”. Justa comenta que Sevilla le pareció muy “pequeñita” cuando volvieron y le agradece a su marido la oportunidad de vivir una aventura única. Aprender un idioma, adaptarse a costumbres radicalmente diferentes y estar lejos de los suyos siempre les resultó complicado, pero, a la vez, esto es lo que les permite ahora valorar la vida que poseen y darse cuenta de cómo ha cambiado Andalucía. En este sentido, creen que pueden tener una mentalidad diferente a la que poseen otras personas mayores que nunca han salido de su ciudad. “Hay mucha gente de nuestra edad que no valora lo que tiene. Nosotros hemos vivido fuera y hemos visto, por ejemplo, cómo muchas personas mayores no tienen siquiera la posibilidad de ingresar en una Residencia”, comenta Justa.

“Mi marido y yo queríamos venir a esta Residencia. Es muy amplia, luminosa y siempre está muy animada”

GRAN AVANCE EN SERVICIOS SOCIALES Y SANITARIOS.

Jose y Justa coinciden además en destacar el cambio en las últimas cuatro décadas. Ellos regresaron en el 70 y desde entonces consideran que Andalucía ha avanzado muchísimo, sobre todo en servicios sociales y sanidad. Sin embargo, coinciden también en que los jóvenes son ahora “menos responsables que antes” y también en que la admiración por los mayores es “mayor en Brasil que aquí”. “Allí se les valora mucho por su experiencia y por todo lo que han vivido, aquí es diferente”, explican.

AHORA, TRANQUILIDAD. Ahora lo que Jose y Justa buscan es tranquilidad. “Lo que nos importa ahora es estar tranquilos, ya hemos vivido todas las aventuras que teníamos que vivir”, dicen ambos. “Mi marido y yo queríamos venir a esta Residencia. Es muy amplia y siempre está muy animada y nos llevamos bien con todo el mundo”, concluye Justa.

Dña. Antonia

Almería → Brasil → Sudáfrica → Almería

“ME COSTÓ TRABAJO RECONOCER ESPAÑA CUANDO REGRESÉ DESPUÉS DE TANTOS AÑOS”

Antonia ha sido una mujer de mundo. Según sus palabras, el responsable de ello siempre fue su marido, que nunca puso límites geográficos a la búsqueda de nuevas oportunidades laborales. Antonia siempre le siguió. Juntos llegaron, en primer lugar, a Andorra, para continuar el periplo por Johannesburgo, la ciudad más grande y poblada de Sudáfrica, y Sao Paulo, en Brasil. A Antonia le falla la memoria, pero éste no es un impedimento para que recuerde su larga estancia en el extranjero como una experiencia gratificante. Gratificante no solo por las ciudades tan variopintas que conoció, sino, sobre todo, por tener la oportunidad de conocerlas y vivirlas junto a las personas que más ha querido en el mundo: su marido y sus hijos.



Desde hace aproximadamente un año Antonia en el Centro Residencial para Personas Mayores “El Zapillo”, donde lleva una vida tranquila en la tierra que la vio nacer. Una tierra que la vio marcharse junto a su marido, en primer lugar, a Andorra, donde nacieron sus hijos. Unos años más tarde ambos, siempre juntos, dieron un salto internacional y se trasladaron a Johannesburgo y, finalmente, a Sao Paulo. No regresó a Almería hasta que su marido murió, hace unos diez años. Ahora, desde Almería, ha vuelto a reencontrarse con sus orígenes y con ese cálido sol del que tantos años ha estado privada. “No me arrepiento de nada. He visto mucho mundo pero, al final, siempre surge la necesidad de volver”, explica.

TODA UNA VIDA JUNTOS. Antonia y su marido se conocieron siendo jóvenes y casi de inmediato supieron que su futuro pasaba por estar juntos el resto de su vida. Según comenta ella, fue su esposo el que siempre la animó a salir fuera de Andalucía para mejorar sus condiciones laborales y su nivel de vida. La primera parada fueron las minas de Andorra, donde él estuvo trabajando muy duro. Durante esos años, nacieron sus hijos.

EL SIGUIENTE CAPÍTULO SE LLAMA BRASIL. La siguiente parada fue Sao Paulo, la que, según los brasileños, es la “ciudad que nunca puede parar”. Antonia y su familia quedaron maravillados desde el primer momento por el pulso vital y la alegría de la ciudad más grande de Brasil y uno de los centros neurálgicos de América Latina. En este nuevo destino, su marido cambió el rumbo de su carrera profesional y entró a trabajar en la fábrica de coches de Land Rover. Por lo que recuerda Antonia Brasil fue testigo de los años más felices de su vida y la prosperidad económica de esos años les empujó, incluso, a comprar su propia casa. “Brasil en esa época era muy americana. Me sorprendió el progreso y los adelantos que había allí durante aquellos años”, expresa como si aún se sorprendiera al pensarlo. Su memoria le falla cuando

“Brasil en esa época era muy americana. Me sorprendió el progreso que había allí en aquellos años”

se le pregunta si coincidieron con muchos españoles y andaluces durante su estancia en el país, pero sí reconoce que su marido se dedicaba fundamentalmente a trabajar y ella a cuidar de la familia. “Teníamos algunos amigos, pero no solíamos salir demasiado”, cuenta. De esos amigos, Antonia no sabe nada a día de hoy. “Poco a poco se va perdiendo el contacto. Cada uno hace su vida. Es irremediable”, lamenta.

PRÓXIMA PARADA: JOHANNESBURGO. Antonia no recuerda muy bien por qué abandonaron Brasil para poner rumbo ni más ni menos que a Sudáfrica, concretamente a Johannesburgo, la capital. Su marido volvió al arriesgado mundo de las minas, mientras ella criaba a sus hijos y se ocupaba de la casa. “Johannesburgo es una ciudad rica y

próspera. Había muchos negocios en esa época”, comenta. A Antonia le impresionó las magnitudes de los edificios y la vida que se respiraba en esa ciudad. “Allí estábamos muy bien económicamente”, cuenta. Su marido trabajaba muchísimo y se jugaba cada día la vida, pero ella recuerda esos años con alegría y una especie de melancolía mantenida. Entre los lugares que tuvo oportunidad de visitar durante sus años en Sudáfrica destaca uno: Ciudad del Cabo, la segunda ciudad más poblada del país tras Johannesburgo.

LA GENTE DE BRASIL, LA MÁS ABIERTA. Lo que sí recuerda Antonia con nitidez es el grado de generosidad y apertura de los brasileños con la gente que llegaba del extranjero. Ésta es una de las razones por las que ella se decanta por Brasil frente a Sudáfrica. “En Johannesburgo la gente era más seca, no tan abierta, aunque por lo general todo el mundo era correcto con los que llegábamos de fuera”, comenta. El tema de idiomas también se le dio bien a Antonia y su familia. Explica que en Johannesburgo llegó a aprender un inglés lo suficientemente fluido como para defenderse bien en las diferentes situaciones del día a día. Lo mismo le ocurrió con el portugués en Brasil.

EL RETORNO. Antonia se planteó definitivamente la vuelta a Andalucía cuando falleció su marido. “Sin él ya no tenía sentido estar allí”, comenta triste. Al volver estuvo una temporada viviendo en Linares con unos familiares suyos, hasta que compró una casa y la hizo suya. Con el tiempo, y sola como se encontraba, se planteó la posibilidad de entrar a una Residencia para personas mayores. Así que vendió su casa y, finalmente, ingresó en la Residencia para Personas Mayores “El Zapillo”, en la capital almeriense. Por fin volvía a disfrutar del sol de Andalucía, ese sol que tanto había echado de menos. Aquí pasa los días en paz consigo misma y con el mundo. Reconoce que ahora se siente mucho más segura que estando sola y, a pesar de que, por un problema de salud, se ve obligada a moverse en silla de ruedas, ella asegura que le gusta moverse de un lado a otro y hablar con unos y con otros.

“ÉSTA NO ES MI ANDALUCÍA”. Eso es lo que se dijo Antonia a sí misma cuando regresó hace unos diez años a su tierra. Su marido y ella dejaron Andalucía aproximadamente en el año 1950 y tuvieron que pasar prácticamente 50 años antes de que volviese a pisar la tierra que la vio nacer. “Me costó trabajo reconocer España cuando regresé después de tantos años”. Se alegra profundamente del progreso experimentado y, aunque no recuerda cómo funcionaba el sistema sanitario y las prestaciones sociales en nuestra comunidad antes de marcharse, cree que ahora las personas mayores están muy atendidas. Sobre los problemas de nuestra sociedad actual no se pronuncia. “No sé nada de eso. No me gusta ver la televisión”, concluye Antonia.

CONCLUSIONES

Aunque la muestra es corta, la lectura detenida de las gráficas expuestas en el apartado anterior, unida al análisis más cualitativo de las entrevistas mantenidas con los veintidós emigrantes andaluces retornados, nos permite llegar a una serie de conclusiones interesantes tanto sobre el fenómeno histórico de la emigración andaluza como sobre la percepción actual de nuestra Comunidad entre quienes tienen la perspectiva que proporciona haber conocido otras realidades y haber regresado tras años de “exilio” más o menos forzado.

Éstas son las conclusiones:

- 1) La mayoría de los emigrantes entrevistados salieron en las dos primeras décadas de la dictadura franquista, coincidiendo también con los años más duros del régimen, antes del aperturismo y plan de estabilización económica iniciados a final de la década de los 50. Así, de los diecisiete emigrantes retornados nacidos en Andalucía entrevistados en este libro, diez fueron los que salieron de nuestra Comunidad entre los años 40 y 60, coincidiendo con el período de postguerra y los últimos estertores del modelo económico autárquico ensayado en imitación de las economías de guerra de Italia y Alemania.
- 2) Las razones laborales, de estricta necesidad de supervivencia en algunos casos, y en otros casos relacionadas con el deseo de progresar profesionalmente fuera nuestro país ante las escasas posibilidades encontradas dentro, constituyen el grueso fundamental de las motivaciones que llevaron a los emigrantes entrevistados a salir de Andalucía. Tal es el caso por ejemplo de Diego Alba, que fue primero a Barcelona a buscar trabajo, y allí lo encontró, pero “echaba muchas horas y ganaba muy poco dinero”, por lo que en el 54 decidió buscar nuevas oportunidades laborales en Francia. O el muy similar de Joaquín Moreno, que, también después de haber trabajado en Barcelona, decidió irse a Zurich en busca de mayores horizontes profesionales. O el de Carmen, que también pasó por Cataluña antes de probar suerte en Francia. O el de Jerónimo Torres, que pasó por Madrid antes de ir a Bélgica, Alemania y Francia. O el de José Aurelio Sánchez, que en el 59 tomó rumbo a Caracas, siguiendo el ejemplo de su hermano, sin completar los estudios, y después de haber intentando

sin suerte ganarse la vida en nuestro país. O el de Marina Soto, especialmente duro por la edad en que se vio obligada a emigrar, con 54 años, después de quedarse sin un medio de vida para sacar adelante a sus cuatro hijos. O el de José, que salió de Andalucía movido por la ambición de encontrar un país donde hacer carrera como empresario y ser su propio jefe.



- 3) En otros casos fueron motivos políticos los que propiciaron la emigración. Tal es el caso paradigmático de Pablo Cruz, cuyo padre era alcalde en El Carpio hasta que estalló la guerra civil y tuvo que exiliarse en Francia, primero, y en Venezuela, más tarde, tras el estallido de la II Guerra Mundial, donde al fin logró reunir de nuevo a toda su familia. O el de Juan José Ruiz, que tuvo que salir de Madrid a Sofía, y de Sofía a Moscú, y que lo único que quiere decir sobre su precipitada marcha de España en los años 50 es que “si no comulgabas con las ideas del régimen, te perseguían”. Por su parte, y aunque desconoce los motivos exactos por la que los padres salieron de El Coronil, Juan sospecha, por lo que le han contado, que fue por el temor de que mandaran a alguno de sus hermanos a la Guerra de Marruecos.



- 4) El ambiente opresivo y machista de la sociedad española de entonces también fue en algún caso el motivo para la emigración. Lo cuenta muy bien Claudia Soto, que tenía trabajo en Sevilla, y no tenía especiales necesidades económicas, pero quería poder vivir la vida “a su aire” y la sociedad española de entonces no le daba esa posibilidad: “Yo estaba cansada de que me controlaran, de que me preguntaran adónde iba cada vez que salía, de aguantar vejaciones... y por eso me fui a Argentina, con 27 años, para sentir que la vida me pertenecía, y podía vivirla a mi aire, sin ser custodiada por nadie”.



- 5) Las circunstancias personales también influyeron en algunas decisiones. Así, Matilde Claro se refiere a las difíciles circunstancias de la España de la posguerra, en plena década de los 40, y a su deseo de ampliar horizontes como una razón importante para la salida del país, pero confiesa que tal vez no se hubiera decidido a ello sin el impacto emocional que supuso para ella la muerte prematura de sus padres, que le

hizo replantearse muchas cosas. Del mismo modo, Josefa Román comenta que en Málaga tenía una buena situación, pero que le surgió la oportunidad de trasladarse a Londres con una familia para la que hacía trabajos de costura y confección, y pensó que no se le presentaría otra oportunidad igual. Finalmente, Aurelio Ruiz dice que en su decisión pesó sobre todo su carácter y espíritu viajero, el deseo de conocer mundo.



- 6) Algunos de los emigrantes entrevistados eran menores (concretamente, siete) y la decisión de la partida correspondió a sus padres, casi siempre con el mismo motivo de ampliar horizontes y buscar mayores posibilidades económicas para la familia.



- 7) En general, la mayoría de los emigrantes califican su salida como “forzada” por las circunstancias, concretamente trece frente a los nueve que opinan que fue más bien “voluntaria”. Reflejo de esa necesidad, y en general del déficit educativo de la sociedad española en aquellos años, es que la mayoría de los emigrantes entrevistados salió con estudios primarios o sin haber ido siquiera al colegio, y solo dos tenían estudios superiores.



- 8) Sevilla, Jaén y Málaga son las provincias de origen de la mayoría de los emigrantes entrevistados y lógicamente también las que hoy representan su lugar de residencia.



- 9) Llama la atención la alta proporción de mujeres emigrantes, que lo fueron además en muchos casos por decisión propia, mujeres independientes, verdaderamente adelantadas para su época, como Claudia Soto, que se fue “sola y sin compromiso” a respirar nuevos aires de libertad y que no llevaba ni ocho días en Argentina cuando ya estaba colocada en un fábrica de lámparas. O como Carmen Oliva, que a sus

29 años dejó familia y trabajo en España para probar suerte en Francia y que nunca quiso casarse, aunque no le faltaron pretendientes, porque no quería que le “cortaran las alas” y le impidiesen hacer lo que más le gustaba hacer en su tiempo libre: ver mundo. O como Matilde Claro, que se fue a Chile con una beca de la Cruz Roja y acabaría trabajando 30 años en México, y nunca se casó ni tuvo hijos, también para preservar su independencia.



- 10) El destino de los emigrantes entrevistados está muy repartido, aunque muestra una preferencia por los países de América Latina frente a Europa, probablemente por la barrera idiomática, si bien curiosamente es cierto que Brasil, donde se habla portugués, es el país latinoamericano que concentra mayor número de los emigrantes andaluces que aparecen en este libro. En cualquier caso, y según el testimonio aportado por los entrevistados, el motivo de la elección del país de destino obedece a varios factores principales: el primero, la información sobre las expectativas profesionales en ese país; el segundo, la experiencia positiva de otros familiares o amigos que antes probaron en ese país; y la tercera, la residencia en ese país de una persona de contacto, a veces ese mismo familiar o amigo que también emigró, que facilita la adaptación. En algunos casos, concurrían todos esos factores y en otros solo uno de ellos. En algunos casos, los emigrantes marcharon solos. En otros, acompañados de amigos o familiares. Ramón López, por ejemplo, se fue a Francia, azuzado por un cuñado suyo que ya se encontraba trabajando más allá de los Pirineos. Claudia Soto escogió Argentina fundamentalmente porque allí vivían tres hermanas de su madre. Joaquín Moreno se fue a Suiza acompañado de dos amigos con un contrato de trabajo. Diego Alba eligió Francia porque varios amigos le informaron del buen trato que se dispensaba a los españoles. María Josefa Román se fue a Londres con una familia, pero no la suya, sino una familia israelí para la que cosía. Aurelio Ruiz tenía en Venezuela su hermano y a unos primos que ya estaban establecidos allí. Caso parecido al de José Aurelio Sánchez, que fue a Caracas movido por el ejemplo de su hermano mayor. Claro que también hubo quien prácticamente tuvo que salir corriendo, sin ninguna información ni apoyo personal, como Juan José Ruiz, al que un amigo le prestó el dinero para embarcar en Barajas rumbo a Bulgaria, y que dejó en España a su familia y a su novia, en definitiva toda su vida. Incluso hubo quien pudo irse acompañada y prefirió irse sola, como Carmen Oliva, que tuvo que vencer a su hermana para que no la acompañase a Francia porque “alguien tenía que quedarse a cargo de nuestros padres”.



11) La mayoría de los emigrantes opina que la marcha de España significó para ellos una mejora de su calidad de vida y subrayan que la adaptación en el país de destino fue bastante buena. Concretamente, doce de los entrevistados aseguran que sus expectativas de vida y de trabajo mejoraron con la marcha y solo tres consideran que no mejoraron, en tanto que siete no pueden contestar pues se fueron con sus padres cuando eran pequeños. Pablo Cruz apunta en este sentido que cuando llegó a Caracas, entonces en pleno desarrollo, comprendió por qué eran tantos y tantos los españoles que abandonaban su país para buscar una nueva oportunidad al otro lado del charco. “Yo no tuve ningún problema para adaptarme a mi nuevo hogar y el hecho de compartir el mismo idioma nos facilitaba mucho las cosas”, comenta. Matilde Claro cuenta que nunca le faltó gente para entrar y salir y se sentía muy valorada en su trabajo tanto en Chile como en México. Claudia Soto asegura que sus expectativas profesionales y vitales se cumplieron al emigrar y desde luego no se arrepiente de ello, una expresión que también repite Joaquín Moreno, aún consciente de que el trabajo para los emigrantes era especialmente duro. “Pero pagaban bien, y eso me permitió ver muchos sitios”, comenta. Algo similar piensa Jerónimo Torres. Y tampoco se arrepiente de nada Juan José Ruiz, a pesar de las duras condiciones de trabajo que tuvo que soportar tanto en Moscú como en Helsinki, ciudad esta última que logró robarle el corazón, principalmente por la forma de ser de los finlandeses, “que ya en aquella época tenían una mentalidad mucho más abierta que la nuestra”. Monserrat llegó a sentirse una argentina más y a Ramón López le gustaba tanto vivir en Francia que cuando volvió la echó mucho de menos. Marina Soto asegura que solo puede tener buenas palabras hacia los alemanes y Jerónimo Torres dice que la gente de Bélgica es extraordinaria. En general, pues, los emigrantes manifiestan satisfacción por el cambio de vida que significó su marcha de Andalucía y en líneas generales por la acogida recibida en los países de destino. De hecho, 14 de los 22 entrevistados aseguran no haberse sentido nunca discriminados en su país de destino, y solo dos creen que esa discriminación sí existió, mientras que seis comentan que se sintieron discriminados a veces.



12) La barrera idiomática, en los países de habla no española, el clima y las duras condiciones de trabajo son los factores que hicieron más difícil la adaptación de nuestros emigrantes, que en la mayoría de los casos coincidieron con otros emigrantes andaluces o españoles, algo que en ese momento favoreció su integración, si bien la mayoría comenta que estaban centrados en su trabajo y/o familia y que no les quedaba demasiado tiempo para las relaciones sociales, ni siquiera con otros emigrantes andaluces y españoles. Carmen Oliva recuerda que, un domingo al mes, se organizaba en Versalles una merienda en un centro social habilitado para emigran-

tes españoles y Marina Soto dice que en su lugar de residencia en Alemania había un local donde los españoles hacían fiestas, pero ambas apuntan que el trabajo era lo prioritario. “Nosotros, los españoles íbamos para trabajar, eso lo teníamos claro, y los alemanes sabían apreciarlo”, apostilla Marina.



- 13) Además de la mejora económica y profesional, muchos emigrantes valoran que salir de España supuso para ellos un crecimiento personal, un enriquecimiento vital. Ramón López califica su estancia en Francia como una de las mejores experiencias de su vida. Josefa Román dice que la estancia en Londres le ha regalado los mejores momentos de su vida y una experiencia vital “que difícilmente hubiera experimentado de quedarme en Málaga”. Aurelio piensa que la estancia en Venezuela le ha aportado una visión diferente de las cosas y asegura que “los que emigramos aprendemos muchas cosas”. Finalmente, José y Justa dicen que salir de Andalucía les dio una oportunidad única de ver mundo y fue una experiencia muy positiva para valorar lo que ahora tienen.



- 14) El retorno de los emigrantes se produce en la mayoría de los casos coincidiendo con la recuperación y consolidación de la democracia en España (17 de los 22 casos) y diez emigrantes regresaron concretamente en la primera década del siglo XXI. El ingreso en la residencia donde ahora mismo viven se produce, en doce de los casos, entre 1995 y 2005, y en los otros diez casos, desde 2005 hasta hoy.



- 15) En las razones para volver, como en las razones para irse, se percibe una gran diversidad. A veces, son razones estrictamente laborales o económicas. Otras más personales. Y a veces de ambos tipos. Diego Alba, por ejemplo, dice que estaba cansado de dar vueltas de un lado para otro y que no soportaba seguir alejado de su familia y amigos y que por eso regresó a España, y comenta que ahora está disfrutando en su residencia de la tranquilidad que la vida le negó durante su trayectoria profesional. Matilde Claro regresó al término de su vida laboral, cuando vio cómo algunos de sus amigos emigrantes abandonaron México, sobre todo los que como

ella no tenían una familia que atender. Pablo Cruz regresó de Venezuela por la inestable situación económica y financiera del país, a lo que se unió el divorcio con su mujer. Guillermo González asegura que la Revolución cubana acabó con sus negocios y por eso decidió regresar a España. Ramón López volvió para casarse y reencontrarse con su familia y amigos. En Carmen Oliva pesaron los problemas de salud y que “al final tu tierra te llama”. Y Aurelio Ruiz, por poner un último ejemplo, se planteó regresar cuando perdió su trabajo y pensó que debía garantizar su vejez.



- 16) De los entrevistados, 9 dejaron familiar al volver y 13 no dejaron ninguna familia. Asimismo, 5 han regresado en alguna ocasión al país de acogida para hacer alguna visita y 17 no han vuelto.



- 17) La adaptación, tras el retorno a Andalucía, ha sido relativamente sencilla para todos los entrevistados: los 22 se sienten integrados en la sociedad andaluza y 17 con sus expectativas colmadas tras el regreso. Matilde Claro dice que, a pesar de tantos años fuera, le fue fácil adaptarse a aspectos como el clima, la gastronomía o las costumbres andaluzas y dice que no echa de menos ninguna de las ciudades en las que ha estado, porque “ella es y se siente sevillana”, en todo caso lo que echa de menos es la movilidad y poder ver lugares nuevos. Mercedes y María Luisa Díaz dan las gracias porque sus padres eran españoles y aseguran que vivir en Andalucía ha sido para ellas como volver a sus raíces. Guillermo González asegura sentirse muy bien tratado a su regreso y Joaquín Moreno dice que Andalucía es su tierra y “no creo que te cueste adaptarte a tu tierra”, algo que también repite Aurelio Ruiz. Monserrat, aunque declara que su corazón es argentino, pues no en vano marchó de Andalucía con tres años, asegura haber encontrado en nuestra tierra un nuevo hogar, casi tan cálido como el que le daba Argentina. Josefa Román dice muy elocuentemente que aunque fue feliz en Londres, “el sol de Andalucía no lo cambia por nada”. Y Juan Luis Tocón comenta que da gracias todos los días por ser medio andaluz y poder vivir en Andalucía.



- 18) La mayoría de los emigrantes entrevistados destacan el gran cambio experimentado por Andalucía durante sus años de ausencia. Diego Alba dice que “esta Andalucía es otra Andalucía”, y que “tenemos que estar orgullosos del cambio”. Matilde Claro expresa lo mismo con otras palabras: “la Andalucía de hoy no tiene nada que ver con la Andalucía que yo dejé, y debemos sentirnos muy satisfechos de nuestra evolución”. Claudia Soto opina que ahora en Andalucía se vive mejor, “no solo porque hay muchas más posibilidades económicas, sino porque hay más libertad”. Mercedes Díaz y su hermana Luisa dicen que la crisis no debe hacernos perder la perspectiva de lo que ha evolucionado Andalucía, e insisten en que, aunque nuestro país atraviesa un mal momento, “las aguas volverán a su cauce”. Desde que volvió a Andalucía José Aurelio Sánchez no ha dejado de asombrarse de lo mucho que hemos cambiado. En su opinión, la vertiente positiva de ese cambio es el avance económico y social. La negativa, la deshumanización de las ciudades. Incluso José y Justa percibieron a su regreso, en la década de los 70, una Andalucía menos encerrada en sí misma, donde la gente volvía a ser feliz, y había más alegría y bullicio en las calles.



- 19) Particularmente positiva resulta la opinión de los emigrantes sobre la evolución del sistema sanitario y de prestaciones sociales. Todos los que han conocido su evolución manifiestan que la mejoría ha sido notable. Ramón López dice que “ahora en Andalucía las personas mayores nos podemos sentir respaldadas cuando llegamos a la vejez”. Carmen Oliva opina que las personas mayores poseen unas prestaciones sociales inmejorables y que el sistema sanitario ha mejorado enormemente, y equipara nuestro sistema público al de Francia. Pablo Cruz comenta que “aquí tenemos un sistema de seguridad social fuerte y eso es muy beneficioso, especialmente para los mayores” y agrega que en Venezuela es “impensable” que un jubilado pueda vivir con la misma calidad de vida que en Andalucía. Josefa Román cree que el sistema sanitario actual de Andalucía no tiene nada que ver con el que había cuando ella dejó Málaga y dice que “no creo que tengamos nada que envidiar a Inglaterra, porque hemos mejorado muy rápidamente y lo hemos hecho muy bien”. Jerónimo Torres, que conoció los sistemas sanitarios y de protección social de Bélgica y Francia, asegura que las prestaciones públicas en Andalucía no tienen “nada que envidiarle” a las de nuestros vecinos europeos. Juan José Ruiz también las valora muy positivamente, y Aurelio Ruiz comenta que “es verdad que estamos en crisis, pero aquí en España estamos bien, muchos tenemos nuestra paga, nuestra Residencia donde nos dan todo, y los ancianos que viven solos en su casa pueden ir a la Casa del jubilado, que es algo muy común en muchas localidades”.

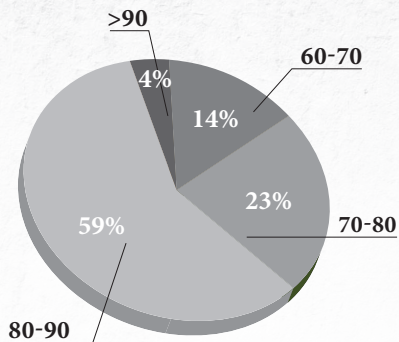


20) Igualmente, el trato en la residencia es valorado muy favorablemente. Carmen Oliva dice que se siente muy arropada por el personal de la Residencia y que le ayudan en todo lo que necesita. Diego Alba agradece la labor que hacen los trabajadores de su residencia y dice llevarse bien con todo el mundo. Matilde Claro confiesa que se siente muy a gusto en su Residencia, tanto con los residentes como con el personal del centro, del que alaba el trato dispensado. Aurelio Ruiz, que lleva una vida muy activa dentro de la Residencia, manifiesta sentirse encantado: “Limpian nuestras habitaciones, nos cambian las sábanas, las toallas; si quieres repetir comida, repites: ¿qué más podemos pedir?” Guillermo González dice que no tiene ninguna queja y Claudia Soto agradece especialmente que le ayuden con Internet para poder mantener el contacto con las personas queridas que dejó en Argentina. Josefa Román considera excepcional el trato dentro de su residencia, con los empleados y también con los compañeros. Juan José Ruiz comenta que ha hecho una gran amistad con su compañero de habitación. Y a José Aurelio Sánchez la vida en la residencia le ha deparado muchas satisfacciones, la mayor de todas, haber conocido a la que hoy es su mujer, con la que comparte habitación. En general, 16 de los 22 entrevistados declaran mantener relaciones afectivas con otros residentes.

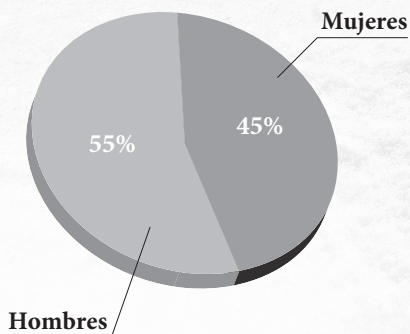


INFORME ESTADÍSTICO

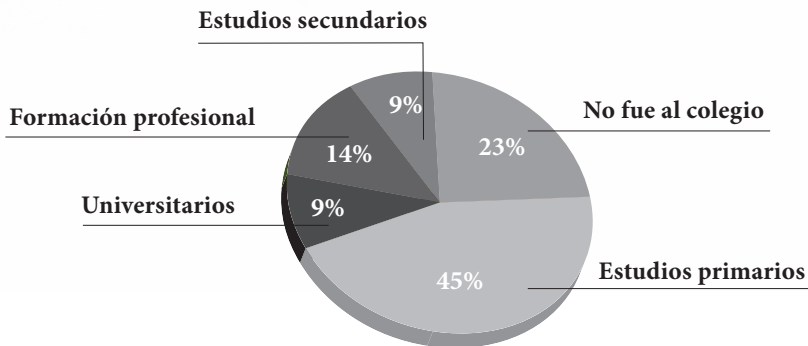
EDAD



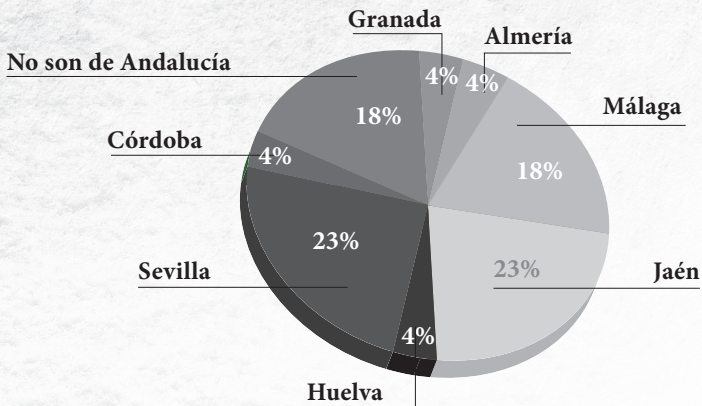
SEXO



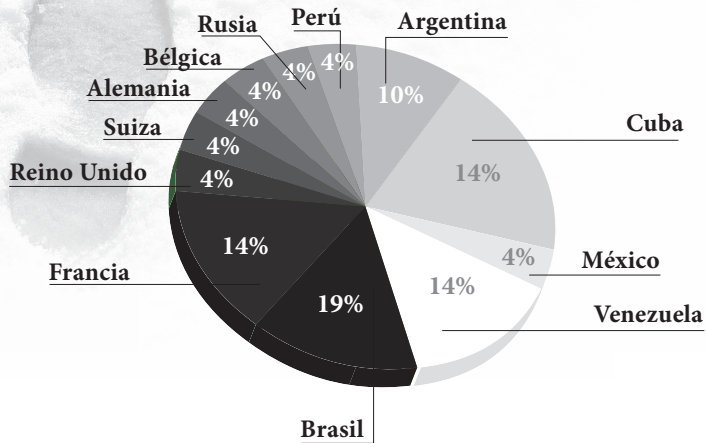
NIVEL DE ESTUDIOS



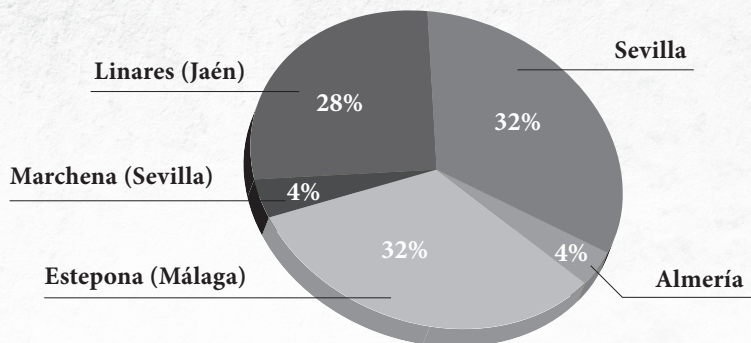
PROVINCIA DE NACIMIENTO



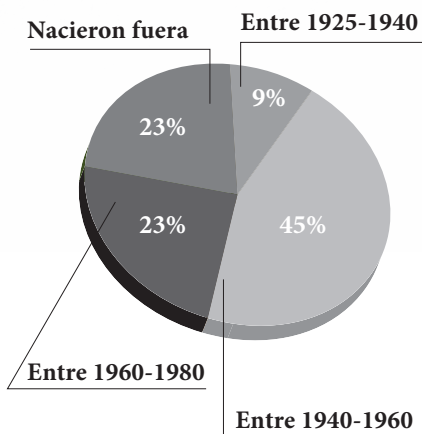
PAÍS AL QUE EMIGRARON



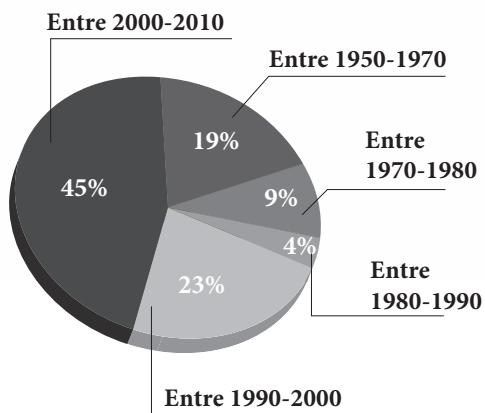
CIUDAD ACTUAL DE RESIDENCIA



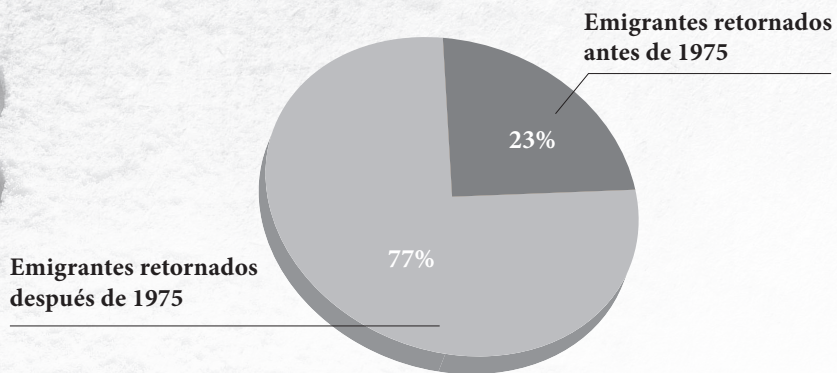
AÑO DE LA MARCHA



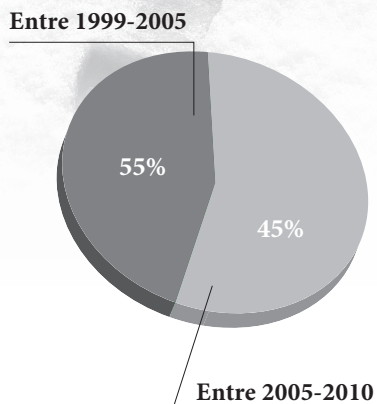
AÑO DE RETORNO



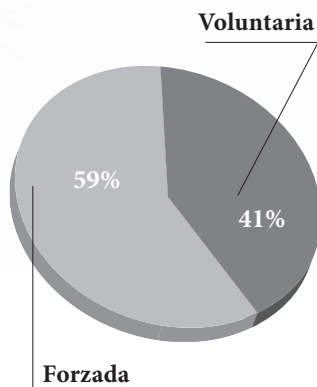
EMIGRANTES RETORNADOS ANTES Y DESPUÉS DEL FINAL DE LA DICTADURA



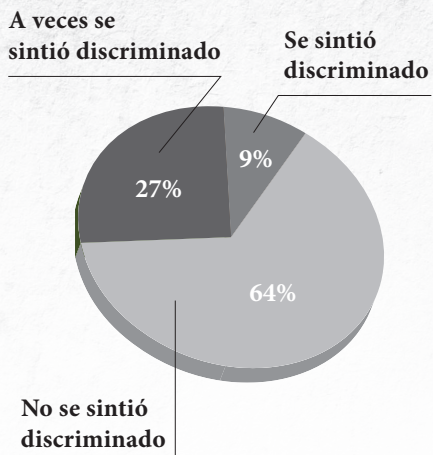
AÑO DE INGRESO EN LA RESIDENCIA



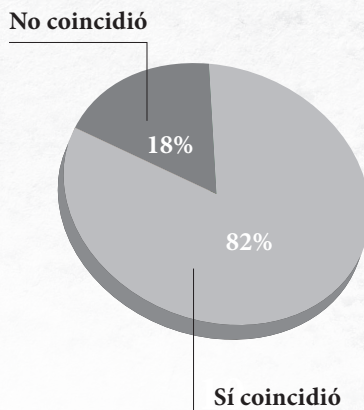
EMIGRACIÓN VOLUNTARIA O FORZADA



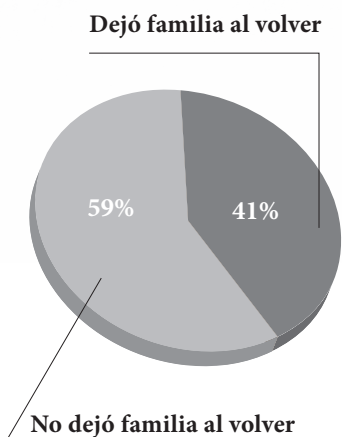
DISCRIMINACIÓN



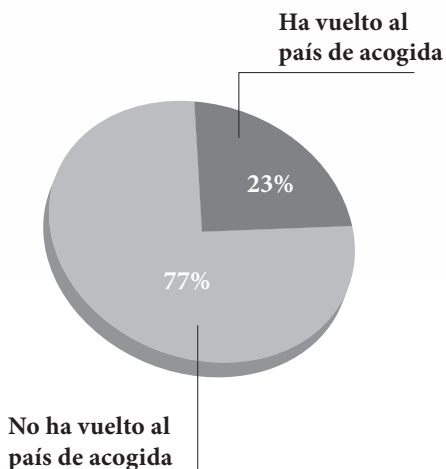
COINCIDENCIA CON OTROS EMIGANTES ANDALUCES



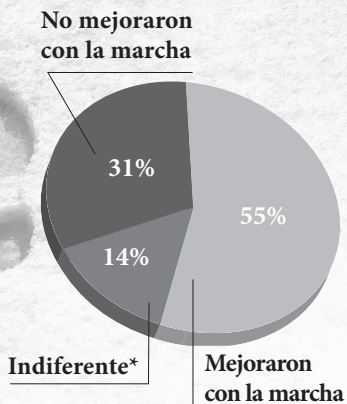
FAMILIA EN EL PAÍS DE ACOGIDA



VISITA AL PAÍS DE ACOGIDA

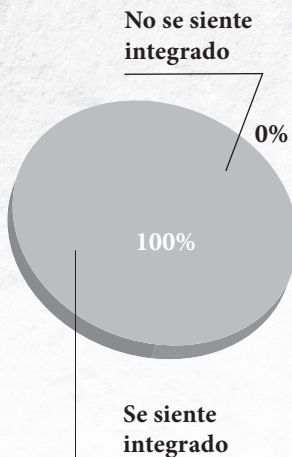


EXPECTATIVAS DE VIDA Y TRABAJO

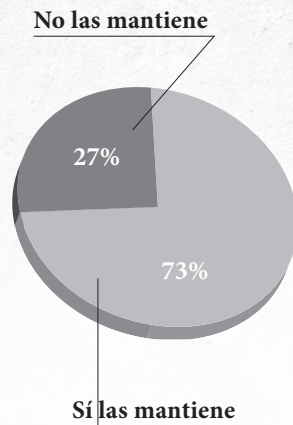


* Se fueron con sus padres cuando eran pequeños

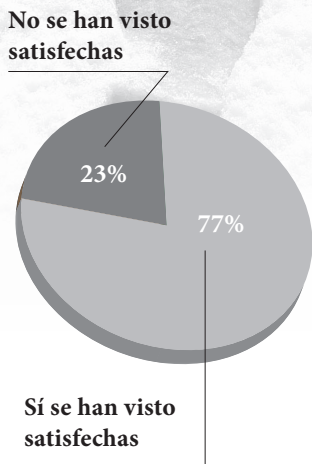
INTEGRACIÓN SOCIAL TRAS EL RETORNO



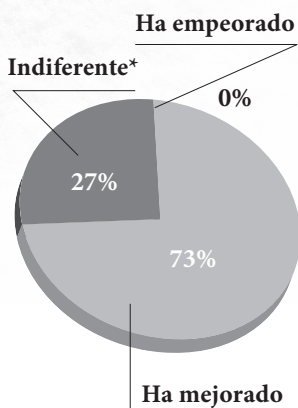
RELACIONES AFECTIVAS EN LA RESIDENCIA



EXPECTATIVAS COLMADAS TRAS EL REGRESO

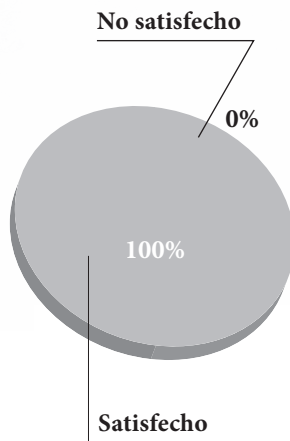


EVOLUCIÓN DEL SISTEMA SANITARIO Y SOCIAL ANDALUZ



* No ha vivido en Andalucía hasta ahora

SATISFACCIÓN POR EL TRATO RECIBIDO EN LA RESIDENCIA



Patrocinado por:



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL



FUNDACIÓN
JORGE QUERALTÓ
Por un futuro más humano